
S
SÉRIE SUBMISSÃO
Libro 4
DESEO
PROHIBIDO
LAUREN SMITH

DESEO PROHOBIDO

RENDICIÓN SEDUCTORA

LIBRO IV



LAUREN SMITH

Traducido por

L. M. GUTEZ

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Prólogo

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2025

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-962760-92-8 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-962760-93-5 (edición papel)

CAPÍTULO 1



Long Island, la Costa de Oro

MacKenzie Martin se frotó los ojos, los cuales se habían nublado de tanto mirar la pantalla del ordenador. El reloj antiguo que colgaba detrás de su escritorio seguía sonando y ella podía ver los números reflejados en el monitor. Faltaban diez minutos para las once. Había sido un día muy largo y sólo quería terminar su trabajo.

La lluvia golpeaba suavemente la ventana. Kenzie no podía ver nada del campus de la Universidad de Hampstead a través del cristal oscurecido. Hacía un calor inusual para ser mediados de diciembre, tanto que había tenido que caminar a través de la lluvia helada en lugar de la nieve para llegar a las oficinas del campus. Normalmente, el campus estaría cubierto de bancos de nieve, algo típico en Long Island en esta época del año. Lo único que quería era llegar a casa, darse un baño caliente, escuchar música y acostarse. Pero tenía que terminar lo que había venido a hacer.

Se concentró en la pantalla e introdujo las notas finales en el software de calificación en línea de la universidad. Como estudiante de posgrado y asistente de cátedra del doctor Devereaux en el departamento de paleontología, tenía la «afortunada» tarea de introducir sus notas del semestre. El doctor Devereaux detestaba registrar las notas en el sistema de la universidad, y él se ponía rígido cada vez que ella lo mencionaba para luego soltar una docena

de excusas sobre las cosas que tenía que hacer en su lugar. Luego desaparecía tan rápido que los papeles aún estaban en movimiento.

No debería haberse sorprendido. No era el tipo de hombre que se sentaba ociosamente detrás de un escritorio a leer cientos de ensayos.

Kenzie sonrió. Royce Devereaux era *cualquier cosa* menos ocioso. Era un dios del sexo, alto, moreno y de ojos marrones. Con unos músculos que hacían que se le revolviera el estómago cada vez que los veía y un culo hecho para ser estrujado durante el sexo caliente y salvaje, Royce era como hierba gatera mezclada con éxtasis. Durante la entrevista de trabajo en persona, ella había tenido que volver a aprender a hablar porque él había quemado todos sus circuitos cuando le había mostrado esa sonrisa sexy de *«te follaré duro, nena».*

Por supuesto, él no se le había insinuado durante la entrevista. Había sido un caballero perfecto, pero demasiado tentador, mientras hablaban de sus deberes como asistente de cátedra y de los posibles proyectos de investigación en los que trabajarían juntos.

Los protoceratops eran su especialidad, y ella se había centrado en eso una y otra vez en su cabeza en lugar de pensar en su futuro jefe apartando todo de su escritorio para poder inclinarla sobre él y follarla hasta que gritara. Se mordió el labio, intentando borrar esa fantasía en particular. Era un sueño recurrente que tenía todas las noches cuando Royce y ella trabajaban hasta tarde.

Pero los sábados por la noche estaban prohibidos. Él nunca trabajaba ese día de la semana, y ella sabía por qué. Cuando no estaba inmerso en una excavación en las tierras baldías de Dakota del Sur, solía salir con la mujer del momento. No era que ella lo supiera con certeza; sólo había oído las risitas susurradas y el acuerdo de encontrarse para beber algo en algún club de Long Island.

Más de una vez se había imaginado como la afortunada mujer aferrada al brazo de Royce. Había algo en la intensidad salvaje de sus ojos cuando la miraba que la hacía estar segura de que sería explosivo en la cama. Casi le asustaba mirarlo a los ojos porque

temía que él viera reflejados sus deseos más oscuros, que viera lo que ella quería que un hombre le hiciera.

¿La ataría con esas manos ásperas? ¿La azotaría una mano fuerte en el culo para castigarla? Su piel bronceada deslizándose sobre una piel más pálida y suave mientras follaba a su mujer hasta dejarla inconsciente… Un escalofrío de excitación prohibida la recorrió velozmente.

No debería fantasear con mi profesor.

Se sintió culpable de haber tenido tales pensamientos. Estaba lejos de la profesionalidad que quería proyectar. Pero deseaba tanto experimentar esa oscuridad que su cuerpo se estremecía y palpitaba hasta el punto de sentir dolor.

Estoy jodida. Debería estar contenta con los chicos con los que he salido y con el buen sexo que he tenido.

Bueno. Así calificaba su vida sexual pasada. Y más que nada describía el problema.

Era una batalla que libraba cada día. Su pequeño escritorio estaba frente al de él, al otro lado de un gran despacho. Más de una vez había levantado la mirada y lo había visto recostado en su silla, con unos jeans desteñidos, las botas de motociclista apoyadas en la esquina del escritorio mientras garabateaba apuntes de clase, con la tapa del bolígrafo colgando entre sus labios. Golpeaba el escritorio con dos dedos siguiendo un ritmo ligero e irreconocible, y su cabello castaño chocolate le caía sobre los ojos. Royce acababa aburriéndose y jugueteaba con la garra de tiranosaurio que tenía sobre el escritorio, un pequeño trofeo de una excavación en Montana.

Nunca la había pillado observándolo. Sería vergonzoso que alguna vez descubriera que estaba loca por él. Además, no podía tener una relación con el profesor con el que trabajaba de manera directa. Si quería salir con cualquier otro profesor, tendría que presentar una solicitud al departamento, pero si salía con Royce, tendría que dejar de trabajar con él.

Aun sabiendo lo prohibido que era, ella se aferraba a sus fantasías. A pesar de que ambos eran adultos —ella tenía veintiocho años y él treinta y tres—, existía un código de conducta profesional

que los profesores y los estudiantes de posgrado debían mantener. En sólo cinco meses estaría terminando su programa y tendría su propio doctorado. Entonces serían iguales, al menos en la profesión.

Kenzie había trabajado con él durante un año entero, a menudo hasta altas horas de la noche, y había llegado a conocer muchas cosas sobre el tristemente célebre doctor Royce Devereaux. Cuando era estudiante, se había quedado embelesada por el sexy profesor que conducía una motocicleta Harley Davidson Cosmic Starship, única en su clase y valorada en un millón de dólares, y que parecía un modelo de Armani. Ahora trabajaba a su lado y le fascinaba aún más.

Quizá era totalmente normal fantasear con un hombre con el que pasaba la mayor parte del tiempo. Quizá solo estaba aburrida. Hasta ahora, su vida sexual había sido mediocre, en el mejor de los casos. La única vez que se ponía cachonda era cuando pensaba en el doctor Devereaux. A veces, sólo pensar en el doctor sexy era demasiado real para Kenzie, y tenía que obligarse a dar un paso atrás.

—Dios, si no me voy ahora nunca llegaré a casa —sabía que no debía hablar sola, pero lo hacía a menudo cuando trabajaba hasta tarde sin compañía. A veces el campus le daba escalofríos a altas horas de la noche.

Cerró el programa de su ordenador y, tan pronto como lo apagó, oyó un estruendo lejano, como el estallido de un cristal. Se quedó paralizada, con los oídos atentos para capturar cualquier sonido.

Se produjo un silencio inquietante antes de que un siseo de suaves susurros recorriera el pasillo en dirección al despacho del doctor Devereaux. Un conserje no susurraría ni hablaría con nadie, ¿verdad? Kenzie intentó levantarse de la silla del escritorio, pero ésta crujió y se estremeció al oír el fuerte sonido. La lámpara de la esquina de su escritorio seguía encendida, llamando como un faro a quienquiera que estuviera al final del pasillo.

Mierda.

Unas pisadas resonaron en el suelo de piedra del exterior, y Kenzie no tuvo más opción que esconderse y rezar para que no estuvieran interesados en irrumpir en *este* despacho. Echó la silla

hacia atrás y se escondió debajo del escritorio. Un instante después, oyó voces en el exterior.

—Está cerrado —gruñó una voz—. Creía que habías visto a alguien aquí.

—Claro que está cerrada, imbécil. Solo rompe el vidrio, Monte.

—Se supone que usamos nombres en clave. Así que cierra la puta boca, *Gary* —espetó el segundo hombre.

—¡Oh por el amor de Dios, sólo hazlo!

Oh mierda… oh mierda…

Ella contuvo la respiración, pero su corazón latía como un tambor.

La ventana de la oficina se hizo añicos. El cristal esmerilado se esparció por el suelo, deteniéndose justo en el borde del escritorio donde estaba escondida. Kenzie se quedó mirando los trozos, a centímetros de sus manos, fragmentos del nombre de Royce esparcidos en un salvaje caos. Cerró los ojos, jadeando mientras su corazón se aceleraba.

Se oyeron más maldiciones amortiguadas, el chasquido de un cerrojo al desbloquearse y luego un crujido cuando la puerta del despacho finalmente se abrió.

—Él está aquí. Sé que está aquí. Vi la luz desde fuera —dijo Gary.

—No veo a nadie —murmuró Monte.

Unas botas negras aparecieron junto al borde de su escritorio. Kenzie se tragó el repentino nudo en su garganta e intentó contener la respiración.

—La luz sigue encendida —el hombre se inclinó sobre su mesa—. El ordenador también está caliente.

Kenzie no podía pensar. Todos sus instintos le decían que corriera, pero no podía.

Tal vez se vayan si me quedo callada.

Un hombre saltó al otro lado de su escritorio y se acuclilló, como un gato saltando delante de su presa. Ella se levantó bruscamente, golpeándose la cabeza con la parte inferior del escritorio. Su rostro mostraba una sonrisa maligna.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —la sujetó del brazo y la sacó.

—¡Suéltame! —cerró el puño y golpeó al hombre en la mandíbula.

—¡Pequeña zorra! —bramó él, y la golpeó en la cara. Ella se desplomó contra el escritorio, sujetándose la cara. El hombre seguía aferrado a su brazo, ahora magullado.

—¿Quién coño es? —exigió Gary.

Monte sacudió bruscamente a Kenzie por el brazo.

—¿Cómo coño voy a saberlo?

Gary se acercó más a ella.

—¿Quién eres y dónde está Devereaux?

¿Están buscando a Royce, aquí, en mitad de la noche? ¿En qué demonios se había metido su profesor?

—Soy su asistente de cátedra. No sé dónde está. Lo juro.

Los ojos de Monte recorrieron su cuerpo por completo, y la mirada depredadora le erizó la piel.

—Si nos mientes, te cortaremos en pedacitos y te tiraremos al mar, ¿me entiendes? Después de divertirnos un rato, claro —se rió, y su amigo se mofó.

Kenzie intentó pensar rápido. ¿Qué se suponía que debía hacer alguien en una situación con rehenes? ¿Negociar? ¿Obedecer? ¿Resistir? Ahora mismo tenía ganas de vomitar y llorar, pero eso no iba a salvarle la vida.

—Por favor, no sé dónde está. Solo dejadme ir. No le diré a nadie que estáis aquí.

—¿Dónde está tu teléfono? —exigió Gary.

Ella no contestó, pero no pudo evitar que su mirada se desviara hacia el bolso de cuero marrón que había en el sofá junto a la puerta. Monte sacudió la cabeza y Gary cogió el bolso y vació su contenido en el suelo. Cuando vio su teléfono, lo cogió y lo encendió.

—¿Cuál es su número? —preguntó Gary.

Kenzie lo miró fijamente, con los labios fruncidos en silencio mientras contenía la respiración. Él recorrió sus contactos hasta encontrar el número de Royce. Luego sacó una pistola y apuntó a la cabeza de Kenzie. Ella clavó la mirada en el cañón, fija en el diminuto agujero negro que podía acabar con su vida en un instante.

—Dile que necesitas que se reúna contigo aquí —dijo Gary—. Inventa alguna excusa. Si no viene, te dispararemos y lo encontraremos de otra manera.

—¿Y si viene? —susurró ella.

—Entonces conseguimos que nos ayude. No tenemos intención de hacerle daño. Una vez que lo tengamos, seguiremos nuestro camino.

—¿Ayudaros con qué? —ella no podía imaginar a Royce teniendo alguna conexión con hombres como estos. Era adinerado y tenía el mundo a su alcance. Lo único que le gustaba era ese club. Sin embargo, matones como estos no eran parte del público de The Gilded Cuff. Entonces, ¿quiénes eran?

—Devereaux tiene experiencia en un área del último negocio de nuestro jefe —explicó Gary.

¿Contrabandistas? Fue lo único en lo que pensó. Kenzie tragó duro. ¿Por qué querrían los contrabandistas a Royce? También pensó que, cuando los criminales contaban sus planes a alguien, no solían dejarlo con vida para que hablara de ellos.

Monte seguía cogiéndola del brazo cuando su teléfono sonó. Miró entre ella y Gary mientras contestaba.

—¿Sí? Quédate abajo junto a la furgoneta. Tenemos un plan para hacer que él venga a nosotros. Mantente alerta y llama si lo ves —luego colgó.

Kenzie se concentró en los detalles, intentando calmarse. Tres hombres. Monte, Gary y un tercero desconocido. Gary era bajo, musculoso y calvo, con fríos ojos negros. Monte era alto y delgado, de labios duros y ojos azules como el hielo. Intentó memorizar sus caras y sus voces para poder identificarlos más tarde.

Suponiendo que no la mataran.

Gary marcó a Royce y presionó el botón del altavoz. Luego todos esperaron, escuchando cómo sonaba. La habitación estaba tan silenciosa que ella juró que todos podían oír los latidos de su corazón.

Al final, se oyó el contestador automático.

—Soy Royce. Deja un mensaje.

Gary asintió con la cabeza en su dirección.

Kenzie se lamió los labios.

—Hola, doctor Devereaux. Soy Kenzie. Estoy en el despacho. Sé que es tarde, pero tiene que venir enseguida. Es muy importante y no puede esperar hasta mañana.

Cuando terminó, Gary puso fin a la llamada y bajó el arma.

—Joder. Tal vez no revise su teléfono. Deberíamos hacer que nuestro hombre en la policía emita una orden de búsqueda de su coche —se volvió hacia ella—. Parece que, después de todo, puede que no te necesitemos —dejó la pistola en el suelo y miró a Monte, quien esbozó una sonrisa repentina. Kenzie sintió una oleada de terror e intentó pensar con rapidez.

—É-Él podría estar en la sala de profesores. Tienen un sofá en el que duerme cuando trabaja hasta tarde. Está al final del pasillo. Lamento no haber pensado en ello antes.

Monte entrecerró los ojos.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque me estáis apuntando con una pistola y estoy jodidamente asustado.

Una corriente de aire frío se filtró por la ventana agrietada entre su escritorio y el de Royce. Aunque permanecía cerrada en invierno, siempre entraba un poco de frío. Tuvo una idea descabellada y completamente loca. Si conseguía que Monte y Gary la dejaran sola un segundo, podría salir por esa ventana. Había un tubo de desagüe por donde podía deslizarse, y era sólo un piso. Si se caía, quizá no le dolería tanto, y su coche estaba a sólo quince metros, en el aparcamiento de estudiantes. Si lograba escapar, podría no morir esta noche.

—Gary, ve a ver.

—Es la quinta puerta a la izquierda. Quizá él se ha encerrado dentro —si él rompía la ventana, ella lo oiría y sabría que estaba ocupado revisando la habitación. Eso la dejaría a solas con Monte, dándole una oportunidad rápida de intentar escapar.

Los dedos de Monte se aflojaron en su brazo mientras se apoyaba en el escritorio. Allí había un teléfono, uno antiguo de los años noventa, grande y pesado. Podía usarlo para dejarlo inconsciente, al menos el tiempo suficiente para llegar a la ventana.

Extendió la mano libre hacia el teléfono mientras Monte vigilaba la puerta. En cuanto oyó el cristal romperse en el pasillo, cogió el teléfono del escritorio y se lo lanzó a Monte a la cabeza. Éste empezó a darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde. El teléfono le golpeó la sien con un fuerte crujido.

Monte le soltó el brazo y ella cogió el teléfono y las llaves del suelo y se los metió en los bolsillos. Luego corrió hacia la ventana, la cual crujió cuando la forzó hasta la mitad.

Monte se sujetó la cabeza mientras se tambaleaba hacia ella.

—¡Maldito pedazo de mierda!

¡Joder, joder, joder! Pateó la ventana aún abierta. El cristal se hizo añicos y el alféizar se derrumbó, pero dejó un espacio lo bastante grande como para que ella pudiera pasar. Se escabulló por la ventana, pero justo cuando sus manos se cerraron en torno al tubo de desagüe, Monte la sujetó por los pies y empezó a tirar de ella hacia el interior.

—¡No! —gritó y lanzó patadas salvajes, todos sus instintos la impulsaron a huir. Sus botas golpearon algo que crujió y Monte aulló de dolor. Su agarre del tubo de desagüe se aflojó. El frío metal le raspó las palmas de las manos mientras resbalaba y caía cuatro metros al suelo. Los arbustos crujieron cuando aterrizó sobre ellos, y sus ramas la pincharon mientras sus pulmones se quedaban sin aliento.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para levantarse y correr. Todo le dolía y temblaba tanto que apenas podía caminar y mucho menos correr. Le escocía una rodilla, y sintió que algo caliente se deslizaba por su pierna. *Sangre.*

Kenzie corrió hacia su Mazda gris en el aparcamiento para estudiantes doblando la esquina. Al llegar al coche, se apresuró a sacar las llaves del bolsillo. Creía que Monte o Gary la detendrían en cualquier momento, pero en menos de un minuto ya estaba saliendo a toda velocidad del aparcamiento. Al mirar por el retrovisor, se sintió aliviada al ver la carretera vacía a sus espaldas. Nadie la seguía.

Llevó la mano al móvil para llamar a la policía. Necesitó dos intentos antes de marcar el 911.

—Novecientos once, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una fría voz femenina.

—Me llamo Kenzie Martin y… —se quedó helada, recordando lo que uno de los hombres había dicho sobre su colega en el departamento de policía local—. Ha habido un disturbio en la universidad. Alguien ha irrumpido en las oficinas del campus.

Colgó el teléfono, maldiciendo. Luego volvió a llamar a Royce. Esta vez contestó él, y su voz ronca le produjo el deseo de llorar de alivio.

—Kenzie, ya conoces mi política sobre los sábados. Más vale que sea una emergencia.

—Lo es —jadeó, con los ojos empañados por las lágrimas—. Por favor, estoy muy asustada, yo…

El tono de Royce cambió por completo.

—¿Qué sucede? Dime qué ha pasado y dónde estás.

—Estoy conduciendo. ¿Dónde está?

—Kenzie, detente a un lado de la carretera y respira hondo.

—No puedo —jadeó—. Unos hombres irrumpieron en tu oficina, Royce. Apenas pude escapar. No puedo parar.

Hubo un segundo de silencio, y luego Royce volvió a tener el control.

—Sigue estas indicaciones al pie de la letra, ¿me entiendes? Es un lugar seguro. Vas a conducir hasta The Gilded Cuff. Es un club nocturno en un viejo almacén. Pregunta por mí en recepción.

Kenzie anotó las indicaciones mientras conducía y, cuando sintió que podía hacerlo, colgó. Le temblaban las manos, pero sujetó el volante con fuerza, negándose a dejarse llevar por el pánico más allá de lo ya existente. Iba a ver a Royce y a un lugar seguro. Todo iba a salir bien. Pronto su respiración se calmó y pudo pensar con un poco más de claridad.

Mantuvo las luces del coche apagadas mientras conducía, y sólo las volvió a encender cuando llegó a la curva de la carretera que Royce le había indicado. Sabía que no era probable que hubiera policías en este camino. Nunca había pensado que tendría miedo de la policía, pero si uno de ellos estaba involucrado con Gary y Monte, ¿en quién podía confiar realmente?

El club nocturno estaba escondido justo al lado de una pequeña carretera, y el club en sí ocupaba un enorme almacén antiguo. Él había descrito exactamente cómo llegar por teléfono.

Sin duda estaría cabreado por haberle arruinado la noche del sábado.

Pero a ella no le importaba. Le habían puesto una pistola en la cara y dos hombres habían amenazado con matarla. Por culpa de él. Kenzie sabía que, en algún momento, iba a entrar en shock por lo que había vivido. Pero, por ahora, tenía que luchar contra eso y concentrarse en el siguiente paso, luego en el siguiente, y en todos los que fueran necesarios para volver a sentirse segura. Estuvo a punto de no ver la señal que conducía al club nocturno. Aparcó justo enfrente, sin importarle que el cartel del sitio que había cogido dijera «Reservado».

El cuerpo le escocía y le dolía mientras caminaba hacia la puerta del club. La lluvia le empapaba la ropa y la hacía temblar. La puerta principal era de roble pesado, así que empleó sus últimas fuerzas para abrirla. Su respiración resonó con fuerza en las escarpadas paredes y suelos de piedra del vestíbulo. Durante un segundo, Kenzie se quedó allí de pie, escuchando el sonido de su propia respiración rebotándole desde todos los ángulos.

Has llegado hasta aquí; puedes seguir. No le gustaban los clubes nocturnos en general, pero no iba a dejarse asustar por un ambiente nuevo y extraño, no después de todo lo que había vivido esta noche. En todo caso, se sentiría más segura entre la multitud.

Al fondo del vestíbulo, cerca de otra puerta, había un elegante mostrador antiguo. La mujer que estaba detrás estudiaba la pantalla de un elegante monitor de ordenador. Llevaba una falda lápiz y una chaqueta entallada, y el pelo recogido en un moño a la moda, como una especie de bibliotecaria sexy. Detrás de ella había un hombre con traje negro, cuya expresión adusta mostró un breve destello de sorpresa ante el estado desaliñado de Kenzie.

—Ama Aria —el sonido fue un suave murmullo, pero Kenzie lo escuchó debido a la acústica de la sala.

La mujer del mostrador miró a Kenzie, ahora de pie frente al costoso y antiguo escritorio.

—Disculpe, ¿podría decirle a Royce Devereaux que alguien ha venido a verle? —preguntó, temblando.

—No he recibido instrucciones de que estuviera esperando a ningún invitado, lo que significa que no se le permite entrar a verlo —Aria miró al hombre detrás de ella antes de encontrarse con la mirada de Kenzie. Había cierta sensación de poder y control en la mujer.

Ama Aria. ¿Por qué el hombre la había llamado «Ama»? Era una palabra muy anticuada que no encajaba en un club nocturno. Aria le recordaba a Royce, con esa actitud indiferente y autoritaria. Nunca admitiría ante nadie que se excitaba un poco cuando él se ponía así.

A veces la provocaba, diciéndole tonterías que le encendían el cuerpo, como *«Pequeña Mac, será mejor que prepares esa clase o te recordaré quién manda».* Él le sonreía como si estuviera pensando en algo especialmente perverso y maravilloso. Sin embargo, nunca había dicho nada tan malo como para meter a ninguno de los dos en problemas. Él sabía cómo caminar por la línea entre lo aceptable y lo que no lo era. Y Dios, ella deseaba con todas sus fuerzas que él cruzara esa línea e hiciera lo que sus ojos parecían prometer.

—Conozco a todos los integrantes del club, lo que significa que sé que tú no formas parte. No puedo dar ninguna información sobre nuestros miembros a los que no lo son, y no te permitiré entrar en el club para hablar con ellos. Tampoco estamos abiertos a nuevas afiliaciones en este momento, así que, por favor, no intentes pedir un recorrido.

Kenzie negó con la cabeza.

—Eso no me importa. *Necesito* hablar con Royce Devereaux. Es una emergencia. Soy su asistente de cátedra en la universidad. Me dijo que viniera aquí. Sólo vaya y pregúntale*. Por favor.*

Hizo una pausa, recordando cómo se había dirigido a ella el hombre del mostrador. Tal vez obtendría más favores si hacía lo mismo.

—*Ama Aria* —bajó la cabeza, haciendo todo lo posible por parecer miserable, algo que no era difícil considerando el dolor que sentía y lo asustada que estaba. Si Aria no la dejaba hablar con Royce, iba a volver a llamarlo.

La mujer guardó silencio un momento. Kenzie no se atrevió a levantar la mirada para ver si su comportamiento había tenido algún efecto.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó Aria.

—MacKenzie Martin.

Aria se levantó, haciendo un gesto con la cabeza al hombre que estaba detrás de ella.

—Quédate aquí con ella, Bruce —se acercó a la puerta del fondo y desapareció tras ella.

—Por favor, siéntese, señorita Martin —Bruce acompañó a Kenzie hasta un banco junto a la pared. Se sentó y se rodeó el pecho con los brazos, temblando de frío. El agua que caía de su pelo se deslizaba sobre el banco y se acumulaba a sus pies. El corazón aún le latía con fuerza. La puerta se abrió, y levantó los ojos.

Cuando vio a Royce Devereaux, su corazón se detuvo. Llevaba jeans y una camiseta negra que le ceñía el torso lo suficiente como para llenarle el estómago de mariposas.

—¿Doctor Devereaux?

Él se acercó y se colocó sobre una rodilla, le cogió la mejilla y le giró el rostro hacia el suyo.

—Kenzie, ¿qué ha pasado?

De pronto, fue consciente de su propio aspecto y cerró los ojos, parpadeando mientras las lágrimas corrían por su rostro. Royce le apartó una lágrima con la punta del pulgar.

Se sentía segura ahora que estaba cerca de él. Tenía ese efecto sobre ella. Royce proyectaba fuerza, y tenía una forma de hacerle sentir que se interpondría entre ella y el mundo si lo necesitaba.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —susurró. Bruce y Aria seguían allí, mirándolos.

Royce entrecerró los ojos.

—De acuerdo, claro. Hay una habitación en el club donde podemos tener algo de privacidad. Pero tengo que advertirte que esto no es un club nocturno normal. The Gilded Cuff es… bueno, es un club BDSM. Quédate cerca de mí. Puede que te asustes un poco por lo que veas. Nadie te hará daño.

Le tendió una mano y ella no dudó en cogerla. Necesitaba que la tocara, que la apoyara para no sentir que iba a desmoronarse. Era la única forma de dejar de temblar.

Pero, ¿un club BDSM? ¿Hablaba en serio? Sabía lo que significaban las letras: bondage, disciplina, sadismo y masoquismo. Pero nunca pensó que llegaría a ver un club en la vida real donde la gente participara en un estilo de vida alternativo. Iba a tener que confiar en que él la mantendría a salvo. Lo siguió hacia la puerta que conducía al interior del club, abrazando su costado.

Respiró hondo cuando entró en The Gilded Cuff y vio por primera vez el mundo secreto de Royce.

CAPÍTULO 2



Los aromas y sonidos del deseo envolvían a Kenzie como una bruma oscura y voluptuosa. Apretó con fuerza la mano de Royce mientras atravesaban aquel laberinto de divanes brocados, pasando junto a la imponente, aunque elegantísima, barra de bebidas. Tropezó ligeramente al fijarse en una dama vestida únicamente con una lencería que parecía de elevado precio, tendida a lo largo de la barra, sobre su espalda. El camarero colocaba una hilera de pequeños vasos sobre el torso de la mujer, luego cogió una botella de whisky del fondo de la barra y comenzó a llenar los vasos. Caballeros ataviados con trajes de gran distinción observaban cómo el licor rebosaba los bordes de los vasos y se deslizaba lentamente por la piel de la mujer.

Dios mío… Kenzie se imaginó a sí misma en el lugar de aquella mujer, el cuerpo expuesto, desnudo, y todas las miradas masculinas posadas sobre ella, mientras el whisky resbalaba por su piel. ¿Se atrevería alguno de ellos a lamerlo? ¿A probar el alcohol en su carne y perderse en ella? Un escalofrío la recorrió, pero no fue de repugnancia. La sensación despertó en ella un tipo de curiosidad para la que no tenía palabras. Anhelaba experimentarlo. Lo deseaba con tal intensidad que le dolía.

La decadencia y la carnalidad que llenaban la estancia resultaban abrumadoras. Suspiros apenas audibles y el chasquido del cuero sobre la carne se veían interrumpidos por jadeos ocasionales y gritos que mezclaban dolor y placer en una misma melodía. Hombres y

mujeres se hallaban inclinados sobre bancos de cuero, mientras sus dominantes se colocaban tras ellos, empuñando paletas de castigo. Un caballero estaba atado a una cruz de San Andrés, mientras una dama dominante deslizaba con suavidad las hebras de un látigo sobre los músculos tensos de uno de sus brazos. Las sumisas se sentaban junto a los divanes, con collares de cuero sujetos al cuello y atados a cadenas de plata que las mantenían próximas a sus señores. Era todo cuanto Kenzie había leído en sus novelas románticas: un lugar de juegos eróticos tan lujurioso que parecía irreal. Y sin embargo, allí estaba.

Así que este era el oscuro paraíso de Royce. Jamás habría imaginado que él pudiera sentir atracción por algo semejante, pero ahora que lo veía con sus propios ojos, no le costaba trabajo imaginarle acudiendo allí cada sábado por la noche.

Damas ataviadas con delicada y sugerente lencería caminaban por la sala con una elegancia y seguridad envidiables. No se parecían en nada a ella. Jamás se había sentido tan fuera de lugar en su vida, y eso le heló la sangre. Los latidos de su corazón golpeaban en sus sienes. Por mucho que la perturbasen los látigos, las cadenas o aquella entrega desinhibida a los placeres de la carne, había algo que le asustaba aún más: ese lugar la estaba excitando.

Su cuerpo vibraba al saberse en un espacio donde sus propias fantasías podían, quizás, convertirse en realidad. Pensó en las pequeñas esposas de cuero que había escondido en una caja bajo la cama y en lo que Royce podría hacer con ella si se las ofrecía.

La única vez que se lo había propuesto a su anterior novio, él se había escandalizado y la había abandonado al día siguiente mediante un mensaje de texto. Ella se había sentido como un bicho raro, y él la había llamado una chica cuyas "necesidades raras" no podía satisfacer. Las palabras le habían quemado. Ella había entrado en crisis y no había vuelto a salir con nadie desde entonces.

De eso hacía ya cuatro meses. Desde entonces, se había sumergido en su trabajo y había metido las esposas de cuero en los recovecos de su cama, intentando olvidar que estaban allí. Deseaba poder abrazar este mundo oscuro esta noche, perderse en esta tierra de fantasía sexual, pero no podía. Tenía que hablar con Royce.

Él la condujo por un pasillo con una serie de pesadas puertas de madera, cada una marcada con una letra plateada. Apenas tuvo unos instantes para apreciar la belleza del corredor, con sus apliques dorados y las elegantes obras de arte colgadas entre las puertas, antes de que Royce la empujara hacia la primera puerta a la izquierda. Se detuvo en seco al ver la enorme cama de madera negra en el centro. Las fantasías que la habían envuelto apenas unos segundos antes se disiparon en cuanto la realidad del momento la alcanzó.

Había seguido a su profesor hasta un club sexual y ahora estaba sola con él en una habitación apartada con una cama. Él la miraba —ese hombre tan jodidamente atractivo— con sus vaqueros lo bastante ajustados y una camiseta que parecía pintada sobre su cuerpo. Sus ojos marrones, normalmente intensos, ahora estaban ensombrecidos por la preocupación. Y en ese momento, todo lo que ella quería era a él. Y eso era peligroso.

—¿Qué…? —tragó saliva con fuerza. No había ido allí para romper su promesa de mantenerse alejada de él. No podía hacerlo. No *debían* hacerlo.

—Tranquila, Kenzie. Solo es una cama. Necesitábamos privacidad, y aquí es lo más privado que se puede estar. Siéntate y cuéntame qué ha pasado.

Le tocó los hombros con suavidad, guiándola hacia la cama. Ella se dejó caer sobre el cobertor de terciopelo negro y lo vio ir hacia una cómoda. No pudo evitar fijarse en su trasero perfectamente definido bajo los vaqueros mientras abría el cajón de arriba. Suspiró. En ese momento, lo único que deseaba era ser solo una chica normal, y no su asistente de cátedra. Podrían haber estado en esa cama juntos, explorando todos esos deseos que llevaba años reprimiendo. Intentando distraerse, se concentró en la habitación y no en él.

Así que esto era una habitación sexual. Observó las paredes. Había anillas y ganchos metálicos, casi escondidos entre la decoración cara. Como una cámara de tortura medieval diseñada por Hugo Boss. Kenzie estaba fascinada, no asustada.

Cuando Royce se dio la vuelta, llevaba un pequeño botiquín en la mano. Se sentó a su lado en la cama y empezó a buscar gasas y tiritas. Abrió un paquete y le subió la pierna herida sobre la cama. Ella tenía un corte en la rodilla, donde los vaqueros se habían rasgado durante la caída desde la ventana de la oficina, y sangraba un poco.

—Puede que escueza —le advirtió.

Y escocía, sí, cuando le limpió la sangre y la suciedad. Kenzie apretó los labios para no soltar un quejido. No quería que él notara cuánto le dolía. Después le puso una tirita en la herida, y le sujetó la barbilla para que levantara la cabeza y le mirara directamente a los ojos.

¿Cómo podía un hombre con un lado tan oscuro ser también tan… tierno? Pero claro, ¿no eran así los dominantes de verdad? En las novelas románticas que había leído, eran fuertes, irresistibles. Hombres que se follaban a una mujer hasta que no podía caminar. Pero también la cuidaban como si fuera lo más preciado de la tierra.

Kenzie quería eso. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Y no podía tenerlo. *Aunque se lo pidiera, él no puede dármelo*. Había trabajado demasiado duro como para arriesgarlo todo por una noche de sexo increíble. Podía costarle la candidatura al doctorado. Todo lo que había construido junto a Royce se vería empañado por una relación inapropiada, y el comité del departamento de paleontología podría negarle el PhD. Diez años de esfuerzo, a la basura. Y no es que pudiera empezar desde cero. Una relación con su profesor director la perseguiría a cualquier universidad. Sería el *fin de su carrera*. Además, podía alimentar prejuicios machistas y sexistas entre los colegas con los que trabajara en el futuro.

—Cuéntame qué ha pasado —dijo él. Su tono fue suave, pero con una firmeza que ella no pudo ignorar.

Ella tragó saliva y asintió.

—Estaba en tu despacho, subiendo las notas del examen a la base de datos —se humedeció los labios, haciendo una mueca cuando notó el escozor de un corte que ni siquiera sabía que tenía —. Dos hombres irrumpieron en su oficina mientras yo estaba allí.

Una sombra cruzó los ojos de Royce, y una intensidad extraña nubló su expresión, dejándola sin palabras. Estaba acostumbrada al profesor tranquilo y sereno, al que mantenía la compostura durante todo el día, hablando con ella y con los estudiantes. Incluso había visto esa otra cara suya, de playboy encantador, cuando contestaba llamadas de distintas mujeres mientras ella trabajaba a su lado, invisible. Pero esto… esto era algo completamente distinto. Y un poco aterrador. Parecía que sería capaz de arrasar el mundo entero si se lo proponía. Y lo peor era que parecía tener el poder para hacerlo.

—¿Y…?

—Lo estaban buscando, doctor Devereaux. Me cogieron antes de que pudiera salir corriendo. Uno me golpeó varias veces.

Se llevó la mano al rostro, al lugar dolorido de la mejilla, e hizo una mueca. Aquello iba a dejarle un buen moratón.

Royce no dejaba de mirarla, así que continuó:

—Conseguí engañar a uno para que fuera a buscarte a la sala de profesores. Y cuando el otro no miraba, trepé por la ventana que hay detrás de su escritorio.

—¿Cómo? ¡Esa es una ventana del segundo piso!

Recordarlo la hizo estremecerse por completo.

—Ya… Vaya caída. Por eso estoy tan magullada. Menos mal que llevaba las llaves del coche en los vaqueros y no en el bolso. Conduje directamente hasta aquí.

—¿Y por qué no fuiste a la policía? ¿O a casa?

Se le encendieron las mejillas.

—Pensé que podrían haber mirado mi cartera. Lleva mi carné de conducir, con la dirección de mi piso.

Un ceño fruncido ensombreció su rostro perfecto.

—Tendrías que haber ido a la policía —dijo mientras tiraba las gasas y los envoltorios de las tiritas. Ella se mordió el labio para no soltarle una bofetada.

—Dijeron algo sobre tener un contacto dentro del cuerpo de policía. No quería arriesgarme a que me encontraran. Y además… parecían querer hablar con usted sobre tráfico ilegal. No quería

meterlo en algo que… —dejó que las palabras se desvanecieran cuando él se volvió hacia ella.

Royce se recostó contra la cómoda, con las palmas apoyadas sobre el borde de madera, justo a la altura de sus caderas. La camiseta se le ceñía al cuerpo, insinuando unos abdominales de escándalo. Menos mal que solo se vestía así los viernes y los fines de semana. Normalmente llevaba traje de tres piezas, lo cual era sexy de una forma completamente distinta. Más de una vez había fantaseado con entrar en su despacho y pedirle que la pusiera boca abajo sobre su escritorio para darle unos azotes. En sus fantasías daba igual lo que llevara puesto. Pero había algo en esa camiseta y esos vaqueros que lo hacían parecer más real. Como si, de verdad, pudiera perder el control y suplicarle que la tomara.

Madre mía, tengo problemas muy serios.

—¿Tráfico ilegal? —musitó Royce, pensativo—. No tengo ni idea de qué están hablando.

—Doctor Devereaux… tengo miedo de volver a mi apartamento —dijo ella, con voz baja.

Su mirada se suavizó, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Esta noche te llevaré a un sitio seguro.

Kenzie bajó la pierna vendada por el lateral de la cama, preguntándose si se refería a algún refugio o algo parecido.

—¿A dónde?

—A mi casa.

Ella abrió la boca para protestar, pero entonces vio de nuevo esa mirada intensa en sus ojos. Esa que le revolvía el estómago y la hacía sentir un poco asustada y completamente viva al mismo tiempo. Una mirada dominante, pero no amenazante.

—Hasta que averigüe qué está pasando, quiero tenerte cerca. Tendrás que confiar en mí cuando te digo que ya he estado en situaciones como esta. Déjame protegerte. ¿Entendido?

¿Y qué otra cosa podía responder? Pistolas, tráfico y tipos peligrosos estaban muy por encima de lo que ella podía manejar. Asintió.

—Bien. Vamos a sacarte de aquí cuanto antes. Cuanto antes aclaremos todo esto, mejor —le tendió la mano otra vez. Una parte

de ella sentía que debería mantener la distancia, pero no estaba segura de poder cruzar aquel club sin sujetarse a él. Sería como Alicia cayendo por la madriguera del conejo.

Salieron del dormitorio y cruzaron el club de nuevo. La mujer que estaba sobre la barra seguía ahí, pero ya no llevaba la lencería. Ahora tenía la mano de un hombre entre las piernas, y él bebía directamente de una botella de whisky escocés. Sus dedos jugaban con ella, entrando y saliendo, acariciándola lentamente, mientras ella gemía encima del mostrador hasta que él dejó la botella a un lado y le dio una palmada en el muslo. Ella soltó un jadeo e intentó quedarse quieta mientras él continuaba con sus toques provocadores.

—Dios mío… —Kenzie apretó los dedos con fuerza alrededor de la mano de Royce al pasar por su lado. Él redujo el paso y la miró, luego dirigió la vista a la mujer sobre la barra. No dijo ni una palabra... pero no hacía falta. Kenzie sentía cómo le ardía la cara, seguro que la tenía roja como un camión de bomberos, y no dejaba de relamerse los labios. Estaba fascinada… y algo excitada. No podía dejar de mirar. Y la sonrisa traviesa que empezó a dibujarse en los labios de Royce le dejó claro que él sabía exactamente lo que ella estaba pensando. Y sintiendo.

—¿Podemos irnos? —le susurró ella, suplicante.

Él soltó una risa baja al llegar a la puerta.

—Kenzie, eres un encanto. Justo cuando creo que ya te entiendo, logras sorprenderme.

¿Un encanto? ¿Y qué demonios significaba eso?

Salieron del club. Royce saludó con un leve gesto a Mistress Aria y al corpulento portero que la acompañaba antes de caminar hacia el aparcamiento.

—Mi coche —dijo Kenzie al pasar junto al Mazda.

—Déjalo. Enviaré a alguien a recogerlo. Esta noche iremos en el mío.

Señaló un Lamborghini Aventador rojo y negro aparcado en una plaza reservada. Abrió la puerta del coche, que se elevó hacia arriba en lugar de abrirse hacia los lados. *Vaya*. Nunca lo había visto llevar ese coche a la facultad. Royce notó cómo ella lo observaba a él y

luego al vehículo antes de cerrar la puerta por su lado. El hombre tenía una sonrisa demasiado satisfecha al ver su reacción.

Royce rodeó el coche y se acomodó en su asiento para encender el motor. El rugido grave del vehículo sonó como el de un gran felino acechando en la selva.

—¿Dónde está su motocicleta? —preguntó Kenzie mientras se abrochaba el cinturón.

Royce soltó una carcajada suave.

—A veces no me voy solo a casa. Y las mujeres que vienen aquí están vestidas para montarse sobre mí… no sobre una moto.

La imagen de montarse sobre él hizo que algo se estremeciera en su interior. *Basta. No pienses en él. Ni en sexo*. Había logrado ser su asistente durante todo un año, no iba a arruinarlo ahora dejándose llevar. Cambió su enfoque hacia algo mucho más seguro.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó.

Royce no respondió durante unos segundos, concentrado en la carretera que serpenteaba por la Costa Dorada de Nueva York. Iban en dirección a la mansión Devereaux. Kenzie nunca había estado allí, pero había visto fotos en internet. La Costa Dorada era famosa por sus castillos americanos y mansiones de barones del petróleo de los años veinte. La casa de Royce era parte de esa herencia histórica. Césped perfectamente cuidado, jardines lujosos, piedra blanca como la ceniza iluminando entre el follaje verde durante los días soleados. Claro que ahora sería diferente, de noche… pero estando con él, se sentía segura. Sonrió, dejando que la anticipación le recorriera el cuerpo. ¿Se vería como una aparición sureña vestida de blanco deslizándose entre los árboles oscuros?

—Mañana por la mañana iremos a mi oficina a revisar lo que pasó, pero no quiero que vuelvas a tu departamento. No hasta que sepamos más. Conozco a alguien que tiene conexiones en la policía. Puede investigar un poco. También quiero hacer algunas llamadas a colegas y conocidos.

Kenzie giró un poco en su asiento para mirarlo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Solo hay un tipo de tráfico con el que alguien podría intentar vincularme.

—¿Qué tipo? —preguntó ella, conteniendo la respiración. El corazón le latía con fuerza.

—Contrabando de fósiles.

La respuesta la dejó descolocada.

—¿Contrabando de fósiles? —lo conocía, claro, pero nunca lo había considerado una amenaza real. No tenía mucho que ver con su línea de trabajo directa.

—Es un negocio turbio. Fácil de entrar, y muy rentable para quienes se involucran. Los grandes hallazgos pueden venderse por cientos de miles en subastas legítimas. Algunos incluso roban fósiles de museos y los venden en el mercado negro. Lamentablemente pasa más seguido de lo que la gente imagina, pero el público rara vez se entera. Los museos casi nunca reconocen públicamente los robos. Yo he trabajado como consultor para el New York Natural History Museum, ayudándoles a verificar si sus piezas son auténticas o réplicas. A veces, durante ese proceso, descubro que un fósil no proviene del lugar que dice la documentación. Los traficantes mienten sobre el país de origen si ese país no permite que se vendan sus fósiles.

Mientras hablaba, el coche giró por un camino estrecho de grava. Dos pilares de piedra blanca marcaban la entrada de una finca. La letra *D* en cursiva estaba tallada en cada uno.

—Guau… —Kenzie jamás se había enfocado en el lado oscuro de su campo. Para ella, todo había sido descubrimiento y la emoción de entender vidas del pasado, no cuánto podía venderse un hueso en una subasta.

La lluvia caía con fuerza contra el parabrisas delantero, dificultando la visibilidad mientras Royce dirigía el coche hacia un camino circular frente a una enorme casa.

—Estás temblando como una hoja —dijo Royce.

El cuerpo de Kenzie temblaba, pero apartó como pudo la incomodidad. Había demasiado en juego ahora mismo. Royce salió del coche y rodeó el vehículo para abrirle la puerta. Nunca antes había querido que un hombre le abriese la puerta, pero hubo algo dulce en aquel gesto. No pudo evitar preguntarse si eso formaba parte del encanto de Royce. Era el tipo de hombre que te abría la

puerta, sostenía el paraguas sobre tu cabeza, te protegía… pero una vez en la cama, se transformaba: salvaje, sin concesiones, intenso. Como un dios que descendía a la tierra para llevar el placer a sus devotas. Un hombre así podría poseer el mundo. Podría poseerla a *ella*.

Bajó del coche y caminó hasta la casa, parpadeando para apartar la lluvia que seguía cayendo. La casa era preciosa, con una fachada de piedra casi blanca que brillaba bajo la luz tenue. Estaba construida al estilo de las mansiones de Newport, con un tejado a la francesa y aleros decorados con ménsulas. Sencilla, elegante y con ese aire de otro tiempo. Su padre tenía una auténtica obsesión por la arquitectura y siempre hablaba de las mansiones de la Costa Este.

Royce subió los escalones de la entrada y abrió la puerta.

—Mi mayordomo, el señor Lansdown, ya estará dormido. Voy a buscarte una habitación y algo cómodo para que te pongas. ¿Tienes hambre?

Kenzie negó con la cabeza. Después del susto que había pasado, dudaba que volviera a tener hambre en un *largo* rato.

Se limpió los pies en la alfombra de la entrada y, al alzar la vista, soltó un pequeño jadeo. Frente a ella se alzaba una escalera enorme, de madera de nogal. Las paredes que la rodeaban estaban cubiertas con una tela que imitaba un tapiz, como si representara un bosque. Los extremos de la barandilla estaban iluminados por lámparas de bronce encastradas en la madera. La luz cálida y dorada hacía que Kenzie sintiera que estaba cruzando un umbral entre dos mundos, dejando atrás la realidad para adentrarse en un bosque encantado, iluminado por lucecitas de hadas. La alfombra verde oscuro que cubría los peldaños acentuaba aún más esa ilusión. Se quedó allí, en el vestíbulo, con la mirada clavada en la escalera, conteniendo el aliento ante tanta belleza.

Una mano suave le tocó el hombro. Se giró y se encontró con Royce, observándola. Las gotas de lluvia colgaban de su pelo oscuro, brillando como pequeños diamantes antes de deslizarse por su camisa. Estaba tan…

Irresistible. Como un dios de las tormentas que hubiese tomado forma humana para seducir a una pobre mortal.

Por enésima vez, Kenzie maldijo a su libido y ese anhelo constante por cosas —por hombres— que sabía que no podía tener.

—Déjame prepararte al menos un chocolate caliente —ofreció él.

Si había dos cosas en el mundo capaces de tentarla, eran el chocolate caliente y un hombre como Royce. Juntos…

Estoy tan jodida.

Royce la condujo hasta la cocina. A pesar de que parecía capaz de alimentar a un centenar de personas, había sido remodelada con un diseño más actual, con una zona de comedor integrada. Una pequeña mesa ocupaba un rincón acogedor junto a una gran despensa. Kenzie se sentó en una de las sillas y lo observó mientras encendía el fuego. Las llamas azules del gas iluminaron la cocina, y él colocó un cazo sobre la placa. Sacó leche, azúcar y una lata de cacao.

¿Cacao casero? Este hombre era el mismísimo diablo.

Volvió a abrir la nevera, y la luz le perfiló el rostro de manera casi artística. Sus facciones parecían esculpidas en mármol. Esa nariz recta, de aire aristocrático, y esos labios llenos, absolutamente besables, eran una llamada directa a su deseo. Cada centímetro que podía verle estaba perfectamente definido, y Kenzie hizo un esfuerzo por no imaginarse cómo sería morderle en más de un sitio. Tenía el tipo de cuerpo que parecía rogar caricias y mordiscos.

Frunciendo ligeramente el ceño, Royce cerró la puerta de la nevera y se giró hacia ella.

—Esperaba tener un filete o una bolsa fría para tu mejilla. Tendrá que bastar con hielo —dijo, mientras llenaba una bolsa con cubitos y la envolvía en un paño. La leche comenzaba a calentarse. Colocó la bolsa improvisada sobre su mejilla. Sus manos se rozaron cuando ella intentó sostenerla. Durante un momento largo, él no se movió. Ese contacto hizo que la piel de Kenzie ardiera de placer.

—Lo siento mucho, pequeña Mac. Esta noche debe de haber sido un infierno para ti —susurró. Soltó la bolsa, pero no se alejó. En lugar de eso, apartó un mechón mojado de su rostro, colocándoselo detrás de la oreja. La yema de sus dedos se demoró un segundo sobre su piel, provocándole un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Pequeña Mac. Mac por MacKenzie. Ese apodo cariñoso que solía usar cuando trabajaban juntos en el despacho, y que la volvía un poco loca, aunque también la hacía sentirse especial.

Royce carraspeó y se alejó un paso.

—Será mejor que vigile el chocolate —murmuró, retomando su tarea.

Cuando estuvo listo, le ofreció una taza, que ella aceptó con gusto.

—No me creo que haya hecho chocolate casero —apretó la taza entre las manos, dejando que el calor le reconfortara los dedos antes de dar un sorbo. El sabor le estalló en la boca. Un toque de nuez moscada lo hacía aún más especial.

—Mi padre me enseñó dos cosas importantes: si quieres seducir a una mujer, tienes que saber bailar y hacer chocolate caliente —dijo con una sonrisa melancólica.

Kenzie contuvo el aliento, sintiendo el dolor ajeno en su propio pecho. Todo el mundo conocía la historia. Los Devereaux habían muerto en un accidente de avión. Royce tenía solo diecinueve años y era hijo único. No podía imaginar lo sola que debía de haber sido aquella casa, con él y los criados como única compañía.

Le dedicó una sonrisa, esperando que él se la devolviera.

—Su padre debía de ser un hombre sabio.

Royce sonrió con suavidad.

—Lo era. El mejor hombre que he conocido. Era arquitecto. Quería crear cosas. "Diseñar sueños", solía decir —bebió de su taza, pensativo. Un mechón húmedo se le cayó sobre los ojos, y Kenzie tuvo que contener las ganas de levantarse y apartárselo.

—Mi padre también es un apasionado de la arquitectura, aunque solo como hobby. ¿Y su madre?

—Era médico. No necesitaban el dinero, pero a ella le encantaba ayudar a los demás —agachó un poco la cabeza, sumido en sus recuerdos.

Kenzie nunca había vivido una pérdida tan grande. Sus padres, un dentista y una asistente legal, seguían vivos. Ninguna tragedia importante había sacudido su mundo, pero tampoco habían sufrido

pérdidas. Era afortunada. Y, sin embargo, sentía que quizá tampoco había vivido del todo.

De repente Royce se enderezó y sacó el móvil del bolsillo.

—Tengo que hacer una llamada. Ahora vuelvo.

Salió de la cocina, dejándola sola. Kenzie se quedó de pie junto a la puerta cerrada, sin saber muy bien qué hacer. No debería quedarse allí, en su casa. Pero tampoco quería marcharse.

Que nadie se entere de esto, por favor. Podría arruinar su carrera y matar la suya antes siquiera de haber empezado.

Eso, claro, si los hombres que la habían atacado no los encontraban antes.

CAPÍTULO 3



Royce salió al pasillo y se apoyó en la barandilla de la escalera mientras intentaba recuperar el control. Esta noche iba a poner a prueba su fuerza de voluntad. Tener a su dulce, inocente y brillantísima asistente durmiendo bajo su techo iba a ser un auténtico infierno, porque la deseaba.

Había una razón por la que prefería visitar el Gilded Cuff. Era un lugar seguro, con normas claras, donde todo el mundo sabía a qué atenerse. Nadie se implicaba demasiado. Pero MacKenzie Martin no era ese tipo de mujer. Era el tipo de chica de la que uno se enamora. Con la que uno se casa. Y él no era ese tipo de hombre.

Tenerla allí era como colocar un vaso de whisky caro frente a un alcohólico. Solo su aroma, el tacto de su cabello entre los dedos, o ver esos enormes ojos marrones pidiéndole ayuda… Era una tentación a la que casi estaría dispuesto a rendirse.

No la había contratado por su aspecto —aunque era increíblemente sexy—. La eligió tras una entrevista telefónica impecable y una reunión en persona aún mejor. Pero en cuanto entró en su despacho, con veintiséis años, jeans, una camiseta de un concierto de Hendrix y unas Converse negras, supo que iba a ser un problema. Tenía esa dulzura natural, ese aire de girl-next-door, con una pizca de descaro que lo desarmaba por completo. Y lo que lo volvía loco no era solo la atracción física.

Kenzie era divertida, lista a rabiar, y a veces se preguntaba cómo había tenido tanta suerte de que quisiera trabajar para él. Cuando

observaba fósiles, era como si viera el pasado. Como si pudiera imaginar a las criaturas antiguas caminando por un mundo que ya no existía. Tenía un don para leer la tierra, los fósiles, las rocas… algo que él jamás había presenciado en nadie. Y cuando le hablaba de su trabajo, sus ojos se iluminaban, su rostro se llenaba de vida y él quedaba fascinado. Podría pasar horas solo mirándola y escuchándola. Y fue entonces cuando lo supo. No solo la deseaba. Quería algo más. La quería a ella. *Entera.*

Nunca habría imaginado que desearía a una mujer como ella, pero lo hacía. Joder, *cómo* lo hacía. Por eso la contrató en el acto. Y eso significaba que debía ignorar cada instinto que le pedía a gritos cruzar los límites profesionales que tanto se esforzaba por mantener.

Era la maldición de todo buen dominante en el mundo del BDSM: sentían una atracción casi instintiva por proteger a quien lo necesitaba. Y Kenzie, aunque era fuerte como un roble —como la mayoría de las sumisas—, también tenía esa obediencia deliciosa cuando se trataba de seguir órdenes en el dormitorio. Y él lo intuía. Kenzie era una sumisa natural. Inteligente, con carácter, su igual en todos los sentidos… probablemente ni siquiera sospechaba que lo que le faltaba en su cama era un poco de perversión. Una pizca de control. Algo que Royce quería darle una y otra vez, hasta dejarla exhausta o temblando de placer.

Las reacciones de Kenzie esa noche en el club hablaban por sí solas. La escena de la mujer tendida sobre la barra, siendo manejada con habilidad por Jaxon, el dueño del club, la había dejado sin aliento. Se le habían sonrojado las mejillas y no había podido apartar la vista. Aquello era más que simple curiosidad. Sería un auténtico placer enseñarle lo divertida que podía ser su forma de vivir el deseo. Tentador, muy tentador, susurrarle al oído: "Ven al lado oscuro. Tenemos galletas… y sexo increíble".

Pero salir con estudiantes estaba terminantemente prohibido. Y por buenas razones. Una relación BDSM implicaba un intercambio de poder, y alguien que no conociera bien esa dinámica podría confundir su dominación con un abuso de autoridad como profesor, sin comprender lo que realmente significaba ser un dominante.

Si quería tener algo con Kenzie, tendría que dejar su puesto de asistente y firmar un sinfín de formularios con el departamento de paleontología y la universidad. Si no lo hacía, su reputación acabaría arruinada. Sería un maldito desastre. Y no era momento de pensar en eso. No cuando había asuntos más urgentes. Como los hombres que habían hecho daño a Kenzie aquella noche para intentar llegar hasta él.

La culpa le mordía por dentro. Debería haber estado allí, trabajando con ella en las notas, no divirtiéndose en el Cuff. No tenía forma de saber que esos cabrones aparecerían, pero aun así… tendría que haber estado a su lado.

Tengo que averiguar qué quieren esos hombres… solo entonces podré mantener a Kenzie a salvo. Sacó el móvil y llamó a alguien que podía ayudarle. No sonó ni tres veces cuando una voz profunda respondió:

—Brummer al habla.

—Hans, tío… necesito tu ayuda —dijo Royce, esbozando una sonrisa al escuchar el suspiro dramático al otro lado de la línea.

Hans Brummer era guardaespaldas profesional. Llevaba protegiendo a la familia de sus amigos más cercanos, Emery y Fenn Lockwood, desde que tenían ocho años. Hans había sido la sombra inseparable de Emery desde que este fue rescatado de un secuestro, junto a su hermano gemelo.

El peligro para Emery había pasado, y el hermano perdido había vuelto a casa. Así que Hans andaba aburrido. En los últimos meses, Royce lo había contratado para enseñarle cosas como forzar cerraduras, abrir cajas fuertes y disparar armas tácticas. Siempre había sido buen tirador en el campo de prácticas, pero nunca había tenido que disparar como si su vida dependiera de ello. Y ahora agradecía haber mejorado su puntería.

—¿Qué necesitas exactamente? —preguntó Hans.

—¿Puedes venir a casa esta noche? Han atacado a mi asistente mientras trabajaba en el despacho. Según ella, venían buscándome a mí. La golpearon, le apuntaron con una pistola pero consiguió escapar. Necesito a alguien de confianza que me ayude a protegerla y a llegar al fondo de todo esto.

Hans soltó una carcajada grave.

—Parece que también necesitas a alguien que te cubra el culo, Devereaux.

—Probablemente. ¿Te apetece?

—Esto va en serio, ¿verdad?

—Podría ser. Le pusieron una pistola en la cara, Hans. Le pegaron. Y saltó desde una ventana del segundo piso para escapar de esos hijos de puta. Quiero encontrarlos. Quiero hacer que paguen —no pudo evitar que el gruñido le saliera del pecho, lleno de rabia contenida.

—¿Nada de policía?

—Kenzie cree que podrían estar comprometidos. Mejor mantenerlos al margen.

—Entendido —respondió Hans, y su voz se volvió más seria—. Estaré allí en diez minutos. Llevaré mi equipo y algunos juguetes divertidos. Activa tu sistema de seguridad. Si saben dónde está tu despacho, sabrán dónde vives.

Royce se maldijo por dentro. Había estado tan centrado en Kenzie que había olvidado la primera regla que Hans le había enseñado: *haz de tu casa un lugar seguro*. Normalmente no se preocupaba por la seguridad. Nunca había tenido motivos. Hasta ahora.

Guardó el teléfono y fue directo al pequeño panel gris junto a la puerta principal. Activó los sensores de puertas y ventanas. Después regresó a la cocina.

Kenzie seguía allí, sentada en una de las sillas, con la taza de cacao entre las manos. Dios, era tan jodidamente preciosa. Y cada vez que veía el moratón en su mejilla o su labio partido, le daban ganas de destrozar a los hombres que le habían hecho daño.

—Vamos, pequeña Mac, vamos a buscarte una habitación.

Ella puso los ojos en blanco al oír el apodo. Pero él no pudo evitarlo. Siempre la había llamado así en el trabajo. Era su forma de mantener cierta distancia emocional, aunque en el fondo era también una excusa para conectar con ella. Porque *sí* le importaba. Más de lo que quería admitir.

Kenzie le siguió escaleras arriba. La mansión Devereaux parecía impresionarla, a juzgar por cómo se detenía a observar los cuadros y los muebles de época eduardiana. Su madre había amado decorar aquella casa. Con el tiempo se había convertido en un santuario en su honor. Una forma de conservar intacta la felicidad que había conocido antes de su muerte. Cuando el sol entraba por los ventanales de la biblioteca a media tarde, podía imaginar a su madre acurrucada en su sillón de cuero favorito, con un libro de Mary Stewart entre las manos. Ella le había inculcado el amor por el conocimiento y por la lectura.

—¿Cuántas habitaciones tiene esta casa? —preguntó Kenzie al llegar al último escalón.

—Diez. Es bastante pequeña comparada con otras mansiones de la Costa Dorada. Los jardines de Old Westbury, por ejemplo, son enormes.

La condujo hasta una de las habitaciones de invitados. Normalmente Emery o Wes Thorne —su otro mejor amigo— solían quedarse allí tras alguna noche larga. Pero últimamente apenas venían, demasiado ocupados casándose y yéndose de luna de miel eterna. Royce se sentía cada vez más solo, en una forma que no sentía desde que perdió a sus padres hacía más de catorce años.

—Aquí estamos —dijo, abriendo la puerta con el pomo de latón —. Mi dormitorio está al final del pasillo por si necesitas algo.

Kenzie entró en la habitación y se giró para mirarle. Sus ojos estaban abiertos, suaves. Vulnerables.

—¿Tiene algún pijama o…? —preguntó, frotándose los brazos y Royce asintió mientras veía su jersey húmedo.

—Claro. Espera aquí.

Royce fue hasta su dormitorio. No tenía ropa de mujer, pero sí algo que podría servir. Sacó un pijama de rayas azul y blanco, con pantalón y camisa de botones, y regresó a la habitación de invitados. Kenzie estaba de pie junto a la ventana alta, abrazándose el cuerpo con los brazos.

La lluvia seguía golpeando los cristales, y el vaho de su respiración formaba una silueta fantasmal en el cristal. Aquella imagen le hizo estremecerse. El miedo real empezó a colarse entre

los huecos de su rabia. Podría haberla perdido esta noche. Su Kenzie. Su pequeña Mac. Pero no podía permitirse pensar así. No era prudente admitir —ni siquiera ante sí mismo— que ella significaba mucho más que una simple estudiante. Durante el último año, había empezado a considerarla su amiga. Primero, por encima de todo.

Él apareció detrás de ella.

—Prueba con estos.

Kenzie se giró de golpe y casi chocó contra su pecho.

—¡Oh! Perdón…

Demasiado cerca… Estaba demasiado cerca de él, con esa expresión vulnerable en los ojos. Cada fibra de su ser quería lanzarse a protegerla, a enfrentarse a todos sus demonios en su lugar.

—Tengo que ocuparme de algunas cosas. Cámbiate y dúchate si lo necesitas. Intenta descansar un poco. La alarma está activada, y he llamado a alguien de confianza para que nos eche una mano —Le apretó el hombro con delicadeza, aunque por dentro deseaba hacer mucho más. Con ella tan cerca, la tentación era constante.

Dios… estoy tan jodido.



KENZIE SE TOMÓ UN MOMENTO PARA SABOREAR LO QUE ESTABA VIVIENDO, aunque se sintiera un poco culpable por ello. Estaba en la mansión de Royce Devereaux, en una habitación a pocos metros de la suya. Pasaría la noche en lo más parecido a un castillo americano, junto al hombre que protagonizaba casi todas sus fantasías nocturnas.

¡Dios, tranquilízate! Intentó recordarse que estaba allí porque él quería protegerla, no porque quisiera acostarse con ella. Dejó el pijama sobre la cama y empezó a desvestirse cuando una melodía antigua le llegó desde el pasillo. Reconocía esa canción: *This Bitter Earth*, de Dinah Washington. Una voz dulce y melancólica de otra época. Muy Royce. Él podía llevar cazadora de cuero, camiseta de

Van Halen y moverse en moto, pero después escuchar a Dinah Washington. A veces le parecía un completo enigma: atrapado en el pasado y, a la vez, disparado hacia el futuro. Nunca sabía con qué saldría. Y eso la desconcertaba y la atraía.

Se puso el pijama y salió al pasillo descalza. Se detuvo al borde de la escalera, dejando que la música la envolviera, mientras las apliques dorados proyectaban luces cálidas sobre las paredes decoradas con tapices de bosque.

Cómo debía de ser vivir en un sitio así. No tenía nada que ver con su diminuto piso a una calle del campus. Esta casa era como un sueño antiguo, un lugar donde vivían los príncipes y la magia susurraba desde las paredes. Con una mano en la barandilla brillante, bajó los escalones alfombrados y atravesó otro pasillo hasta encontrar una puerta entreabierta. Se asomó con curiosidad.

Una estancia luminosa, de paredes color mantequilla adornadas con enredaderas y flores pintadas a mano. Al fondo, un escritorio de madera maciza, rodeado de estanterías repletas de libros. Como sujetalibros, piezas tan curiosas como un cráneo de tigre dientes de sable, un fémur de hadrosaurio o un nido de huevos de oviraptor, la cual sería la pieza más costosa de su colección si no se tratara de una réplica. Los fósiles reales de nidos podían alcanzar millones en subastas. A todos les encantaba la idea de tener bebés dinosaurio. Y encontrarlos intactos era algo raro. Los huevos eran frágiles y raramente sobrevivían a las condiciones que llevaban a la fosilización

Royce estaba en su escritorio, los pies apoyados sobre el borde, dándole vueltas a una gran garra fosilizada bajo la luz de la lámpara. Pero Kenzie sabía que no pensaba en el fósil. Tenía esa expresión suya, la que ponía cuando estaba resolviendo un problema complicado en la universidad. Junto al escritorio había un tocadiscos de los de antes, de donde salía la bella e hipnotizadora música.

Royce dejó de girar la garra al verla. Sus ojos se oscurecieron ligeramente al bajar los pies y levantarse.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con esa voz grave y cálida que a Kenzie le provocó un escalofrío placentero. Nunca había pensado que la voz de un hombre pudiera sonar como un pecado líquido. Como bourbon añejo.

—Supongo… —respondió ella—. Todavía no termino de asimilarlo. No estoy acostumbrada a saltar por ventanas ni a huir de psicópatas —*seguro que tendré pesadillas*. No dijo esa parte en voz alta. No quería parecer débil. Sabía que él ya se sentía culpable. Para ser un hombre con instintos tan intensos en la cama, tenía un corazón sorprendentemente tierno.

Los labios de Royce se tensaron.

—No hagas bromas.

—Si no lo hago, me temo que voy a romperme.

—Está bien. Estoy aquí, pequeña Mac. Intenta dormir un poco.

Se acercó y le sostuvo la barbilla con suavidad, inclinándole la cara hacia él. Su aliento cálido rozó su piel, y Kenzie tembló. Apenas se habían tocado antes, algún roce amistoso, una palmadita en el hombro o en el brazo. Siempre prudentes. Nunca íntimos. Ella pensó que podría mantenerse al margen, controlar su atracción, rechazar sus pequeñas provocaciones… pero esta noche ya no podía fingir. Estaba demasiado expuesta, demasiado vulnerable. Bastaba con un gesto para perderse en él.

La luz de la lámpara dibujaba sus siluetas en la pared, y el corazón le latía con fuerza. El aroma de Royce, con ese toque a pino, la envolvía. Quería abrazarse a él, impregnar su ropa con su olor, dejar que la llenara por completo.

Royce se inclinó apenas. Ella se alzó un poco sobre los pies. Sus labios estaban a un suspiro de distancia…

Un timbre lejano rompió la magia. Royce parpadeó y se apartó, carraspeando.

—Debe de ser Hans —murmuró, cruzando la habitación hacia la puerta del estudio.

—¿Quién es Hans? —preguntó Kenzie, siguiéndolo, aún con el cuerpo temblando de deseo. Habían estado tan cerca y una maldita campana lo había arruinado todo.

—Un amigo. Guardaespaldas. Ha venido a ayudarnos con nuestro pequeño problema.

¿Pequeño problema? Kenzie bufó para sí. *Me han apuntado con un arma en la cara. No lo llamaría precisamente "pequeño".*

Cuando Royce abrió la puerta, apareció un hombre alto, corpulento, de unos cincuenta años. El agua resbalaba por su abrigo. Llevaba una bolsa negra colgada del hombro. Era atractivo, con ojos marrones oscuros y el cabello salpicado de gris en las sienes.

Royce sonrió al verlo.

—Hans.

Kenzie no podía dejar de observarlo. Había algo letal en él. Una presencia que imponía. Sus sentidos le decían que era alguien peligroso. Aun así, Hans sonrió con amabilidad y entró.

—Hans, te presento a MacKenzie Martin, mi asistente de cátedra.

—Llámeme Kenzie —dijo ella, ruborizándose mientras Hans le estrechaba la mano y lanzaba una mirada fugaz entre ella y Royce.

—Encantado, Kenzie —Hans dejó la bolsa con un golpe sordo. No llevaba ropa, eso seguro—. ¿Me pones al día? —le preguntó a Royce mientras se sacudía las botas en el felpudo y se quitaba el abrigo.

—Voy a hacer café. Y luego te contamos todo.

Poco después, los tres estaban sentados en la cocina. Kenzie contó su historia, mientras Hans la interrumpía con preguntas puntuales.

—¿Tres hombres? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Y puede que alguno en la policía. Pero me da la impresión de que todos trabajan para alguien más.

Hans se acarició el mentón.

—Tiene sentido. Normalmente los que hacen ese tipo de trabajo son mercenarios contratados —miró a Royce, con expresión seria—. Ha tenido suerte de salir viva. Gente así no duda en eliminar testigos que no les sirven.

Kenzie sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Sabía que esos hombres pensaban matarla. Jamás olvidaría la mirada de Gary mientras le apuntaba a la cabeza. Enterró el recuerdo lo más hondo que pudo y volvió a centrarse en Royce y Hans.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Yo haría que la policía tomara huellas en tu oficina. Aunque tengan a alguien infiltrado, los protocolos deben seguirse. Dijiste que

no llevaban guantes, ¿no? Podríamos identificar alias. Si descubrimos quién contrató a Monte y Gary, o con quién tienen lazos, podríamos acercarnos a la verdad. Hay que andar con cuidado, pero lo peor que puede pasar es que sus contactos se enteren de lo que investiga la policía. Esta noche lo principal es asegurar la casa y descansar.

Kenzie estaba agotada, pero ni de broma pensaba dormir sabiendo que había tres tipos sueltos buscándolos.

—¿Estás bien? —preguntó Hans.

El guardaespaldas era demasiado observador.

—Creo que sí —murmuró, avergonzada por haber dejado entrever sus miedos tan fácilmente.

—Tengo un jacuzzi, por si quieres relajarte y entrar en calor —sugirió Royce—. Hans y yo nos encargaremos de reforzar la seguridad. Estarás a salvo. Te lo prometo.

Un baño caliente no sonaba mal.

—De acuerdo.

Hans y Royce se encaminaron por el pasillo, pero de pronto los dos se detuvieron en seco, sus cuerpos bloqueándole la visión.

—¿Tú…? —murmuró Royce.

Hans negó con la cabeza.

—Mis botas están limpias. Me las limpié en la entrada.

—Mierda —masculló Royce, volviéndose hacia Kenzie.

—¿Qué ocurre? —susurró ella. Cada pelo de su cuerpo se erizó al instante.

—Huellas mojadas. Hay *alguien más* en la casa —respondió Royce, con los labios tensos en una línea dura. Le hizo un gesto a Hans con la cabeza y luego volvió a mirarla—. Necesito que te quedes aquí. Escóndete en la despensa. No salgas, pase lo que pase. Volveré a por ti. ¿Me oyes?

Sus ojos ardían, fijos en los de ella, y su voz no admitía discusión. Kenzie no podía desobedecer, no cuando usaba ese tono tan profundo, autoritario… dominante. Un escalofrío le recorrió la espalda, en parte por la reacción que él le provocaba y por el miedo a lo que pudiera pasar en los próximos minutos.

¿Alguien más en la casa? Dios mío… Dios mío…

Luchó por calmar el pánico que empezaba a apoderarse de ella y asintió, mostrando a Royce que obedecería. Retrocedió lentamente, buscando con la mirada las puertas de la despensa junto a la nevera. El corazón le golpeaba tan fuerte el pecho que sentía que le iba a romper las costillas.

Todo se volvió silencio. Un silencio absoluto. Cerró las puertas de la despensa, con la respiración agitada y entrecortada. Cada exhalación sonaba como un susurro áspero que le raspaba los oídos.

Segundos después, estalló un tiroteo en algún lugar de la casa. Vidrios rotos. Un grito se le escapó de los labios antes de poder contenerlo. Se cubrió la boca con ambas manos. Un instinto animal la obligó a agacharse, primero de rodillas, y luego a tumbarse completamente en el suelo, aplastándose contra el frío suelo de baldosas.

De nuevo silencio. Luego, el crujido de cristales bajo unas botas. Voces. Gritos guturales. Otro estallido de disparos que le retumbó en los oídos. Los sonidos se acercaban. El estruendo, los disparos, los pasos. Kenzie se cubrió las orejas con fuerza y rezó en silencio para que todo terminara.

Botes y latas estallaron sobre su cabeza. Lluvia de comida. Cristales. Astillas de madera le cayeron encima mientras pequeños haces de luz se filtraban por los agujeros en la puerta de la despensa. El pomo se desprendió y cayó al suelo. Kenzie lo miró con horror justo cuando las puertas empezaron a abrirse con un chirrido lento y siniestro.

Frente a ella, un hombre yacía de espaldas en el suelo. Monte. Tenía la cara vuelta hacia arriba y gruñía al hombre que lo dominaba, con una bota clavada en el pecho. Un arma automática apuntaba directo a su frente, y quien sostenía el arma era Royce.

—Uno de tus compañeros está muerto, y el otro acaba de largarse en vuestro coche. Estás solo, pedazo de mierda —gruñó Royce, inclinándose sobre él y presionándole aún más el pecho con la bota.

—Me la suda. No voy a hablar —escupió Monte. La sangre le tiñó los dientes, y sonrió con frialdad.

—Hablarás —le aseguró Royce. Hizo un gesto con la cabeza hacia Hans, que acababa de entrar en la cocina—, o mi colega aquí presente empezará a cortarte los dedos de formas muy originales. Está entrenado en media docena de métodos de tortura. ¿Lo sabías? Es un cabronazo con todas las letras —la sonrisa de Royce era oscura, amenazante—. Pero oye, si hablas, igual me contengo y no te reviento los huevos por haberle puesto una mano encima a la pequeña Mac. ¿Te queda claro? Nadie la toca.

Presionó más fuerte con la bota hasta que Monte soltó un quejido ahogado.

—Que te jodan —dijo Monte—. Si hablo, mi jefe me mata.

Royce intercambió una mirada con Hans.

—Puede ser. Pero al menos nosotros te daríamos una ventaja para salir corriendo. No suena a que tu jefe vaya a hacer lo mismo.

Monte jadeó unos segundos, luchando por respirar, y luego asintió.

—Vale. Hablaré.

—Bien. ¿Quién es tu jefe y qué coño quiere de mí?

—Vadym Andreikiv. Vive en Moscú. Nos contrató a Gary y a mí. Mandó a uno de sus hombres como apoyo, Jov Tomenko. Quiere sacar algo de Mongolia. Dijo que tú eras el único que podía ayudarle a conseguirlo. Lo único que nos explicó fue que teníamos que encontrarte y llevarte a Ulán Bator.

—¿Ulán Bator? ¿Por qué allí?

—No lo sé. Algo sobre contrabando de fósiles —respondió Monte.

—Vaya… Este cabrón suena a villano de James Bond —murmuró Hans—. ¿Qué hace, se acaricia el bigote en su puta yurta?

—Es todo lo que sé, lo juro —dijo Monte, y empezó a bajar las manos.

Royce no le dio tiempo a más. Le soltó un golpe seco con la culata del arma, directo en la cabeza. La cabeza de Monte golpeó el suelo, cayendo inconsciente a sus pies.

—Al menos no te he volado los huevos. Hans, ¿puedes sacar la basura? Tengo que ir a ver cómo está la pequeña Mac.

—Claro —respondió Hans. Se agachó, cogió a Monte por las piernas y empezó a arrastrarlo fuera de la cocina.

Kenzie seguía tumbada boca abajo, mirándolo desde el suelo. Su cuerpo estaba paralizado, cada músculo rígido. Royce dejó la pistola sobre la mesa y se acercó despacio.

—Kenzie, ya está. Todo va bien, cariño —dijo, arrodillándose junto a ella para ayudarla a incorporarse con suavidad. Ella se tambaleó un poco, y él la sujetó por la cintura. Su corazón latía desbocado, y le costaba respirar—. Tranquila —murmuró.

Ella alzó la vista hacia él, confundida por lo que acababa de presenciar. El hombre que bromeaba sobre torturar a alguien y no dudaba en golpearlo con el arma no era el mismo que ahora la sujetaba con tanta ternura, que la llamaba "Kenzie" con esa voz ronca y suave. Sabía que estaba en shock otra vez, pero no lograba reaccionar.

—¿Por qué no te sientas un momento? —sugirió Royce, con los ojos llenos de preocupación—. Estás muy pálida.

Kenzie miró hacia la despensa, donde los restos de madera astillada y cristal roto le mostraban lo cerca que había estado de morir.

—Doctor Devereaux… no me encuentro bien…

Fue lo último que dijo antes de desmayarse en sus brazos.

CAPÍTULO 4



Kenzie se había desmayado. Royce maldijo en voz baja mientras la recogía del suelo y la levantaba. Tendría que haberlo sabido. Había sido demasiado para ella. Incluso para él, que llevaba casi una década entrenándose para momentos como aquel, había sido una jodida pesadilla. El crujido de cristales bajo sus botas le acompañó mientras salía de la cocina con ella en brazos.

Había sido una pelea breve, por suerte, pero violenta. Los tres hombres estaban en la habitación de enfrente, esperándoles. Él y Hans se habían posicionado a ambos lados del marco de la puerta y lograron derribar a uno. Otro disparó atravesando una ventana y logró escapar. Al tercero lo capturaron, pero no antes de que llenara la despensa de balas.

Y casi mata a Kenzie.

Royce jamás olvidaría el instante en que corrió hacia la cocina después de que ese desgraciado empezara a disparar a lo loco. Sabía que había sido él quien le dijo a Kenzie que se escondiera allí. Si algo le pasaba, si estaba herida sería su culpa. Su condenada culpa.

Pero la puerta se abrió y ella seguía viva. Tumbada en el suelo, con los ojos desorbitados por el terror. Le había costado todo su autocontrol no correr directamente a por ella, no con un enemigo todavía suelto en la habitación.

Ya se había ocupado de ese bastardo. Y ahora tenía a Kenzie en brazos. A salvo. Por ahora. Pero, ¿cuánto tiempo más estaría

realmente a *salvo* mientras siguiera cerca de él?

Todos a quienes quiero terminan heridos. Ese pensamiento lo perseguía desde el día en que un policía apareció en su puerta y le contó lo del accidente de avión. Antes de eso, había perdido a uno de sus mejores amigos a los ocho años, en el famoso secuestro de los gemelos Lockwood. Aquello también lo había marcado.

Afortunadamente, en el caso de Fenn, resultó estar vivo. Pero incluso así, le enseñó una cosa: Amar a alguien significa perderlo. Por mucho que llevara consigo recuerdos soleados de niños corriendo por el bosque no podía olvidar lo que vino después. Las búsquedas interminables. Los sabuesos ladrando en la noche. Las fotos de sus mejores amigos en cada telediario, en cada periódico, durante casi dos meses. Las conversaciones en voz baja de sus padres sobre cómo protegerlo.

Todo era oscuridad, todo era dolor.

Royce sacudió la cabeza, intentando despejar los pensamientos turbios del pasado. Necesitaba centrarse en Kenzie y en el hombre que estaba detrás de todo este desastre: Vadym Andreikiv. Mientras ella estuviera relacionada con él, seguiría en peligro. Si algo había aprendido de Hans, era que en una situación así había que adelantarse al enemigo. Sentarse a esperar a que cayera el hacha no era forma de vivir, y solo les daba ventaja a los otros.

No, yo soy un luchador. Si Vadym le deseaba con tantas ganas, iba a conseguir mucho más de lo que había esperado. Royce iba iría a Moscú y acabaría con él.

Llegó al dormitorio de invitados que había escogido para Kenzie y se sentó en la cama. Le colocó una almohada bajo la cabeza y se perdió un momento en su aroma dulce. Una mujer sexy, tentadora… y completamente prohibida. Le acarició la mejilla con los nudillos. Luego, con un suspiro pesado, cogió la manta gruesa y suave que estaba al pie de la cama y la cubrió hasta la barbilla para que no pasara frío.

—Descansa, pequeña Mac —murmuró al salir de la habitación.

Hans lo esperaba en el pasillo, con las manos en las caderas.

—¿Está bien? Te vi subirla en brazos.

Royce asintió.

—Se desmayó. Creo que fue demasiado para ella.

Hans resopló.

—¿Tú crees? Acaba de aterrizar de cabeza en tu mundo sin ningún aviso ni preparación. Ha sido demasiado incluso para mí, y se supone que ya estoy acostumbrado —sonrió levemente—. Llamé a la policía local. Ya vienen. Tendremos que despertarla para que dé su declaración. Y después, tenemos que pedir los vuelos a Moscú.

—¿De verdad quieres venir a Rusia conmigo? Estoy conmovido —bromeó Royce.

El guardaespaldas, normalmente imperturbable, soltó una breve carcajada.

—Te recuerdo que te *conozco*, Devereaux. Eres demasiado arrogante para tu propio bien. Necesitas a alguien que te cubra la espalda. Emery me mataría si te dejo morir a manos de unos rusos.

Royce sonrió de medio lado.

—Tocado.

Bajó con Hans para esperar. No tocó nada. La policía trataría todo como una escena del crimen, así que regresó a su despacho para hacer tiempo y pensar.

Ese despacho siempre había sido un refugio. Pasara lo que pasara en su vida, allí podía cerrar la puerta al presente y perderse en el pasado remoto.

Se acercó a una de las estanterías y alzó un pequeño fósil. No medía más de seis centímetros. Una concha de *Archimediella*, blanca y alargada como un cuerno de narval, con espirales que sobresalían sobre las suturas que recorrían la concha desde la base hasta la punta. Era una antigua concha de caracol prehistórico, pero también era hermosa, a pesar de ser el tipo de fósil que se podía encontrar en casi cualquier parte del mundo.

Este lo había encontrado una mujer de cabello oscuro y ojos grises llenos de risa, en una playa solitaria de la Costa Dorada en Nueva York.

—¡Royce, ven, cariño! —gritó su madre. Estaba de pie en el agua, que le llegaba hasta los tobillos, mientras las olas subían por la orilla antes de volver al mar. Royce corrió por la arena fría hacia

ella y cogió el objeto que le tendía. Una concha blanca, en forma de cuerno.

Frunció la nariz mientras la examinaba, quitándole la arena.

—¿Qué es?

—Es una concha, muy antigua —dijo su madre—. Un fósil.

—¿Como los dinosaurios? —Royce se obsesionó al instante. Su cuarto estaba lleno de libros sobre dinosaurios.

—Sí, como los dinosaurios —su madre se inclinó para besarle la frente, pero él se retorció y se alejó para limpiarse el beso.

—Ugh, mamá, por favor. Ya soy mayor para eso.

—¿Mayor para qué? —preguntó una voz a su espalda. Royce pegó un brinco. Su padre, un hombre alto y apuesto, con cálidos ojos marrones que se arrugaban al sonreír, lo observaba divertido.

—Los besos de mamá. Ya soy mayor para eso, papá —volvió a mirar la concha.

—¿Mayor para los besos de tu madre? Qué pena. Yo nunca me canso de ellos —y dicho esto, su padre corrió hacia las olas y levantó a su madre por la cintura, besándola con entusiasmo. Dio una vuelta, dejándola girar en el aire antes de volver a besarla.

Royce los miró, sonriendo. Normalmente habría gritado que pararan, que era asqueroso, pero ese día no. Ese día estaba bien que papá besara a mamá. Eso era lo que hacía un buen padre. Y el suyo era el mejor.

El recuerdo lo sorprendió, como un haz de luz abriéndose paso entre la niebla que le envolvía el corazón. La claridad le dolió. Pensar en ellos, en dos personas buenas que ya no estaban, dos personas que lo habían sido todo para él… dolía una maldita barbaridad.

También habían sido quienes lo habían guiado hasta convertirse en uno de los paleontólogos más reconocidos del mundo. Cada vez que excavaba la tierra y encontraba un nuevo fósil, una parte de él volvía a ser aquel niño que veía por primera vez aquella concha. Y durante unos instantes, sus padres seguían vivos.

Volvió a dejar el fósil en su sitio y miró por la ventana. Dos coches de policía y una ambulancia se acercaban por el camino a toda velocidad. Mierda. Esta parte iba a ser un coñazo. No tenía tiempo para dar explicaciones a la policía sobre por qué Hans y él

habían disparado a un hombre, y no había olvidado lo que Kenzie había dicho, que uno de los implicados aseguraba tener a alguien infiltrado en el cuerpo local.

—Royce —lo llamó Hans desde el pasillo—. Ya están aquí. Voy a despertar a la señorita Martin.

Royce se limpió la sangre de las manos antes de salir del despacho y abrir la puerta a los agentes.

Media hora después, la ambulancia se llevó el cadáver al depósito, y al hijo de puta que habían capturado se lo llevaron en coche patrulla. Kenzie apenas había hablado, salvo para responder las preguntas de los agentes. Royce le había dicho que dijera la verdad, incluso sobre el contrabando. Él no tenía nada que ocultar, así que no importaba lo que escucharan los policías. Lo que importaba era que vieran que todo había sido en defensa propia y que no era necesario que Royce se quedara más tiempo.

Por suerte, eso fue exactamente lo que ocurrió. Estaba seguro de que en parte se debía a quién era. Ser el único heredero de una enorme fortuna en la Costa Dorada de Nueva Inglaterra tenía sus ventajas. Normalmente no le gustaba recibir un trato especial, pero en este caso, que la policía no le diera la lata era una bendición.

Hans acompañó a los agentes hasta la puerta, y Royce se centró en Kenzie, que seguía en estado de shock. Él también lo estaría, si fuera una persona normal… pero la normalidad había muerto en él hacía ya mucho tiempo.

—Oye, pequeña Mac, ¿por qué no te das una ducha? ——habría sugerido un baño, pero le vio la mirada. Vidriosa. Casi congelada. Una ducha era mejor para despejar la mente después de algo así.

—Vale —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior.

Royce soltó una maldición por dentro. Ver sus dientes hundirse en la suave carne sonrosada de sus labios lo puso duro al instante. Probablemente era culpa de la adrenalina por el tiroteo. Normalmente tenía más autocontrol.

—Vamos —le tendió la mano, y ella la cogió, confiada y dulce como una niña… pero no había nada infantil en sus curvas, llenas y sensuales. Las rubias altísimas y delgadas con las que se acostaba en el club no le parecían reales, y no podía enamorarse de algo

falso. Pero Kenzie… ella era de esas mujeres por las que un hombre lucharía hasta la muerte, no solo por hacer el amor con ella, sino por conservarla. Por cuidarla *para siempre*. Y eso era lo último que Royce necesitaba. Sabía que debía mantenerse alejado de Kenzie. Por el bien de los dos. Le apretó los dedos entre los suyos, un gesto silencioso de apoyo.

—Ven a mi habitación. La ducha de allí es mejor —dijo mientras subían de nuevo las escaleras.

Ella parecía tan pequeña y vulnerable dentro de su enorme camisa de dormir… *jodidamente adorable. Y yo soy el idiota que le dijo que usara mi ducha.*

Si alguien necesitaba una ducha, era él. Una fría.

—Gracias, doctor Devereaux —dijo ella al llegar a su habitación.

—Puedes llamarme Royce, pequeña Mac. No estamos en la universidad —sonrió al ver su expresión de duda—. En serio, Royce está bien.

Después de todo lo que habían vivido juntos, lo último que quería era ese maldito elefante en medio que era el protocolo académico.

—Royce —sonrió un poco, y ese gesto le calentó algo por dentro. Era una buena señal. Si estaba empezando a mostrar emociones, significaba que salía poco a poco del shock.

Al entrar en el dormitorio, él señaló la ducha del baño con un gesto de cabeza.

—Ve y cuídate un poco. Haré que Hans pase por tu piso a recoger algo de ropa y lo que necesites.

Kenzie arrugó la nariz y se sonrojó.

—¿No le molesta? Quiero decir…

—No le importa. Y no seas tímida, a no ser que tengas algo que ocultar. ¿Tienes algo que ocultar, pequeña Mac?

Lo dijo en tono de broma, pero al ver lo mucho que se le abrieron los ojos, empezó a preguntarse si quizá sí había algo. Alargó los brazos y la sujetó suavemente por las caderas para que no pudiera alejarse.

—Puedo dejar una lista con las cosas que necesito —dijo ella, esquivando la pregunta.

Él notó que temblaba en su contacto, y sus pupilas estaban un poco dilatadas. Así que sí… algo escondía. Pero en vez de presionarla, decidió que ya se encargaría Hans de averiguarlo.

—Hay un bloc de notas en el cajón junto a la cama. Haz la lista antes de ducharte, y se la daré yo.

La soltó a regañadientes, recordándose que ese tipo de contacto no estaba bien. Tenía que bajar a ver qué demonios hacía con todos los destrozos en casa mientras estuviera en Rusia.

Cuando bajó, encontró a Hans en el pasillo con una escoba, recogiendo los cristales. El señor Lansdown, el mayordomo, estaba a su lado, en bata, con los ojos abiertos de par en par y expresión solemne.

—Doctor Devereaux, puedo encargarme de que venga alguien mañana por la mañana a darnos un presupuesto para el cristal y las reparaciones.

—Gracias. Me marcho a Moscú mañana. Te encargo todo. Llámame si surge algo urgente.

—Así lo haré, señor —el señor Lansdown estaba más que acostumbrado a hacerse cargo de la mansión Devereaux cada vez que Royce se marchaba de expedición o a un congreso.

—Hans —dijo Royce—. ¿Te importaría pasar por el piso de Kenzie a recoger algunas cosas?

—Sin problema. Así aprovecho para ver si hay alguien vigilando su apartamento.

—Oh… —Royce dudó un momento—. Probablemente no sea nada, pero avísame si ves algo raro. Tengo la sensación de que Kenzie esconde algún que otro secreto.

Hans alzó una ceja.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

Royce sonrió de medio lado.

—Probablemente nada serio. Apostaría a que es algo que simplemente le da vergüenza —metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y observó al guardaespaldas negar con la cabeza—. Más vale prevenir que curar.

Hans puso los ojos en blanco.

—Vosotros, los chicos, vuestras mujeres y sus secretos.

Royce soltó una carcajada. No le cabía duda de que Hans había registrado la casa de una mujer más de una vez en su vida profesional.

—Voy a por la lista —subió de nuevo las escaleras y escuchó el agua correr. La puerta del baño estaba entreabierta. El cuerpo curvilíneo de Kenzie estaba bajo el chorro, pero no estaba de pie. Estaba acurrucada en una bola, en el centro de la ducha, con la cabeza gacha mientras el agua le caía por todas partes.

Royce cogió la lista rápidamente y bajó para entregársela a Hans. Luego volvió corriendo al baño.

Su pequeña Mac le necesitaba.



KENZIE TENÍA LOS OJOS FUERTEMENTE CERRADOS, PERO NO CONSEGUÍA bloquear los violentos destellos de todo lo que había ocurrido aquella noche. El cañón del arma apuntándole a la cabeza, en la oficina, que ya parecía haber ocurrido en otra vida. La huida por calles oscuras y mojadas hasta el Gilded Cuff, sin saber si algún sitio era realmente seguro. Y luego los disparos, el cristal y la madera de la puerta de la despensa saltando en pedazos sobre su cabeza.

Pude haber muerto. El pánico la llenó de una rabia inesperada, y tembló aún más bajo el agua caliente.

—Kenzie, cariño… —la voz ronca de Royce la sacó poco a poco del pozo de sus pensamientos. No levantó la vista, no al principio. Sentía demasiada vergüenza. Le horrorizaba que él la viera así.

—Cariño, por favor.

La puerta de la ducha se abrió y Royce entró, aún vestido, pero sin las botas. Se arrodilló junto a ella y luego se sentó del todo en las baldosas, rozando con el brazo su hombro desnudo. Le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí.

Kenzie observó su otra mano apoyarse en una de sus rodillas. Había pequeños cortes en sus dedos, y unos hilos finos de sangre se

deslizaron desde su piel hasta la de ella. Alzó la cabeza. Su nariz rozó la mejilla de Royce, sintiendo la aspereza de su barba incipiente.

—Estás herido —dijo, mirándole.

Había un dolor en sus ojos, ardía como un sol poniente en un horizonte lejano, pero intuía que no se debía a esos cortes menores.

—No es nada —respondió él.

Y ella casi pudo escuchar las palabras que no dijo, brillando en su mirada. Había sufrido mucho más de lo que ella podría llegar a imaginar. Algo en su pecho se rompió.

Se llevó su mano a los labios y le dio un beso suave en el dorso, deseando poder borrar el dolor de su mirada. Desde que le conoció, había notado aquella tristeza oculta, especialmente cuando él creía que nadie lo observaba. Había una parte de ella que deseaba abrazarlo y prometerle que no dejaría que el mundo le hiciera más daño. Pero ahí estaba ella, hecha un ovillo en la ducha, incapaz de ayudarse a sí misma, menos aún a él.

Royce entreabrió los labios y le acarició la cara, girándola hacia él mientras se inclinaba. Sus bocas estaban a escasos centímetros, y Kenzie sintió una necesidad abrumadora de que él la besara.

Por favor, bésame.

—Lo que has vivido esta noche ha sido un infierno, lo sé. No es fácil librarse de los recuerdos ni de los "¿y si…?" que vienen después. Pero puedes superarlo. Estás a salvo ahora. Vas a salir de esta, ¿me oyes?

Le sostuvo la mirada y ella se inclinó un poco, deseando cerrar ese último centímetro que los separaba. Pero él se apartó antes de que sus labios se rozaran. Una sonrisa apenas visible asomó en sus labios.

—Siempre supe que acabarías conmigo, Little Mac.

Las palabras dolían, pero su tono fue tan tierno que solo la confundieron más.

—¿No quieres…? —tragó saliva para empujar la humillación que sentía. *No me desea. Todo este tiempo solo me ha estado provocando por diversión, no porque estuviera interesado.*

Sus ojos oscuros estaban llenos de un fuego dorado y suave.

—Sí… *sí te deseo*. Pero esta noche has pasado por una pesadilla. Ningún buen lobo toca a su gatita cuando está herida y asustada, salvo para consolarla y protegerla.

—¿Lobo? ¿Gatita? —preguntó, sin entender del todo la comparación.

Royce le acarició los labios con un dedo.

—Es una forma de hablar en el mundo BDSM. Un dominante es como un lobo: fiero, rudo, pero leal y protector. La sumisa es como una gatita: rápida, lista, con garras afiladas, pero necesita que la traten con cuidado. Es una analogía bastante común en mi estilo de vida. ¿Sabes algo sobre BDSM? —preguntó mientras seguía acariciándole los labios.

Ella asintió.

—Un poco —su cuerpo ya no temblaba. Un nuevo calor la envolvía, provocado por su cercanía y por su tacto.

—No vuelvas a pensar que no te deseo —frunció el ceño—. Pero los dos sabemos que no debemos. No sería sensato.

Gruñó esas palabras, como si estuviera tan frustrado con la situación como ella.

—¿Pero *sí* me deseas?

Si era así, solo haría que todo fuera más difícil, pero necesitaba saber que no estaba sola en este deseo. Estaba tan cansada de sentirse excluida de un mundo lleno de pasión. Todas sus amigas estaban en relaciones sanas y llenas de amor. Ella era la única que seguía fuera, en el frío, porque anhelaba algo más. Algo más profundo. Algo más oscuro.

Él volvió a sonreír, con ese gesto travieso que le aceleraba el corazón.

—Sí, pequeña Mac. Te deseo. Algún día, cuando no estés cargada de adrenalina ni destrozada por el shock, te contaré todas las cosas que he imaginado hacerte.

Ella suspiró, y sus hombros se relajaron. El agua caliente le quemaba la piel contra la de él, casi fundiéndolos.

—Tienes que descansar. Hans tiene tu lista y volverá en seguida.

Ella no quería salir de la ducha. No quería renunciar a esta extraña, dulce intimidad que estaban compartiendo.

—Royce… —lo observó incorporarse. Su ropa chorreaba al salir de la ducha.

—¿Sí? —cogió una toalla blanca y esponjosa, y la sostuvo para ella, girando el rostro hacia otro lado. Siempre un caballero.

Ella dudó un momento, buscando la forma de expresar lo que necesitaba.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche?

—¿Quedarte conmigo? —repitió él, observándola mientras se ponía en pie y cogía la toalla, envolviéndosela alrededor del cuerpo. Él le indicó con un gesto suave que debía secarse.

—En tu habitación… contigo. No sé si podré dormir sola ahora mismo. No dejo de ver a esos hombres —dijo, estremeciéndose.

Royce la observó con atención, sin perderse ni uno solo de los gestos de su cuerpo al recordar.

—Claro —entonces esbozó una sonrisa—. Supongo que eso significa que esta noche no dormiré desnudo. Maldita sea.

Y así, con una simple broma suya, ella volvió a sentirse a salvo.

Él la dejó sola en el baño, y ella lo observó por la rendija de la puerta. Lo vio quitarse la camiseta mojada, dejando al descubierto una espalda hermosa, con músculos bien definidos. Algunas heridas marcaban su piel bronceada, pero él parecía no notarlas. Cuando sus manos fueron al botón de sus vaqueros, ella apartó la mirada, con el rostro ardiendo. No necesitaba torturarse más con la imagen de un Royce desnudo. Ya iba a ser bastante difícil conciliar el sueño.

Cuando estuvo vestida y con el cabello seco, entró en el dormitorio. Royce se había puesto unos vaqueros limpios y una camiseta, y aunque aún tenía el cabello húmedo, parecía más seco, como si se lo hubiera revuelto con las manos. Señaló con la cabeza hacia la cama.

—Duerme un poco. Me quedaré contigo —dijo, con tono firme, aunque ella notó que su mente ya estaba en otro lugar.

—¿Tú no dormirás?

—Sí, en cuanto Hans regrese. Nos turnaremos para vigilar la casa.

Kenzie se tensó al instante.

—¿Crees que el otro hombre volverá?

—No lo creo —respondió con seguridad, sin ninguna preocupación en su voz—. Solo estamos tomando precauciones, nada más.

Kenzie caminó hasta la enorme cama king size. Casi tuvo que dar un pequeño salto para subir a ella. Corrió las sábanas y se metió debajo. La almohada olía a Royce, un aroma intenso, a loción masculina. Era adictivo y tan… varonil. Hundió la cara en ella y cerró los ojos. Lo escuchó reír en la oscuridad.

—Lo estás haciendo a propósito, ¿eh? Restregándome lo cómoda que estás.

—Hmm… —murmuró con suavidad, mordiéndose el labio para contener una sonrisa. Por una vez, era ella la que podía devolverle la broma. Nunca antes había tenido esa oportunidad.

—Descansa —le dijo él, con firmeza pero con ternura.

Y con esa voz, era tan fácil simplemente dejarse llevar.

CAPÍTULO 5



Royce permanecía junto a la cama, observando en silencio cómo Kenzie se entregaba al sueño. Su respiración se volvía lenta, más profunda, y por primera vez en horas sus manos se relajaban. Las arrugas de preocupación alrededor de sus ojos desaparecían poco a poco, disolviéndose entre sueños.

Maldita sea, debía tener cuidado. Ella era suya, sí, pero jamás podría serlo *de verdad*. Y no solo porque protegerla significaba no dejar que arruinara su carrera por él. No. Era porque la vida era una perra cruel.

Cada vez que se planteaba amar a alguien, los recuerdos lo arrastraban hasta la muerte de sus padres. Aquella noche, y todo lo que les había pasado, se repetía una y otra vez en su cabeza como una pesadilla: su imaginación reconstruía cómo debieron haber sido sus últimos momentos. Él mirando por la ventanilla del avión, viendo las luces parpadear en medio de la niebla espesa. Las líneas blancas de la pista desvaneciéndose… y luego el destello, antes de que todo se apagara.

Después del accidente, despertarse se convirtió en una rutina: el pecho le dolía, no podía respirar, los ojos le ardían con lágrimas. Solo después, lentamente, recordaba dónde estaba y recuperaba el control. No podría perder a alguien a quien amaba si no había nadie a quien amar. Por eso solo se llevaba a casa a mujeres que sabían que lo suyo sería algo pasajero.

Y sin embargo, Kenzie era suya. ¿Podía un hombre reclamar a una mujer sin siquiera besarla?

Un sonido abajo lo sacó de sus pensamientos. Una puerta cerrándose. Subió bien las sábanas hasta la barbilla de Kenzie y apagó la luz del dormitorio antes de bajar a ver de quién se trataba.

Hans se sacudía la lluvia del abrigo y alzó la vista hacia las escaleras cuando Royce apareció. No venía solo.

—Cody sigue durmiéndose escuchando el escáner de la policía —bromeó Hans, justo cuando dos hombres más salieron de la sombra: Emery y Fenn Lockwood, sus amigos de la infancia. Emery había sido un recluso durante veinticinco años, hasta que reencontraron a Fenn en Colorado y lo trajeron de vuelta. Antes de eso, Emery solo contaba con su guardaespaldas Hans y con Cody, su técnico friki residente. Aunque Royce jamás se habría atrevido a llamarlo "friki" a la cara. El chico tenía el cuerpo de un surfista que pasaba tantas horas en el gimnasio como en el mar.

—Emery. Fenn —saludó Royce lentamente, lanzándole una mirada molesta a Hans. Los quería como hermanos, pero precisamente por eso no quería que estuvieran allí. Con el peligro al acecho, jamás se perdonaría que salieran heridos por su culpa.

—¿De verdad creías que podrías mantener esto en secreto, Royce? —dijo Emery con una sonrisa, quitándose su abrigo negro y colgándolo en el perchero.

—Hans dice que estás metido en un pequeño lío —añadió Fenn, quitándose un largo abrigo que lo hacía parecer el vaquero de Colorado que solía ser.

—No es ningún lío —replicó Royce, lanzándole otra mirada a Hans. No quería que sus amigos se vieran envueltos en esto. Bastante habían tenido ya, después de que su primo intentara matarlos para quedarse con la herencia. Después de todo aquello, merecían estar en una playa bebiendo cerveza importada y follando a sus hermosas esposas.

—Nos conoces mejor que eso —respondió Fenn—. Así que, ¿qué es eso que escuchamos de una estudiante durmiendo en tu habitación?

Royce frunció el ceño.

—Yo nunca he dicho que esté durmiendo ahí.

Hans se encogió de hombros.

—Si no está en tu cama ahora, apostaría a que lo estará esta noche. Después de lo que ha pasado, no dormirá bien sola.

¿Era Hans un maldito adivino?

—Creía que no te *acostabas* con estudiantes —comentó Emery, alzando una ceja.

Royce bajó el resto de las escaleras.

—No lo hago. Y no lo he hecho. Es mi asistente de cátedra, Kenzie Martin. Y está en estado de shock. Solo intento que se sienta cómoda.

Fenn silbó, con una chispa traviesa en la mirada.

—¿*La* Kenzie?

Royce cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y eso qué significa?

Los gemelos Lockwood se miraron. Emery sonrió.

—Royce, *siempre* estás hablando de ella. Que si Kenzie esto, que si Kenzie lo otro. Es la única mujer de la que hablas.

Royce resopló, ignorando las insinuaciones.

—Es mi asistente. Trabajo con ella. No paso suficiente tiempo con otras mujeres como para hablar de ellas.

—Ajá… —Fenn sonrió, pero se puso serio de inmediato—. ¿Entonces qué ha pasado? Cody nos despertó gritando que había disparos en la mansión Devereaux y una víctima mortal.

—Hans no quiso soltar prenda, a pesar de que soy yo quien firma sus cheques —añadió Emery—. Dijo que era cosa tuya contárnoslo si querías.

Tenía que reconocerle a Hans que no hubiera dicho nada, aunque le habría gustado más que también hubiera mandado a los gemelos a casa. Suspiró. No había salida, solo seguir adelante.

—Es una larga historia. Vamos a la sala de billar. Os serviré algo.

Hans y los Lockwood lo siguieron. Una vez allí, Royce sirvió brandy y prepararon la mesa para una partida. Mientras jugaban, él y Hans contaron lo sucedido, incluidos los detalles sobre lo que había vivido Kenzie.

—Jesús… —murmuró Fenn—. Qué locura.

—¿Así que piensas irte a Rusia mañana? —preguntó Emery, agachándose para hacer un tiro.

—Sí.

—¿Y quieres que cuidemos de tu asistente mientras estás fuera?

Royce dio un trago al brandy. El licor le suavizó un poco las preocupaciones, aunque no del todo.

—¿Podéis hacerlo? Necesito saber que está a salvo.

—Por supuesto —dijeron Emery y Fenn al unísono. Él casi se echó a reír. De pequeños lo hacían todo el tiempo. Dios, cómo echaba de menos esos tiempos.

—Así que tenemos que vigilar a tu estudiante. Será fácil —dijo Fenn.

¿Fácil? No había nada fácil en Kenzie. Era una tentación imposible de ignorar. Por suerte, sus amigos estaban casados.

De pronto, la puerta se abrió de golpe. Kenzie apareció, vestida con su pijama. ¿Quién iba a decir que una mujer con un pijama grande podía parecer tan condenadamente adorable? Se había remangado los pantalones y las mangas. *Mierda*. ¿Se metería en un lío si se los arrancaba de encima y…?

—Iré contigo a Moscú —dijo ella.

Royce contuvo el gruñido que le subía por la garganta.

—No, cariño. Tú te quedas aquí, donde es seguro.

El fuego brilló en los ojos marrones de Kenzie.

—Esta noche casi *muero* —le recordó. Como si él necesitara que alguien le trajera a la memoria lo cerca que había estado de perderla.

—Precisamente por eso te quedas aquí, donde mis amigos pueden vigilarte —dejó el taco de billar sobre la mesa y empezó a caminar hacia ella.

Kenzie retrocedió un paso, pero luego pareció pensárselo mejor y volvió a avanzar, con la barbilla bien alta.

—Estoy metida en esto ahora, y no voy a dejar que te largues sin mí cuando puedo ayudarte. Soy tu *asistente*, así que déjame asistir.

Emery y Fenn soltaron una risita detrás de él.

—Tú asistes con notas y clases, *no* con contrabandistas rusos de fósiles —ahora estaba justo frente a ella, con las palmas de las

manos deseando darle una buena azotaina por llevarle la contraria cuando se trataba de su seguridad. ¿Es que no había escuchado nada sobre los lobos y las gatitas?

—Si no me dejas ir, me presentaré por mi cuenta. Tengo tu móvil rastreado, puedo encontrarte en Moscú. No lo dudes.

A Royce se le cayó la mandíbula. Fenn empezó a reírse. A su espalda, Emery le dio un golpecito con la punta del taco en la espalda.

—¿No dijiste algo de azotarla para quitarle lo rebelde la última vez que hablaste de ella? No me digas que ahora te estás ablandando, Devereaux.

Kenzie le lanzó una mirada fulminante, luego miró a los amigos de Royce tras él y se quedó muy quieta, como una liebre que nota que los lobos se le acercan. Gatita lista.

—Quizá debería hacerlo —Royce definitivamente estaba gruñendo ya. Kenzie se apartó de él, pero no salió de la sala. En lugar de eso, fue a dar de lleno contra Emery, que la sujetó firmemente del brazo.

—Tranquila, pequeña —dijo Emery entre risas. Royce le lanzó una mirada fulminante a su amigo. A principios de año, él y Emery se habrían reído a carcajadas con la idea de atrapar a una sumisa rebelde. Pero Kenzie no tenía ni idea del efecto que estaba causando en los hombres de la sala. Una mujer de boca desafiante y naturaleza sumisa era la fantasía de todo dominante.

—¿Lo haces tú o lo hago yo? —preguntó Emery.

Fenn y Hans apenas podían ocultar sus sonrisas. Kenzie soltó un jadeo de sorpresa cuando Royce extendió una mano y Emery la empujó hacia él.

—No la asustes, Emery. No está acostumbrada a nuestro estilo de vida.

—¿Qué? —parpadeó Emery—. Pero pensé… ¿Por qué si no…? Ah —retrocedió un poco y alzó las manos.

Kenzie volvió la vista hacia Royce, sin miedo, pero claramente tensa.

—Si me pegas… —gruñó como un cachorro enseñando los dientes. Joder, si eso no lo ponía a mil…

Tenía delante una oportunidad de cumplir una fantasía con ella, siempre y cuando estuviera dispuesta. No llegaría al punto de llevarla a la cama, por supuesto, pero si resultaba que a ella le iba ese rollo… Royce cerró los dedos alrededor de su brazo y la giró hasta que quedó entre la mesa de billar y su cuerpo. Sabía *perfectamente* cómo manejarla *y* mantenerla a salvo.

—¿Así que quieres ir a Moscú? —le preguntó con su voz más seductora, la que usaba justo antes de castigar a una sumisa.

—Sí —había un atisbo de sospecha en esos ojos marrones que él tanto adoraba. Era lo bastante lista para saber que tramaba algo, pero lo bastante valiente para mantenerse firme y ver qué hacía a continuación.

—Si quieres venir conmigo, tendrás que aceptar un castigo por haber discutido conmigo. No estamos en la universidad. Estás en mi mundo. Así que te ofrezco una elección: si no aceptas el castigo, no pasa nada. Puedes volver arriba, dormir y dejar que mis amigos te protejan hasta que yo regrese. Pero no irás a Rusia —observó su cara mientras la comprensión se abría paso en sus ojos. Se tomó su tiempo, como él sabía que haría. Lo que no esperaba era su respuesta.

—¿Y podré ir a Rusia si te dejo hacer… lo que sea que piensas hacer?

Él asintió lentamente.

—Entonces hazlo.

Tenía que asegurarse de que sabía lo que eso implicaba.

—¿Sabes lo que estás diciendo? Estuviste en el Gilded Cuff…

—Iré a Rusia.

Emery y Fenn estallaron en carcajadas. Hans puso los ojos en blanco.

—Voy a revisar el perímetro. No quiero ver lo que vas a hacerle a la pobre chica. Pero teniendo en cuenta que encontré unas esposas de cuero bajo su cama, me da que esto le va a gustar —y se fue del salón.

—¿Esposas, eh? —Royce sonrió.

Kenzie miró a Fenn, luego a Emery, y por último a él. Tragó saliva y no dijo nada sobre las esposas. Royce hizo un gesto a su amigo.

Emery se agachó, metió la mano bajo la mesa de billar y accionó un interruptor. Dos paneles se abrieron al final del tapete, revelando dos anillas plateadas con esposas sujetas. Perfectas para mantener a una mujer inclinada sobre la mesa.

Kenzie se quedó mirando las anillas, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso?

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás, pequeña Mac. No pasa nada —Royce rezaba porque ella decidiera regresar a la habitación. ¿Quién sabía a dónde podía llevar todo esto?—. Esa es la condición. Te esposas y aguantas diez azotes, o se acaba el trato.

Kenzie seguía mirando las esposas, mordiéndose el labio. Le habría encantado saber qué pasaba por su cabeza.

—Vale —lo dijo tan bajito que los tres hombres se inclinaron para poder oírla.

—Hostia —dijo Fenn entre risas. Emery negó con la cabeza, sonriendo. Royce se quedó quieto, con los dedos todavía rodeando su brazo. ¿De verdad había aceptado un castigo solo para poder ir a Rusia? No sabía si estar impresionado o preocupado. Pero conocía a Kenzie, y sabía que estaba dispuesta a arriesgarse para llegar hasta el final… y ayudarle.

—¿Podemos acabar con esto de una vez? —preguntó ella, con la voz un poco temblorosa.

Él le cogió la barbilla con la otra mano.

—¿Lo dices en serio? —tenía que asegurarse. En su mirada había miedo, sí, pero también confianza. Y ninguna duda. Sería una sumisa excelente.

Si tan solo pudiera ser mi sumisa.

—Te he dicho que voy a Rusia —respondió. Ese brillo desafiante en los ojos era una maravilla.

—Muy bien —soltó su brazo y señaló las esposas—. Inclínate y coloca las manos donde están las esposas.

Kenzie obedeció despacio, con un temblor recorriéndole todo el cuerpo mientras se inclinaba sobre la mesa. Royce hizo una seña a sus amigos, que avanzaron para cerrarle las esposas en las muñecas. Si él mismo la hubiera sujetado, habría sido demasiado difícil resistirse.

—Última oportunidad, Kenzie. Puedes retractarte y volver a la habitación.

No se atrevía a tocarla todavía, no hasta que estuviera completamente segura. Verla inclinada sobre la mesa de billar, incluso con su enorme camiseta de pijama y esos pantalones, era increíblemente erótico. Había tenido mujeres completamente desnudas ahí, pero ninguna le había excitado como lo hacía Kenzie.

—Deja de hacer tiempo, Royce —dijo Fenn—. La chica lo tiene claro.

Royce caminó hacia el lateral de la mesa para que Kenzie pudiera verle la cara. Apoyó las manos sobre el tapete y se inclinó, a su altura.

—Diez golpes. Solo eso. Quiero que cuentes cada uno y digas: "Gracias, señor". Si no lo haces, volvemos a empezar. Si el dolor es demasiado, dices *amarillo*. Haré una pausa y lo hablaremos. Si te asustas, te cuesta respirar o sientes que la situación o yo te asustan de verdad, dices *rojo*. Rojo para el juego y te dejo volver arriba, pero no irás a Rusia. Amarillo significa que puedes continuar y seguimos hasta llegar a diez. ¿Entiendes las reglas?

Ella le sostuvo la mirada.

—Sí.

Sus dedos se cerraron y las esposas tintinearon al cerrarse. Joder, ese sonido era maravilloso. Nunca haría daño de verdad a una mujer. No era ese el objetivo de ese tipo de juegos. Era todo cuestión de seguridad, sentido común y consentimiento. Pero le encantaba cuando una mujer consentidora mostraba un poco de nerviosismo, que no era lo mismo que miedo.

El verdadero placer para Royce, como dominante, era estar con una mujer que confiara plenamente en él, aunque no confiara del todo en sí misma para rendirse al placer de inmediato. La lucha interior de una mujer para dejarse llevar era lo más erótico que había experimentado jamás. Si la pequeña Mac quería ir a Rusia, tendría que demostrar que podía soportarlo todo y entregarse a las emociones que tanto se esforzaba en ocultar.

Fenn y Emery se acomodaron en el extremo opuesto de la mesa de billar, lo cual le pareció perfecto. Kenzie necesitaría algo de

espacio si iba a soportar la vergüenza de recibir una azotaina delante de dos hombres que apenas conocía. Royce volvió a colocarse detrás de ella y deslizó la yema de un dedo por su columna vertebral. Kenzie empezó a temblar, pero no dijo ni una palabra. Detuvo su caricia justo por encima de la cintura del pantalón del pijama. Lo habitual habría sido posar la mano directamente sobre la piel, pero esta no era una sumisa cualquiera del Gilded Cuff. Era Kenzie.

—¿Lista? —preguntó al tiempo que le acariciaba una nalga con suavidad, apretando suavemente. Ella se tensó y contuvo la respiración—. Recuerda contar y dar las gracias cada vez —le recordó. Su leve asentimiento fue suficiente.

Levantó la mano y le dio una palmada firme, lo bastante fuerte para sobresaltarla, pero sin llegar a hacerle daño.

—Uno… Gracias, señor.

Sus palabras flotaron en el aire, temblorosas.

—Buena chica —la elogió mientras le acariciaba la zona. La siguiente fue más leve.

—Dos. Gracias, señor.

Royce sonrió al escuchar el alivio en su voz. Eso era lo ideal: dejar que una sumisa creyera que sabía lo que le esperaba… y después sorprenderla. La sorpresa disparaba la adrenalina y el deseo.

La tercera palmada fue dura, una nalgada nítida con la mano abierta, casi como un latigazo.

Kenzie soltó un pequeño grito y se sacudió, haciendo sonar los grilletes. Su cuerpo entero reaccionó al instante. Royce sabía exactamente cómo administrar golpes que ardieran sin hacer daño real. Jamás le haría daño a su pequeña Mac.

—Kenzie… —advirtió mientras presionaba la zona sensible, consciente de que debía de arder.

—T-tres. Gracias, señor.

Ahora sí que estaban avanzando. El castigo podía tener dos propósitos en su mundo: el castigo sexual o el castigo genuino. A veces, un poco de dolor podía ayudar a una sumisa a entrar en ese espacio mental especial, el subspace, donde todo miedo e inhibición

desaparecían. Pero con Kenzie, su objetivo era castigo puro. Si iban a ir a Rusia, donde el peligro sería constante, *necesitaba* que ella confiara en él y obedeciera.

Esperó a que su respiración se calmara y luego descargó otro golpe en una zona más baja, cerca del muslo.

—*Cuatro*. Gracias, señor —dijo entre dientes. Royce sonrió. Volvía a resistirse. Y aunque quería que su fuego y descaro no desaparecieran, durante un castigo no era el momento para eso.

Levantó la mirada y vio que sus amigos no miraban a Kenzie, sino a él. Fenn esbozaba una leve sonrisa, y Emery tenía una expresión extraña, como de confusa fascinación.

Frunciendo el ceño, Royce le propinó tres nalgadas rápidas y certeras. Kenzie soltó un quejido con cada una.

—Cinco, seis, *siete*… Gracias, señor.

Estaba al límite. Royce lo notó. Era la primera vez que la azotaban así, podía verlo. Pero se estaba comportando como una auténtica sumisa, y delante de dos desconocidos. Dios, qué valiente era. Más tarde la recompensaría por ello.

—Solo tres más —dijo Emery con voz suave.

Royce no cedió. Las últimas tres fueron igual de firmes. Sabía que le ardería el trasero el resto de la noche. Kenzie las contó una a una, casi en susurros. Y cuando terminó, su cuerpo se aflojó por completo y quedó tumbada sobre la mesa, jadeando.

Royce miró a sus amigos, que seguían observándole.

—Ocúpate de ella —le dijo Emery—. Hans nos irá informando.

Los gemelos salieron de la sala sin decir más.

Royce soltó los grilletes e intentó ayudarla a incorporarse. Kenzie se apartó de golpe, con las mejillas empapadas de lágrimas.

Joder. Se había pasado. Había sido demasiado y muy pronto. Para una sumisa que ni siquiera sabía que lo era, las primeras reacciones ante un castigo podían ser desconcertantes y humillantes. *Pero para mí, sus lágrimas son hermosas*. Eran un signo de confianza. De fortaleza. Muchos pensaban que las sumisas eran débiles, pero era justo lo contrario. Hacía falta valor y coraje para entregarse a otra persona y dejarse llevar en ese estado tan

vulnerable. Kenzie lo había hecho de forma preciosa, aunque él sabía que en ese momento se sentiría completamente expuesta.

La alzó en brazos, a pesar de que ella pataleó y forcejeó.

—Shhh, pequeña Mac. Ya está. Lo has hecho muy bien. Estoy muy satisfecho.

Se la llevó a su habitación con la intención de abrazarla hasta que se calmara y volviera a dormirse. Al pasar por las escaleras, se cruzó con Hans.

—Necesitaremos tres billetes para Moscú —dijo. Hans asintió y siguió su silenciosa vigilancia sobre la mansión Devereaux.



—Shhh, pequeña Mac. Ya está. Lo has hecho muy bien. Estoy muy satisfecho.

Las palabras le llegaban como desde muy lejos, a través de una niebla. Kenzie estaba acurrucada entre los brazos de Royce, sin poder moverse y apenas capaz de pensar. Le ardía el trasero y sabía que había estado llorando. Pero no tenía fuerzas para preocuparse. Estaba agotada. *Pero, él está satisfecho*. Un oleaje de repulsión hacia sí misma la atravesó, porque se sentía feliz de que él estuviera feliz… por haberle dejado pegarle.

Eso no puede estar bien. Estoy fatal de la cabeza. Y lo peor era que, aunque sí le había dolido, ese toque de dolor en los golpes más suaves… la había hecho arder por dentro, y entre sus piernas aún sentía el calor húmedo de la excitación. Se había excitado cuando él la azotaba. Como en sus fantasías. Solo que no había imaginado que dolería tanto.

Pero no estaba herida *de verdad*. Royce había sabido exactamente cuánto dolor proporcionarle. Y eso era lo que más le asustaba. Pero *él* no lo hacía. Se acurrucó más contra él, aspirando su olor, queriendo memorizarlo, marcarlo en su piel. En ese instante,

no existía nada más para ella. Solo esa respiración tranquila, su cuerpo tembloroso y cansado pegado al de él.

No voy a pensar en el mañana, ni en cómo tendré que mirarle a la cara después de esto. Solo disfrutaré este momento.

Y con ese pensamiento, se dejó llevar por el sueño, envuelta en los brazos de Royce.

CAPÍTULO 6



Me duele el culo.

Ese fue el primer pensamiento que cruzó por la cabeza de Kenzie al despertarse. Un sol radiante se colaba por los ventanales, donde las cortinas habían sido descorridas. Hizo una mueca al incorporarse y apartar las sábanas. Eran gruesas y suaves—demasiado suaves—y la habitación en la que estaba decorada con muebles antiguos, lujosos, no tenía nada que ver con los baratos de IKEA de su apartamento. Al principio solo recordaba fragmentos, pero poco a poco, la avalancha de recuerdos vergonzosos la golpeó de lleno. Se cubrió la cara con las manos.

Dios mío… Anoche dejé que mi profesor me azotara. Delante de sus amigos.

Espió entre los dedos, asegurándose de que la habitación estuviera realmente vacía. Lo estaba. Entonces se deslizó fuera de la cama y corrió al baño. Su neceser estaba sobre el lavabo. Hans había sido exhaustivo al recoger sus cosas. Se lavó los dientes deprisa, sin pensarlo demasiado, antes de armarse de valor para bajarse el pantalón del pijama y echar un vistazo a su trasero en el espejo.

Estaba ligeramente enrojecido y aún increíblemente sensible. Cada vez que se sentara hoy, recordaría que había estado tumbada sobre una mesa de billar, esposada y azotada. Qué humillación. Y, sin embargo…

Y me voy a Rusia. Por eso valió la pena. Ya lo había decidido anoche. Estaba demasiado metida en todo aquello y no podía dejar que Royce se enfrentara solo a lo que le esperaba. No podía quedarse de brazos cruzados, como una damisela en apuros, cuando sabía que podía hacer algo para ayudar. Encontraría una forma de justificar el viaje, pero por ahora se guiaba por su instinto, y su instinto le decía que debía ir con él.

Solo se vive una vez, ¿no?

Se miró en el espejo, sacó un cepillo del neceser y lo pasó por su melena castaña enredada antes de recogérsela en una coleta. Necesitaba una ducha y cambiarse de ropa, pero antes tenía que llamar a sus padres para decirles que se iba a Rusia. Sacó el portátil de su mochila y lo encendió. Su madre estaría ahora mismo en la cocina, preparándose el café mientras revisaba sus correos. Cuando los llamó por videollamada, el icono verde del teléfono empezó a vibrar en la pantalla.

El rostro de su madre apareció en la cámara, con una taza de café en las manos.

—¿Hola?

—¡Hola, mamá! Me alegro de pillarte. ¿Está papá?

—¿Andrew? Ven aquí, cariño. Kenzie quiere verte —Kenzie sonrió al ver a sus padres asomados a la pantalla, los dos mirando con curiosidad. Su padre le dedicó una sonrisa amplia.

—Buenos días, hija. ¿Qué pasa?

Se preparó, sin saber muy bien cómo se lo iban a tomar.

—Tengo una gran noticia.

—¿Sí? —preguntó su madre, expectante.

—El doctor Devereaux me lleva a Rusia. Hoy. Ha sido una decisión de última hora, pero volamos a Moscú.

—¿Rusia? —las cejas de su padre se alzaron—. ¿Es por algún tema de paleontología?

—Sí. Vamos a visitar unas universidades allí —quiso decirles que iban a excavar, pero en Moscú ahora mismo todo estaría congelado. No colaría.

—Vaya —dijo su madre, impresionada—. Rusia. ¿Estarás segura, verdad? He escuchado que puede ser un poco peligroso.

Kenzie asintió.

—El doctor Devereaux lleva un guardaespaldas. Estaremos perfectamente —la mentira le quemaba en la lengua, pero no podía contarles la verdad: lo del contrabandista ruso de fósiles y los matones que intentaron matarla no era algo que pudiera soltar sin más.

Su padre se subió las gafas por el puente de la nariz.

—¿Y cuándo vuelves?

—No estoy segura. ¿Una semana, quizá? —eso sonaba razonable.

—Bien, no queremos que te pierdas la Navidad en casa.

—No lo haré —les sonrió, sintiéndose un poco mejor… hasta que Royce entró en la habitación.

—Arriba, pequeña Mac —anunció con voz firme, y luego se quedó quieto al verla sentada en la cama con el portátil.

—¿Quién es ese? —preguntó su padre, frunciendo el ceño.

—Oh, es… —Kenzie lo miró aterrada. Aquello no podía explicarlo.

—¿Hay un hombre en tu apartamento? —preguntó su madre, alarmada, frunciendo el entrecejo—. Espera… Ese lugar no parece tu apartamento.

—Estoy en casa del doctor Devereaux —admitió Kenzie. Sabía que esa era una verdad que no podía evitar—. Teníamos que estar listos para ir juntos al aeropuerto, así que me he quedado a dormir en la habitación de invitados.

—Ah, vale —dijo su madre, aunque no dejó de fruncir el ceño—. ¿Podemos conocerle? ¿Sigue ahí?

Royce carraspeó. Kenzie se giró hacia él. Él le dio una pequeña señal con la cabeza y ella giró el portátil hacia su lado. Royce se acercó, se inclinó un poco para mirar la pantalla y mostró una de sus sonrisas encantadoras.

—Encantado de conoceros, señor y señora Martin. Me alegro mucho de poder saludaros por fin.

La madre de Kenzie casi suspiró como una adolescente, y su padre sonrió con aprobación. Eso era lo que pasaba con Royce Devereaux: podía encandilar hasta a una serpiente… incluso a un padre sobreprotector.

—¡Qué gusto conocerte! Kenzie nos ha hablado mucho de ti. Rusia, ¿eh? Menuda experiencia os espera —dijo su madre, radiante, mientras Kenzie deseaba que la tierra la tragase. Quería a sus padres, claro que sí, pero a veces se pasaban de entusiastas con su carrera. Y ahora mismo la estaban avergonzando.

—Eh… —interrumpió el aluvión de preguntas que le estaban soltando a Royce—. Tenemos que irnos ya, ¿vale? Os llamo cuando vuelva a casa.

Cerró la tapa del portátil de golpe y se tapó la cara con las manos.

—Parecen buenas personas —dijo Royce mientras le apartaba las manos suavemente.

—Lo son —admitió ella sin mirarle. No iban a hablar de lo de anoche, ¿verdad? No estaba preparada para eso. Y *dudaba* que algún día lo estuviera.

—No hace falta que te escondas de mí, preciosa. Anoche fue intenso para los dos. Pero no tienes de qué avergonzarte —le dijo, dándole un suave tirón a la coleta.

Así que *sí* iban a hablar del tema. Al fin lo miró, sin saber bien *qué* esperar. Pero lo que vio fue una ternura feroz en sus ojos, y una sonrisa.

—La mayoría de las sumisas se sienten emocionalmente vulnerables después de su primer castigo. Es porque te abriste a mí, y eso te hizo sentir expuesta. Y me gustó que lo hicieras.

—¿De verdad? —quería saber qué más le había gustado, pero sabía que estaban pisando terreno peligroso. Él no debería haberla tocado anoche, y ella desde luego no debería haberlo permitido. Pero necesitaba saber más sobre él y ese mundo oscuro en el que se movía, un mundo que, inexplicablemente, parecía llenar un vacío dentro de ella.

—Sí, me gustó muchísimo. Si tú y yo no… —Royce dejó de sonreír—. Si no trabajáramos juntos como lo hacemos, digamos que anoche te habría hecho *de todo*.

Se le secó la boca, y le costó tragar saliva.

—¿Qué quieres decir con "de todo"? —*sé que solo me estoy torturando, igual que cuando miro unos Jimmy Choo sabiendo que*

solo puedo permitirme comprar unas zapatillas baratas.

Royce se inclinó sobre ella en la cama, una mano enredada en su coleta, y le echó la cabeza hacia atrás mientras la miraba directamente a los ojos.

—Te asustaría si te lo dijera.

—Dímelo —suplicó ella. El corazón le latía con fuerza, y había algo, una hambre latente en su interior, que necesitaba saber qué era *todo* para él.

Él negó con la cabeza.

—No tiene sentido decir en voz alta lo que no puedo hacer —lo dijo como una especie de decreto real, y volvió a sonreír—. Anda, levántate y dúchate. Nuestro vuelo sale en tres horas —soltó su cabello con otro pequeño tirón juguetón.

Media hora después, Kenzie estaba duchada, vestida y con su maleta preparada junto a la puerta. Hans y Royce la esperaban allí.

Hans le tendió un teléfono negro y delgado.

—Toma. Este es tu teléfono satelital personal. Lleva incorporado un pequeño rastreador que puedo seguir desde una distancia de hasta ocho mil kilómetros.

—Guau —susurró ella al cogerlo.

—¿Ocho mil? Emery debe de haber ampliado el alcance del Black Widow —Royce inspeccionaba su propio teléfono con una expresión de aprobación.

—¿Qué es un Black Widow? —preguntó Kenzie.

—Un dispositivo de rastreo. Lo fabrica la empresa de Emery. Un cacharro potente. Muy útil —Royce guardó el teléfono en el bolsillo y miró a Hans—. ¿Llevamos protección?

Hans negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado, incluso con permisos. Dimitri Razin nos recibirá en Moscú y se encargará de facilitarnos el armamento necesario.

¿Armas? ¿Estaban hablando de armas?

El mundo giró a su alrededor al recordar los disparos de la noche anterior. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—Kenzie, tranquila —dijo Royce, tocándole el hombro—. No dejaremos que te acerques a nada peligroso. Te lo prometo.

Ella asintió, queriendo confiar en él. Pero desde luego no confiaba en ese tal Vadym. Sabía, en lo más profundo de su ser, que lo que les esperaba en Rusia no iba a ser fácil ni seguro. Y se había prometido a sí misma que enfrentaría ese peligro y que ayudaría a Royce. Pero si él quería fingir un poco más que podía protegerla, ella se lo permitiría. Mantendría los ojos bien abiertos y estaría alerta.

—¿Todos listos? —Hans la miró, como queriendo asegurarse de que de verdad estaba decidida a ir.

Kenzie apretó el mango de la maleta con más fuerza.

—Lista.

Esto es de locos. ¿Irme a Rusia con mi profesor y su guardaespaldas intimidante para frenar a unos traficantes de fósiles? Dios mío, espero saber lo que estoy haciendo.

CAPÍTULO 7



Royce odiaba los aviones. Antes no, pero desde que perdió a sus padres, los veía como trampas mortales voladoras. El piloto anunció el tiempo de vuelo y las condiciones climáticas hasta Moscú, y el estómago de Royce se revolvió. Había volado muchas veces en los últimos años, pero jamás había superado el nudo que le provocaban los recuerdos de aquella noche trágica.

Se quedaba congelado en su asiento de primera clase del Boeing 747, incapaz de respirar. Los motores cobraban vida, y la azafata pasaba por el pasillo con su andar tranquilo y profesional, pero nada conseguía distraerle de su miedo. Se aferraba al reposabrazos hasta que los nudillos se le volvían blancos, incluso antes del despegue.

Y cada vez que regresaban esos recuerdos, eran tan oscuros y pesados como un mar a medianoche, arrastrándolo hacia el fondo sin piedad.

Royce sonreía mientras él, Wes y Emery saqueaban el mueble bar de su padre y se acomodaban en la sala para ver la tele. Sus padres no volverían hasta tarde esa noche, y tendrían tiempo de sobra para esconder la botella vacía de Jack Daniel's. No hablaban del instituto. Hablaban de chicas, de deportes o de esas mil cosas que en aquel momento parecían importantísimas.

El teléfono sonó, pero Royce lo ignoró.

Media hora después, la policía llamó a la puerta. Dos agentes bajaron de sus vehículos. Llevaban las gorras en la mano y la cabeza gacha.

—¿Es usted Royce Devereaux? —preguntó uno de ellos.

Él asintió, buscando en sus rostros alguna pista de por qué estarían allí.

—Ha habido un accidente. El avión en el que viajaban sus padres no logró aterrizar por culpa de la niebla.

El segundo agente tragó saliva antes de continuar:

—Lo siento mucho, pero no hubo supervivientes.

Las palabras hicieron que el aire zumbara en su cabeza como una colmena. No podía escapar de aquel sonido. Intentó hablar, pero no le salía la voz. Los ojos le ardían. El corazón se le congeló, incapaz de latir.

Cuando las piernas de Royce cedieron, fueron sus amigos quienes lo sostuvieron y evitaron que cayera.

—¿Doctor Devereaux, quiere cacahuetes? —la dulce voz, algo ronca, lo arrancó de golpe del pasado.

¿Cacahuetes? ¿Qué demonios?

Kenzie agitaba una bolsita de cacahuetes delante de él.

—Cacahuetes. ¿Quiere? —la sonrisa en sus labios vaciló, y entonces Royce se dio cuenta de que era porque no paraba de mirarla fijamente. Borró el ceño fruncido de su rostro y cogió el brillante paquetito rojo. La azafata pasó junto a ellos y Royce la detuvo con un gesto.

—Un vaso de whisky con hielo, por favor.

La joven, que no debía de ser mucho mayor que Kenzie, le dedicó una sonrisa encantadora. Sus ojos cálidos recorrieron su rostro.

—Por supuesto, señor. Se lo traigo enseguida.

En otro momento, en otro lugar, habría llevado a esa azafata al baño más cercano y sumado otro punto a su tarjeta del club del milla alta, pero la idea ya no le resultaba tan atractiva como antes. Miró de reojo a Kenzie, que ya tenía el portátil abierto sobre la mesita y tecleaba concentrada. Hans ocupaba el asiento del pasillo justo enfrente, con un cojín en el cuello y los ojos cerrados.

Hombre listo. Ojalá pudiera dormir en un avión como él.

Volvió a mirar a Kenzie, sin pasar por alto cómo el reducido espacio, incluso en primera clase, hacía que sus piernas se rozaran y

sus brazos se tocaran en el reposabrazos. Un suave aroma floral le acarició la nariz, y se inclinó un poco, queriendo inspirar más de ese perfume. Empezó a cerrar los ojos de nuevo, pero Kenzie comenzó a hablar.

—He descargado información sobre Mongolia antes de que saliéramos. ¿Quieres leerla?

—¿Mongolia? —seguía demasiado concentrado en ese dulce aroma que lo llamaba.

—Sí. Monte dijo que el ruso, Vadym-loquesea, estaba metido en contrabando de fósiles en Mongolia, ¿recuerdas? Imagino que tiene que ver con el desierto de Gobi. Es el yacimiento fósil más importante del mundo.

Royce asintió. Había estado en Mongolia cuando era más joven. Uno de sus primeros yacimientos fue en las estepas.

—Su bebida, señor —la azafata le entregó el whisky, y Royce no pasó por alto cómo su mano se demoró unos segundos más de la cuenta sobre la suya. ¿Una invitación?

—Gracias. ¿Quieres algo de beber, pequeña Mac?

Kenzie alzó la vista de la pantalla, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—No necesito nada.

—Un ron con Coca-Cola para la señorita —le indicó a la azafata, que asintió y se fue.

—No creo que ella quisiera traerme nada —murmuró Kenzie, con una expresión confusa en los ojos.

—Es su trabajo —replicó Royce—. Ahora enséñame esos mapas. Hace tiempo que no voy por allí.

Kenzie giró la pantalla hacia él.

—¿Cómo es el Gobi? Nunca he estado en un desierto.

—Hace más frío de lo que imaginas, sobre todo en esta época del año. Además, está lleno de camellos y de yurtas —interrumpió Hans. Kenzie y Royce lo miraron al mismo tiempo. Sus ojos seguían cerrados, y parecía dormido, pero había estado escuchando. *Hombre astuto*. Royce negó con la cabeza, conteniendo la risa.

—¿Yurtas? —Kenzie arrugó la nariz.

—Tiendas grandes, circulares, cerradas. Pueden albergar a unas cincuenta personas cómodamente —añadió Royce.

—¿Cómodamente? —repitió Hans, aún con los ojos cerrados—. Más bien apretados como sardinas.

Kenzie volvió a su pregunta original.

—¿Cómo es el desierto?

Royce buscó la forma de describirlo.

—Es árido y duro. Una tierra vasta y abierta, inquietantemente silenciosa. El sonido se extiende kilómetros por las dunas. Hay cañones helados y fósiles de dinosaurios en las estepas. Una vez que estás allí, puedes desaparecer por completo. En muchos sentidos.

Bebió un sorbo de whisky y notó cómo Kenzie lo observaba con fascinación.

Eso era algo que le encantaba de ella. Siempre que hablaban, era una conversación real, no simple charla. Se escuchaban. Kenzie no estaba pensando en su próxima compra ni preguntándose si su maquillaje estaba perfecto. Tenía profundidad, era *auténtica*. Amaba a los dinosaurios, igual que él. Discutían con pasión sobre los últimos descubrimientos, comentaban artículos académicos, y a él le encantaba. Estar con ella no era como estar con las mujeres del Gilded Cuff. Esas estaban allí por placer físico, por liberación sexual. A veces pasaba horas sin intercambiar palabra con sus compañeras. Con Kenzie podía *hablar* durante horas o guardar silencio sin que resultara incómodo. Y eso era agradable.

Kenzie bajó la voz.

—¿Cuál es el plan cuando lleguemos a Moscú?

—Tengo un amigo, Lev Abramov. Es profesor de paleontología en la Universidad Estatal de Moscú. Si hay algo moviéndose en el mundo de los fósiles en ese continente, él lo sabrá. Seguramente tenga clases durante el día, así que podríamos hacer algo de turismo mientras. Hans se encargará de la vigilancia de Vadym. Tenemos que descubrir quién es y todo lo que podamos sobre él.

Royce terminó su whisky justo cuando Kenzie vaciaba su ron con Coca-Cola. Llamó a la azafata para que recogiera los vasos vacíos. Las luces de la cabina se atenuaron y un bostezo escapó de los labios de Kenzie.

—Apenas has dormido —le recordó él—. No un sueño profundo, al menos. ¿Por qué no descansas un poco? Puedes usar mi hombro si quieres.

Se acercó un poco. Su lado dominante rugió satisfecho. Ella asintió, los ojos ya entrecerrados, y apoyó la cabeza en él hasta acomodarse para dormir. Cuando llegara el momento, él reclinaría los asientos para que descansara bien.

Kenzie alzó una de sus manos y se aferró a su bíceps, como si fuera su peluche favorito. Sus largas pestañas se posaron sobre las mejillas mientras cerraba los ojos y suspiraba, suave y dulce, como un sueño de flores y luz. Ella se merecía esos sueños.

Royce se acomodó en su asiento. Momentos después, él también se quedó dormido. El aroma de Kenzie y la calidez de su cuerpo junto al suyo eran un sueño que no creía merecer, pero al que se aferraría mientras el dios Morfeo lo arrastraba hacia la oscuridad del sueño.



Hans Brummer entreabrió un ojo y sonrió al ver a la estudiante acurrucada contra su profesor. Royce se hacía el duro—y vaya si lo era—pero no era mucho mayor que Kenzie.

Los jóvenes de hoy creen que pueden controlarse.

Era evidente hasta para un idiota que Royce estaba cautivado por Kenzie. Hans conocía bien el estilo de vida de Royce y el tipo de mujeres que frecuentaban el Gilded Cuff. Había visto suficientes de esas escenas durante la última década, siempre a la sombra de Emery Lockwood.

El BDSM requería confianza. Pero Hans sabía que Royce aún no confiaba en sí mismo, y hasta que no lo hiciera, jamás sería verdaderamente feliz. Kenzie le había hecho abrirse, y eso le preocupaba. El amor podía ser peligroso. Si amaba a alguien, esa persona podía ser usada en su contra. Podía salir herido. Él no había

querido que Kenzie viniera, pero conocía a Royce. Una vez que tomaba una decisión, no había marcha atrás.

Miró por la ventanilla del avión y observó cómo las nubes se volvían turbulentas y oscuras.



Moscú era una extraña mezcla de pasado y presente. Kenzie miraba por la ventanilla del coche privado que los llevaba del aeropuerto al hotel. Las famosas cúpulas de colores de la Catedral de San Basilio brillaban a lo lejos, como un castillo en medio de un mundo brumoso, recortado contra un cielo nevado. Las calles estaban llenas de turistas y lugareños apresurados que caminaban entre el hielo, con abrigos apretados al cuerpo y bufandas de lana agitadas por el viento.

A su lado, Royce iba recostado en el asiento, aparentemente relajado, la mirada distante. Había estado callado durante la mayor parte del largo vuelo, y ella temía que pasar tantas horas acurrucada contra él dormida hubiera sido un error. ¿Y si se arrepentía de haberla traído? ¿Y si no la quería allí?

Peor aún… *¿y si no me quiere en absoluto?*

En la ducha había estado tan cerca de besarla, y luego, tras castigarla, había dicho cosas que le habían hecho albergar esperanza. No es que debiera tenerla. No podían permitirse ir por ese camino, no si eso podía arruinar sus carreras.

Intentó iniciar una conversación.

—Entonces… ¿dónde nos alojamos?

—En el Lotte —respondió Royce, sacando el móvil del bolsillo y centrándose en la pantalla sin mirarla a ella.

Perfecto. Así que no quería hablar.

—Hans, ¿cómo es el hotel? ¿Has estado antes?

—Una vez. Está bastante bien. Tiene una piscina subterránea.

Le sonrió desde el asiento delantero, junto al conductor.

—¿Una piscina? —había metido el bañador por si acaso. Nadar era de las pocas cosas que de verdad le daban paz.

Aunque dudo que haya tiempo para eso.

—Ya hemos llegado —anunció Hans cuando el coche se detuvo.

Kenzie bajó y se quedó boquiabierta al mirar el lujoso par de edificios que formaban el hotel. Uno era alto y el otro más bajo y ancho. Las palabras "Lotte Hotel" brillaban en blanco sobre el edificio más pequeño.

Hans y Royce entraron en el vestíbulo cargando sus bolsas, donde un botones apareció con un carrito y se encargó del equipaje. Kenzie se mantuvo pegada a Royce y Hans, siguiéndolos mientras se adentraban en el amplio recibidor. El suelo era de un tono crema pálido, con un patrón de rombos que se extendía más allá de las lujosas zonas de descanso decoradas con esmero. Arañas de cristal iluminaban el camino hasta la recepción, reflejándose en el suelo pulido. Todo a su alrededor relucía de limpieza y brillo, con sutiles toques dorados en el diseño. Era sencillamente impresionante.

—Tío, qué ganas tengo de cenar —gruñó Hans al llegar al mostrador.

—¿Cenar? —preguntó Kenzie.

Hans se dio un golpecito en el estómago.

—El Lotte tiene un par de restaurantes buenos, con menús diseñados por un chef con estrella Michelin. Nada mal, ¿eh?

—¿Michelin? —nunca había comido en un restaurante tan reconocido.

—Sí —Hans sonrió y suspiró dramáticamente.

Royce se encargó del registro mientras Kenzie y Hans esperaban un poco más atrás.

—Hans… ¿está enfadado porque haya venido con vosotros? —preguntó por fin, temiendo la respuesta.

La sonrisa de Hans se desvaneció.

—No es que no quiera que estés aquí. Es que esto es peligroso de verdad. Si por mí fuera, estarías en un refugio en Estados Unidos. Creo que la única razón por la que ha accedido a que vengas es porque no hay ningún sitio realmente seguro ahora mismo… salvo

quizás a su lado. Hasta que se asegure de que estás a salvo, va a estar de mal humor.

—Genial. Un profesor gruñón. No es nada que no haya aguantado antes, sobre todo cuando toca corregir exámenes finales.

—Bueno, imagino que unos mafiosos rusos cabreados son un pelín peor que corregir exámenes.

Royce regresó con tres llaves en la mano. Le tendió una a Hans.

—Tú, la suite contigua a la nuestra —dijo. Hans asintió y le cogió la tarjeta.

—¿Nuestra? —la voz de Kenzie salió en un suspiro, y se maldijo por dentro.

—Ni de coña vas a quedarte *sola* en esta ciudad. Estás fuera de tu elemento. Aquí el tráfico de personas está a la orden del día. Serías como maldita hierba gatera para los enfermos que secuestran mujeres por la calle.

El ánimo de Kenzie se desplomó. Así que iba a compartir habitación con él… pero solo porque necesitaba protección. Cogió su tarjeta sin decir nada.

Alégrate de que no sea por sexo. Acostarte con él arruinaría tu carrera antes incluso de empezar. ¿Recuerdas?

Royce los condujo hasta los ascensores, y se bajaron en la planta quince. Kenzie se dejó caer contra la pared en cuanto Royce abrió la puerta con su tarjeta. A pesar de haber dormido durante el vuelo, de repente estaba agotada, y dudaba poder dar un paso más.

—El equipaje llegará enseguida. ¿Por qué no descansas un poco? —Royce abrió la puerta tras comprobar rápidamente que la habitación estaba vacía y la dejó pasar con él.

En cuanto se encendieron las luces, a Kenzie se quedó boquiabierta. Había una enorme cama king size con un armazón de madera oscura y una docena de almohadones elegantes sobre ella. Una pared alta separaba el dormitorio de la sala de estar, donde había dos sofás y una gran mesa de comedor con capacidad para al menos seis personas. Arrastrando los pies, Kenzie fue hacia la ventana. Quería ver las vistas. No sabía cuánto tiempo se quedó allí, contemplando el interminable horizonte de Moscú.

Guau… De verdad estoy en Rusia.

La voz de Royce la sacó de su ensimismamiento.

—Voy a ducharme primero, por si quieres tumbarte —dijo mientras colocaba el equipaje en los portamaletas y se quitaba la chaqueta de cuero. La lanzó sobre la cama y se dirigió al baño, al otro extremo de la suite.

Kenzie se dejó caer sobre la cama, escuchando el sonido de Royce cerrando la puerta, del grifo, del agua comenzando a caer… Esperó unos minutos y luego estiró la mano hasta alcanzar la chaqueta. Se la acercó a la nariz e inhaló profundamente el aroma masculino que impregnaba el cuero.

La montaña rusa emocional de los últimos días pareció convertirse de pronto en un nudo denso y negro en su estómago. La habían atacado, perseguido, le habían disparado y casi la matan. Había invadido la vida privada de Royce, sintiéndose una intrusa, al descubrir sus secretos, sus deseos oscuros… tan parecidos a los suyos. Cuando la azotó sobre la mesa de billar, algo dentro de ella cambió. Ya no había vuelta atrás, por mucho que quisiera creerlo. La verdad era que en aquel momento, él se había apoderado de una parte de ella. Y ella lo había deseado.

Si alguna vez se acostaba con él, la destruiría por completo. Royce era una fuerza de la naturaleza. Viva. Imparable. Y ella se sentía ridículamente pequeña e ingenua por haber pensado siquiera que podía estar a su nivel.

Kenzie dejó la chaqueta en la cama y se tumbó cerca del cabecero. Cerró los ojos, pero el sueño no llegaba. Las caras de los hombres que la habían atacado aparecían en su mente, igual que el destello del cañón del arma.

Se despertó sobresaltada por el sonido de unas voces lejanas. La puerta de la suite contigua estaba casi cerrada… pero no del todo. Kenzie se levantó de la cama y se acercó con sigilo, pegando el oído al hueco para escuchar.

La voz grave de Hans murmuró:

—¿Estás seguro de traer a la cría? Aún podemos subirla a un avión y mandarla con Fenn a Colorado. Ese rancho es difícil de encontrar, incluso para la mafia rusa.

—Sí, estoy seguro —respondió Royce—. No podemos arriesgarnos a que hieran a nadie más. Ella es mi problema, y soy yo quien debe hacerse cargo.

Sus palabras le atravesaron el pecho como un cuchillo.

Soy un problema. Una carga. No estaba allí para ayudar, sino para que él pudiera tenerla vigilada. Las lágrimas le ardieron en los ojos. Odiaba sentirse pequeña e insignificante, y más aún cuando quien la hacía sentir así era alguien a quien respetaba y admiraba como a Royce. Qué estúpida había sido al pensar que podría serle útil. En vez de eso, se había comportado como una niña caprichosa y le había exigido que la llevara con él. Ahora lo entendía.

Kenzie estuvo a punto de abrir la puerta, pero sabía que enfrentarse a Royce no serviría de nada. ¿Qué hacía allí? No sabía luchar, ni disparar. Ni siquiera sabía más sobre dinosaurios que él. Jamás había trabajado en una excavación fuera de Estados Unidos. ¿Qué demonios hacía en Moscú? Quizás él tenía razón. Quizás todo esto era un error.

Fue hasta su maleta en el portaequipajes y empezó a meter sus cosas. Estaba cerrando la cremallera cuando Royce abrió la puerta que conectaba ambas habitaciones y volvió a entrar.

Se detuvo en seco al verla allí, con la mochila en la mano.

—Kenzie, ¿qué haces?

—Me… me voy a casa. Solo estorbo y…

El rostro de Royce se ensombreció. Se acercó de un paso y apoyó una mano firme sobre su maleta.

—No te vas a ninguna parte. Te quedas aquí.

—Solo voy a estorbar. Vas a tener que dividir tu atención entre Vadym y vigilarme. Soy un *problema* —le devolvió sus palabras, sintiéndose ridícula, pero necesitaba que supiera que le había escuchado.

Royce le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo. Su cuerpo tembló, una mezcla de miedo y excitación al notar cómo su mirada ardía.

—*Eres* un problema, y *sí*, tengo que cuidar de ti. ¿Quieres que te diga por qué? Porque una vez lo diga, ya no hay vuelta atrás. Aquí

no hay finales felices con vallas blancas y jardín. Conmigo solo tienes la verdad. La jodida verdad, sin adornos.

Kenzie sintió que los nervios le recorrían la piel. Nunca lo había visto así… o *sí*, cuando estuvo de pie sobre el hombre que intentó matarla. Ese era el verdadero Royce. Feroz. Imponente. Capaz de todo. Y, aun así, no le daba miedo.

Sabía que preguntar sería un error, pero necesitaba saberlo.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento en que entraste en mi despacho aquel primer día, quise hacerte cosas *malas*. Quise hacerte gemir y gritar. Quise arrastrarte a mi mundo y poseerte como nadie más podría hacerlo. Pero si lo hubiéramos hecho…

—Arruinaría nuestras carreras —terminó Kenzie por él.

—Pero eso no cambia lo que me haces sentir. Lo que siento por ti. Lo que quiero *hacer* contigo.

Sus dedos bajaron de su barbilla a su garganta en una caricia apenas perceptible. Kenzie se quedó muy quieta, hechizada por sus palabras. No solo quería estar con ella, quería poseerla. Y, por muy mal que estuviera admitirlo, ella también lo deseaba.

—Así que ahora lo entiendes —gruñó suavemente—. Esos bonitos ojos marrones están bien abiertos por el miedo y odio eso, pero querías la verdad. Has estado en mi club, has visto lo que necesito de una mujer. Soy un dominante. Cuando una mujer que deseo está en peligro, rompo todas las reglas. Por *esa razón* te dejé venir a Moscú —sus dedos se cerraron suavemente en torno a su cuello—. Porque, aunque ninguno de los dos quiera admitirlo, eres mía. Aunque no pueda tenerte como quiero, aceptaré lo que sea, incluso si lo único que puedo hacer es verte cada día en mi despacho y no tocarte.

Sus ojos ardían al mirarla, y un deseo tan intenso la recorrió que casi se olvidó de respirar. Quería pertenecerle más de lo que era sensato.

—¿Ya has terminado de asustarla? —intervino Hans, apareciendo en la puerta que conectaba ambas habitaciones—. Tenemos que ocuparnos de un trato de armas.

Parecía un padre sobreprotector e intimidante. Si Kenzie no estuviera tan sacudida por las palabras de Royce, probablemente se habría reído.

Royce se apartó de ella.

—Quédate en la habitación hasta que volvamos. No abras la puerta a nadie que no seamos nosotros, ¿lo entiendes?

—¿De verdad crees que es tan peligroso? —preguntó ella, esperanzada con poder bajar un momento a la piscina antes de cenar.

—Podría serlo. No podemos arriesgarnos —Royce miró sus maletas, luego volvió la vista hacia ella—. Ve desempacando. Dentro de media hora, pide algo de cenar al servicio a la habitación. Deberíamos estar de vuelta antes de que llegue.

—¿Y qué hay del restaurante con estrella Michelin?

—Esta noche no, lo siento. No hasta que sepamos a qué nos enfrentamos aquí. Tengo algunos amigos en la ciudad, y necesito que me digan qué clase de mierda se avecina con Vadym.

Kenzie hizo un gesto exagerado, dejándose caer sobre el borde de la cama.

—Vale. Me quedaré aquí.

Royce asintió, satisfecho.

—Volveremos pronto.

Por un momento pensó que se acercaría para besarla, pero en lugar de eso, se dio la vuelta y siguió a Hans hacia el pasillo.

Kenzie esperó unos quince minutos, luego se levantó y buscó su bañador. Iría a nadar.

No soy tan inútil como él cree. Con dos hermanos mayores y un padre demasiado protector, se había hecho experta en escabullirse sin que nadie la notara. Las hermanas pequeñas tenían que perfeccionar ciertas habilidades si querían hacer lo que les daba la gana… de otra manera, no hacían nada.

Encontró su bañador y sus gafas de natación, se cambió y cogió una toalla.

Estaría de vuelta antes de que Royce regresara. Y él no se enteraría de nada.

CAPÍTULO 8



—¿Y vamos a hablar del tema o qué? —preguntó Hans mientras él y Royce subían a la parte trasera del todoterreno que habían alquilado.

Royce se recostó en el asiento, apoyando la cabeza en el reposacabezas mientras miraba fijamente al frente.

—¿De qué quieres hablar? —Hans tenía esa maravillosa habilidad de hacerle sentir como un crío de diez años en vez de un hombre de treinta y tres.

—De que básicamente le dijiste a tu asistente que te mueres por follártela. ¿Ahora te lías con las alumnas?

—No. Por empezar, hay que rellenar un montón de papeleo. Y tendría que dejar de trabajar con ella. Si no se maneja bien, podría comprometer la integridad académica de cualquier investigación que hagamos juntos.

—Joder. ¿Y entonces por qué no la mandaste a algún sitio seguro si es tanta tentación? Habría estado muy bien con Fenn en Colorado.

Royce miró las calles de Moscú desenfocadas mientras el conductor aceleraba al despejarse la vía. No quería admitirlo, pero le había dicho la verdad a Kenzie. Como dominante, tenía un instinto natural de proteger a su sumisa. Era difícil luchar contra esa clase de impulso.

—Fue culpa mía. Estaba seguro de que no aceptaría mis condiciones.

Hans negó con la cabeza.

—No le habrías dado condiciones si no hubieras querido, en el fondo, que dijera que sí. Deberías haberle dicho que no, punto.

—Ya es tarde para eso. No puedo quitarle los ojos de encima. No hasta que todo esto termine.

—Vale, entonces averiguamos quiénes son esos cabrones, qué quieren de ti y los eliminamos. Con la mayoría de los enemigos puedes negociar, convencerlos de que te dejen en paz, pero con mafiosos no funciona así. Eres tú o ellos. No hay más opciones.

La solución directa de Hans hizo sonreír a Royce. Por eso había sido tan buen guardaespaldas para Emery todos estos años.

—¿Con quién vamos a vernos para… el equipo? —preguntó Royce en voz más baja, por si el conductor escuchaba. Aunque Moscú era una ciudad abarrotada, no quería cometer el error de asumir que la mafia rusa no tenía ojos y oídos por todas partes, incluso entre los taxistas.

—Wes sugirió llamar a Dimitri Razin. Tiene buenas conexiones, en los círculos adecuados, y seguramente tendrá una idea de por dónde empezar a buscar a esos cabrones.

Royce se acarició el mentón. Dimitri era un amante del arte ruso y un enemigo declarado del régimen político actual. Según Wes, su familia había sido firme defensora de la familia imperial antes de que los asesinaran a principios del siglo XX. Razin no era parte de la mafia y jamás lo sería. Tenía su propio grupo de hombres y mujeres leales, y de alguna forma se mantenía al margen del alcance de la mafia. De hecho, estos preferían mantenerse lejos de él.

—Buena idea —admitió Royce.

—Lo llamé antes de salir del hotel. Vendrá con un especialista en armas, uno llamado Barinov.

Royce volvió a sonreír. Si las cosas se torcían, iban a necesitar buen armamento, y las conexiones de Razin serían de gran ayuda.

—¿Dónde es la reunión? —preguntó Royce, incorporándose en el asiento mientras el todoterreno se detenía junto a la acera.

Hans señaló el edificio frente a ellos.

—En los Sandunovsky Baths.

Era una estructura bastante discreta, probablemente construida a finales del siglo XIX. Royce pagó al conductor y bajaron.

Una vez dentro, Royce quedó impresionado por el arco ornamentado decorado con esculturas de ninfas a caballo. Las ninfas emergían del mar con caracolas de Tritón en la mano. Al menos algunas maravillas habían sobrevivido a la toma de poder de los bolcheviques.

Hans soltó un silbido al entrar tras Royce. El interior era una mezcla extravagante de estilos barroco, gótico y morisco. Parecía el decorado de una película de James Bond. Solo faltaban unos cuantos rusos tatuados, envueltos en toallas y fumando puros.

Royce se acercó a la recepción y dio su nombre a la joven que registraba a los clientes.

—Doctor Devereaux, su suite es por aquí —dijo ella, haciendo un gesto para que la siguieran.

El suelo, con su diseño de rombos rojos y blancos, tenía una clara influencia ibérica, pero las columnas barrocas aportaban un contrapunto suntuoso al conjunto. Típico de Dimitri elegir un sitio así, pensó Royce. Era un cabrón muy exquisito.

La mujer se detuvo frente a una puerta, sacó una llave de latón del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Royce admiró el aire de misterio ornamental del lugar, perfecto para una reunión clandestina. La asistente abrió la puerta, pero no entró. Se limitó a inclinar la cabeza con una sonrisa.

—Los vestuarios están justo al fondo, y más allá tienen la piscina. El resto de vuestro grupo ya os espera.

Royce entró en la sala y se tomó un momento para observar las taquillas de caoba oscura, junto con la colección de cajas para zapatos y perchas. Hans esperó a que la puerta se cerrara tras ellos antes de empezar a desnudarse. Royce hizo lo mismo. Con las toallas ceñidas a la cintura, siguieron los letreros que señalaban el camino hacia la piscina privada.

Comparada con el resto del balneario, aquella sala era sencilla en cuanto a decoración. El agua era cristalina, y las baldosas azules del fondo contrastaban con las columnas blancas que se alzaban alrededor de la piscina como centinelas atenienses. La luz de las lámparas de araña colgantes era suave y tenue, haciendo que el agua brillara con un resplandor apacible. Parecía como si Royce y

Hans hubieran retrocedido en el tiempo, a una época de opulencia del viejo mundo.

Dos hombres estaban de pie en el extremo opuesto de la piscina, completamente vestidos. Dimitri Razin llevaba un traje carísimo y tenía un aspecto intimidante de narices. El otro, con chaqueta de cuero y cabello castaño oscuro, tenía que ser el contacto de Razin, Barinov. A Royce le molestaba un poco que él y Hans estuvieran prácticamente desnudos mientras que los rusos seguían vestidos, pero tal vez era intencionado. Vio cómo los ojos de Hans se movían de sombra en sombra, registrando cada rincón detrás de las columnas.

—Devereaux —saludó Dimitri con una risa, alternando la mirada entre Royce y Hans—. Un poco ligeros de ropa para un trato de armas, ¿no crees?

Royce puso los ojos en blanco.

—Tú dijiste que nos viéramos en el balneario. No avisaste de que no debíamos quitarnos la ropa —dijo señalando la toalla.

Dimitri sonrió.

—Cuando un ruso te cita en un balneario, nunca te desnudes.

—Tomaré nota —dijo Hans con sarcasmo—. Aunque no estoy del todo desnudo. Tengo mi Beretta.

Royce miró a su guardaespaldas, sin saber dónde demonios podía estar escondiendo el arma.

—Más allá de que no tengo idea de cómo la pasaste por aduanas, no quiero saber dónde la llevas —susurró.

Hans soltó una risa baja.

—Tienes razón. No quieres saberlo.

—Vayamos al grano, ¿os parece? —dijo Dimitri—. Este es Rurik Barinov, un amigo mío. Tiene bastante información sobre las actividades mafiosas en la ciudad. Y lo más importante: os ha traído la cantidad justa de potencia de fuego para protegeros como es debido.

Rurik sonrió, y Royce se fijó en una cicatriz fina que le recorría el rostro desde la frente hasta la mejilla, tornándose de un blanco pálido. Se agachó, cogió dos maletines negros y se los entregó a Hans.

—Esto debería solucionar vuestro problemilla con los contrabandistas —dijo con una risa oscura.

—Muy agradecido —respondió el guardaespaldas.

Royce volvió a mirar a Dimitri.

—¿Qué se sabe de Vadym? Tiene su base en Moscú, pero envió a sus matones tras de mí hasta Long Island. Es mucho lío por una sola persona.

Dimitri cruzó los brazos.

—Por lo que sé, está buscando nuevas fuentes de dinero. El contrabando de fósiles y los saqueos arqueológicos son su último hobby para ganar pasta. Lleva tiempo intentando sacar fósiles de Mongolia, y necesita un paleontólogo que los autentifique como rusos en vez de mongoles.

—Pero no puede usar a un paleontólogo ruso —añadió Rurik—. Solo levantaría sospechas más adelante.

Dimitri asintió.

—Una vez que estén legalizados, puede venderlos a museos americanos o europeos, o a coleccionistas privados, por una cantidad enorme de dinero.

—Joder, es simple… pero tiene sentido —dijo Royce—. Si consigue que alguien como yo certifique el país de origen, luego es difícil refutarlo, a menos que el país original tenga pruebas del robo.

De pronto, se sintió exhausto. Este era el tipo de mierda que más detestaba: gente que usaba fragmentos únicos de la historia de la Tierra para llenarse los bolsillos. Y no solo pasaba con fósiles. Túmulos funerarios rusos habían sido arrasados para quedarse con los tesoros del interior, no solo robando esos objetos al mundo, sino también toda oportunidad de entender su contexto histórico. Las autoridades solían ir siempre tres pasos por detrás. Había una guerra silenciosa en marcha… y casi nadie sabía que existía.

—Así que el cabrón eligió a Royce —reflexionó Hans—. Por su perfil público, sin duda.

Dimitri asintió.

—Eso parece. Sé que está al tanto de tu presencia aquí. Has ido directo a la boca del lobo, amigo mío.

Rurik soltó una risa como si todo aquello le pareciera gracioso, no amenazante.

Royce sabía que proteger los fósiles mongoles iba a ser casi imposible. Lo mejor que podía esperar era que Vadym buscara a otro paleontólogo.

—¿Y qué puedo hacer para detenerlo y que me deje en paz?

Dimitri y Rurik intercambiaron una larga mirada antes de que Dimitri hablara con tono sombrío.

—Sabe que tú sabes de él y de su plan. No va a dejarte tranquilo. Y no va a permitir que lo expongas —su tono era suave… y letal—. Solo hay una forma de acabar con esto.

—Te refieres a acabar con *él* —dijo Royce. Él *no* era un asesino. No mataba a sangre fría. Miró de reojo a Hans. Su guardaespaldas sí había matado para proteger a Emery y a Fenn, pero había sido en plena batalla, con balas volando por todas partes.

Pero casi mataste a alguien, le recordó esa voz interior. *Estuviste a punto de dispararle a Monte por proteger a Kenzie. ¿Sería tan distinto esta vez?*

—Puedo hacer que entres en el club que frecuenta. Así podrás acercarte a él —dijo Dimitri.

Royce negó con la cabeza, indeciso.

—No puedo dispararle a alguien en un club —murmuró, mirando el techo y su mosaico.

—Ya lo he pensado —Dimitri sacó un pequeño frasco que contenía un polvo oscuro triturado. Royce lo cogió, sin estar seguro de lo que era.

—Es ricina. Si se lo echas en la bebida, se acabó.

La voz gélida de Dimitri le heló la sangre.

—La ricina fue lo que mató a Georgi Markov, ese escritor disidente búlgaro —intervino Hans en voz baja—. Es un veneno muy peligroso.

Royce estuvo a punto de devolverle el frasco a Dimitri.

—Lo es —admitió este—. Pero Vadym es un hombre peligroso. No solo trafica con fósiles. Trafica con personas.

Royce miró a Rurik. El hombre estaba apretando los puños, conteniendo un gruñido. Las palabras de Dimitri le calaron hasta lo

más hondo, y el estómago se le revolvió. La sangre le empezó a hervir.

—¿Quieres decir… trata de blancas?

Dimitri metió las manos en los bolsillos.

—Sí. Es uno de los mayores traficantes del mercado.

Si había algo en el mundo capaz de hacer que Royce se planteara matar a sangre fría, era el tráfico sexual. Aquellos monstruos que les robaban a las mujeres su libertad, sus cuerpos, sus vidas… aquello era el infierno. Royce bajó la mirada hacia el frasco de ricina en su mano y tomó una decisión.

—Entonces está muerto —dijo en voz baja. No iba a permitir que alguien como Vadym siguiera respirando, no si podía evitarlo. No detendría el tráfico de personas en general, pero a ese cabrón sí pensaba pararlo.

Hans miró a Dimitri.

—Supongo que ya está decidido. ¿Dónde podemos encontrarlo? ¿Mencionaste el club al que va?

—Se llama Black Diamond Bar, pero no es un bar —Dimitri esbozó una sonrisa torcida—. Es un club BDSM.

—¿Tú has ido alguna vez? —preguntó Royce—. Necesitamos a alguien que conozca el terreno.

Dimitri se acarició la barbilla.

—Un par de veces, pero tienden a preferir a los sádicos, y eso nunca ha sido lo mío.

—¿Cómo puedo entrar?

Dimitri sacó una cartera del bolsillo trasero y le entregó a Royce una tarjeta negra con un diamante plateado.

—Con esto podrás entrar, pero necesitas una sumisa. No permiten el acceso a dominantes sin pareja, a menos que estén "comprando una mascota" que no es precisamente legal. El club también funciona como casa de subastas para traficantes. Cuando descubrí eso, me busqué otro sitio donde ir.

Royce golpeó la tarjeta negra contra su palma. Parecía la llave de un hotel de lujo.

—¿Todavía tienes la membresía activa?

—Sí. La mantuve para ayudar en una redada de Interpol. No atraparon a todos, pero al menos ralentizó el tráfico durante un tiempo. Pensé que quizá volvería a ser útil.

Royce miró a Hans.

—Mañana por la noche iré con Kenzie.

—No seas idiota —saltó Hans.

Los ojos de Dimitri se afilaron.

—¿Quién es Kenzie?

—La ayudante de la que te hablé antes —Royce sostuvo la mirada del ruso—. La traje conmigo a Moscú.

—¿La misma a la que Vadym casi mata? —replicó Dimitri—. ¿La trajiste a Moscú y ahora planeas llevarla a un club BDSM para cazar y matar a Vadym? Madre mía, Devereaux, tú te saltas todas las reglas, ¿eh?

Los rusos soltaron una carcajada, pero Royce no. No había nada divertido en llevar a Kenzie al club, pero no llevaría a nadie más.

—Tienes a alguien que Hans pueda llevar, ¿verdad? —le preguntó Royce a Dimitri.

Hans bajó la mirada hacia sus manos.

—Ese rollo del bondage no es lo mío.

—Pero si no, no puedes entrar —le recordó Royce—. Solo es una actuación.

—Vale. Pero no pienso azotar ni golpear a nadie.

—Contrataré a alguien para el señor Brummer —le aseguró Dimitri—. Alguien que entienda cuál es su papel allí. Os veremos mañana en el Black Diamond Bar. Está al sur del centro de la ciudad. Pide a un chófer que te lleve a los Soho Rooms. Es un sitio turístico donde las modelos de pasarela y la mafia se reúnen para pasar una noche divertida.

—Gracias —dijo Royce, estrechando la mano de Dimitri y de Rurik antes de que él y Hans recogieran las armas y regresaran al vestuario.

—La verdad, tenía la esperanza de que al menos probáramos las piscinas —murmuró Royce.

Hans soltó una carcajada.

—Has visto demasiadas pelis de James Bond.

—Tú te desnudaste antes que yo —le recordó Royce.

—Touché.

—Tenemos que volver con Kenzie. Tenía un brillito travieso en los ojos que no me da buena espina —dijo Royce mientras sacaba su ropa de la taquilla y empezaba a vestirse.

—¿Brillito travieso? No es Campanilla —respondió Hans, riéndose mientras se subía los vaqueros.

—No, no lo es —gruñó él—. Pero me preocupa que no se esté tomando esto tan en serio como debería. Puede que lo esté tratando como un juego para no enfrentarse al trauma de estos últimos días.

—Ya, bueno, llevarla a ese club no va a ayudar con esa ilusión. Todo ahí va de juegos de rol.

Ojalá Hans no le hubiera recordado eso. No quería pensar en todas las cosas que deseaba hacerle. Cosas malas. Sucias. Cosas que, por la forma en que ella había reaccionado en Gilded Cuff, sabía que le encantarían.

Hans debió de ver la expresión de su cara, porque gruñó con resignación.

—Mañana me va a tocar hacer de niñera de los *dos*, porque uno u otro vais a perder la cabeza.

—Yo no pierdo la cabeza —dijo Royce mientras se enfundaba la chaqueta de cuero.

—Sí que la pierdes, *chaval*.

Hans llevó los maletines con las armas hasta donde estaba Royce, que ya se estaba calzando las botas.

Royce levantó la vista hacia el espejo, viendo reflejado a Hans.

—Hace tiempo que dejé de ser un crío —dijo. No desde los ocho años, cuando secuestraron a Emery y Fenn. Todo cambió después de aquello. *Todo.*

Por mucho que hubiera intentado recomponer su mundo, las piezas simplemente no encajaban. Que unos hombres armados secuestraran a tus mejores amigos tenía una forma muy concreta de destruir la inocencia. Los monstruos de las pesadillas infantiles se volvían reales. Y llevaban pasamontañas negros.

Una parte de él siempre sería aquel niño que una noche acampó en el bosque contando historias de miedo con sus amigos, y la

siguiente se acurrucaba temblando en el regazo de su padre mientras un policía le hacía preguntas sobre sus amigos desaparecidos.

La voz de Hans se suavizó.

—Pasaste por el infierno, lo sé. Créeme, lo sé. Me acuerdo de todo, cada maldito minuto desde que los Lockwood me contrataron para proteger a Emery. Quería protegeros a todos. Igual que ahora.

A Royce se le hizo un nudo en la garganta. Se arregló la chaqueta de cuero, tirando un poco de las solapas. Hans pasaba de los cincuenta, pero había tenido más o menos la edad de Kenzie cuando empezó a proteger a Emery. Llevaba media vida cuidando de un crío rico con una diana en la espalda.

—Eres un buen hombre, ¿lo sabías? —le costó decirlo, pero lo decía de corazón.

Hans asintió en silencio.

—Vamos a llevarte con tu chica de ojos marrones, ¿eh?

—¿Mi chica de ojos marrones, eh? Me gusta cómo suena eso —Kenzie, su sexy, tentadora y prohibida chica de ojos marrones.

Cuando regresaron al hotel, ya llevaban mucho más tiempo fuera del que Royce había calculado. Supuso que Kenzie habría pedido algo de cenar y se habría quedado dormida. Pero al abrir la puerta, no la vio. Su chica de ojos marrones no estaba por ningún lado. Abrió la puerta de conexión con la habitación de Hans.

—¿Está Kenzie ahí? —preguntó, mirando alrededor de la segunda suite.

Hans estaba revisando las armas de los maletines y negó con la cabeza.

—¿Ha desaparecido?

—Sí.

—¿Tal vez ha ido a la piscina?

—¿Sola? —Royce casi gruñó la palabra. Si había desobedecido sus órdenes, órdenes que había dado para protegerla, iba a pagar las consecuencias. Ese tipo de comportamiento, en una situación como la suya, podía costarle la vida o acabar con ella secuestrada.

Volvió a su habitación a zancadas.

—Voy a ponerle ese culo rojo.

—Creo que estás exagerando un poco —dijo Hans.

—Me ha desobedecido. Si lo hace ahora, ¿qué hará mañana en el club? Acepté llevarla conmigo, pero que me aspen si voy a dejar que ponga en peligro nuestras vidas.

—¡No te olvides del bañador! —le gritó Hans entre risas mientras Royce sacaba uno de su mochila y entraba en el baño para cambiarse.

CAPÍTULO 9



Uno, dos, tres, cuatro…

Kenzie se dejó llevar por el ritmo catártico de contar sus brazadas mientras nadaba en la enorme piscina subterránea del Hotel Lotte. Las baldosas azules del fondo parecían brillar como neones gracias a las luces sumergidas. Se sentía ingrávida, como si estuviera flotando en una galaxia lejana de estrellas luminosas y no en una piscina de Moscú.

Nadó hasta que los brazos le ardieron. Con cada brazada intentaba expulsar los recuerdos de los horrores que había vivido.

Monte apretándole el cuello, estrangulándola… la madera resquebrajándose sobre ella. Vidrios y astillas cayendo como lluvia… disparos rompiendo la noche, más ensordecedores de lo que jamás habría imaginado… balas incrustándose en la pared donde había estado su cabeza… cristales rotos brillando sobre el suelo de piedra como cientos de diamantes.

Jamás había estado tan cerca de la muerte. Nunca había visto la fealdad de la violencia o del crimen verdadero. Había tenido una vida protegida, llena de amor, felicidad y libros de texto. Huesos de dinosaurios antes que huesos humanos. Nunca habría imaginado la huella imborrable que aquella violencia dejaría en su mente. Oscura, pero a la vez cegadora. Siempre presente, arrastrándola cada vez más hondo, más deprisa, hasta que sentía que iba a reventar, incapaz de borrar aquellas imágenes de su cabeza.

Así que Kenzie nadó más rápido. Largas, furiosas brazadas de un extremo al otro de la piscina climatizada hasta que los brazos y las piernas le pesaban como el plomo, hasta que todo su cuerpo estaba agotado. Tal vez, si se esforzaba lo suficiente, conseguiría dormir aquella noche. Encontrar paz en una inconsciencia sin sueños.

Se sujetó al borde de la piscina, recuperando el aliento, con las mejillas ardiendo y el cuerpo zumbando de calor. La sala estaba en silencio salvo por su respiración entrecortada… y, sin embargo, sintió algo en el aire. Alzó la vista. Vio unos pies descalzos, a apenas unos centímetros de sus manos. Se quitó las gafas de golpe y se encontró con la mirada fulminante de Royce.

—Pequeña Mac, te *dije* que te quedaras en la habitación.

La última vez que le había visto con esa cara, se había enfadado porque ella le estaba presionando para que acabara de corregir su tesis.

Kenzie se apartó del borde, nadando hacia el centro de la piscina. Royce llevaba un bañador azul marino y estaba sin camiseta. El verlo le dejó sin aliento. Dios… estaba perfecto. Con unos bíceps marcados y un abdomen de seis músculos tan definido que parecía esculpido por un artista.

Él cruzó los brazos sobre el pecho, con el ceño fruncido.

Por fin, ella consiguió hablar:

—Necesitaba despejarme. Llamé a recepción y me dijeron que esta zona está protegida con tarjeta. Pensé que sería suficientemente seguro.

—¿Suficientemente seguro? ¿Suficientemente… seguro? ¿De verdad crees que Vadym no podría reservar una habitación y conseguir su propia tarjeta? Porque lo haría si supiera que estamos aquí. No hay lugar seguro —su voz se volvió más grave mientras rodeaba el borde de la piscina, sin apartar los ojos de ella, hasta llegar a la parte poco profunda. Bajó por la escalerilla, con movimientos lentos, medidos, hasta quedar frente a ella, con el agua a la altura del pecho. Kenzie se mantuvo a flote, manteniendo cierta distancia entre ellos. Ambos sabían que, desde que habían hablado antes de que él se fuera, algo había *cambiado*. La barrera que fingían que existía entre los dos—una protección contra ese deseo

peligroso y seductor, había desaparecido. Como un muro milenario reducido a ruinas, ahora podía verlo con claridad, justo al otro lado, a tan solo unos pasos de distancia. Al alcance de la mano.

Él es lo que siempre has querido. Y ahora puedes tenerlo. El susurro malicioso se enroscó como una serpiente en torno a su corazón, cegándola a la razón y la lógica.

—Prometiste obedecer mis órdenes si te dejaba venir, pequeña Mac. Las órdenes están para mantenerte a salvo. Me debes tu sumisión.

—Pensé que estaba a salvo —respondió ella—. No ha pasado nada.

—Kenzie —sus ojos ardientes la mantuvieron anclada—. Que no haya pasado nada no significa que estés a salvo. Ese hombre, Vadym, ya sabe de ti. Y es de los peores. Esta gente de la mafia… no tiene alma. Si llega a ponerte las manos encima —Royce cerró los ojos un segundo—, no podría encontrarte jamás. Y eso… ninguno de los dos lo soportaría.

Esta vez no vio ira en sus ojos, sino un destello de puro terror. No estaba enfadado con ella. Tenía miedo. Miedo por ella. Kenzie nadó hasta acercarse más, tanto que su cuerpo agitó el agua a su alrededor, creando pequeñas corrientes entre ambos.

—Lo siento —murmuró.

Su mirada recorrió su cuerpo antes de dar un paso lento, rodearla por la cintura y atraerla hacia él hasta que quedó pegada a su torso. Sus rostros quedaron casi unidos, y el calor de su cuerpo contra el suyo la envolvió en una oleada ardiente y deliciosa de deseo.

—Será mejor que me digas que me detenga —advirtió él. Su voz, sedosa y cargada de una amenaza sensual, le hizo temblar por dentro y despertó en ella esa parte hambrienta que habitaba en sus fantasías más oscuras.

—¿Detener qué?

—Esto.

La besó con violencia, como si reclamara lo que era suyo. Fue un beso duro, crudo, abrasador. Kenzie gimió sin poder evitarlo, preguntándose cómo podía poseerla así solo con un beso. Pero nada

en Royce había sido nunca simple. Su faceta de profesor juguetón, su lado torturado y sombrío, su parte dominante y firme, y este hombre que tenía ahora delante, en la piscina, más bestia que humano… le gustaba todo. Cada una de sus versiones. Su complejidad era como un caleidoscopio, siempre cambiante, siempre hermosa en su misterio.

Su lengua rozó los labios de ella y Kenzie se abrió, dispuesta a dejarlo entrar. Royce enroscó un brazo en torno a su cuello, sujetándola con firmeza, y ella alzó las piernas en el agua, rodeando su cintura. La dureza de su erección presionó contra ella, y una oleada de calor blanco la atravesó entera, dejándola sin aliento.

—Haz que pare —le susurró con voz rasposa—. Hazlo, pequeña Mac, antes de que pierda la cabeza y te tome aquí mismo, en esta piscina.

—No quiero que pares.

—Deberías —apoyó los labios en su garganta, besándola, lamiendo las gotas de agua que resbalaban por su piel—. He bajado para castigarte, para darte una azotaina que te deje sin poder sentarte en una semana, pero ahora… —le cogió el trasero con fuerza, alzándola contra su cuerpo hasta hacerla mecerse sobre él—. Ahora solo quiero arrancarte este bañador a tiras y hundirme dentro de ti una y otra vez hasta que te desmayes de placer.

Kenzie rodeó su cuello con los brazos, el deseo de él recorriéndola como una corriente eléctrica. Desde el momento en que conoció a Royce Devereaux, supo que una parte de ella le pertenecería para siempre. Y quizá, solo quizá, esa noche él se decidiría por fin a tomar lo que ya era suyo.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, siguió besándola, bebiendo de su boca como si fuera un whisky añejo, saboreando cada segundo. Después levantó la cabeza. Había una dulzura en su expresión, en la curva relajada de su boca, que la hizo desearlo aún más. Pero no solo en el sentido físico. Quería verle así siempre. Esa expresión… solo para ella.

—Pequeña Mac, vas a acabar conmigo —con evidente esfuerzo, la soltó. Kenzie se apartó nadando, y por un momento casi se

hundió, porque estaba demasiado ocupada ahogándose en su mirada como para acordarse de mover las piernas.

—Vamos arriba. Me muero de hambre, y tú no has pedido nada de comer.

Kenzie estaba tan aturdida que apenas podía hablar. Salió de la piscina tras él. Royce le ofreció una de las toallas blancas del soporte de la pared y recogió sus gafas del borde del agua.

—¿Nadas para alejar a tus demonios? —preguntó él mientras caminaban hacia el ascensor.

Kenzie ladeó la cabeza.

—¿Demonios?

—Nadabas como si algo te persiguiera.

—Oh… —se le subieron los colores—. Es solo que… no puedo dejar de ver aquella noche en tu casa. Como escenas horribles de una película de terror. Quería agotarme para poder olvidar.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Royce, secándose con su propia toalla.

—Un poco —admitió. Aunque lo que no podía contarle era que besarlo había sido lo único que de verdad había hecho desaparecer todo lo demás. Pero no sabía cómo reaccionaría si se lo decía. Solo sabía que, al besar a su profesor, había cruzado una línea. Una que había jurado no cruzar jamás.

Cuando regresaron a la habitación, el olor de la comida la golpeó y su estómago rugió. Hans apareció por la puerta comunicada y le lanzó a Royce una mirada interrogante.

—¿Todos habéis disfrutado del baño? —preguntó.

Kenzie le dedicó una sonrisa.

—Sí. Siento no haber estado cuando habéis vuelto —estaba claro que se preocupaba por ella. Seguramente se había imaginado que Royce había bajado a castigarla, pero no había sido así.

—Bien. He pedido cena. Borscht, kulebiaka y pelmeni —dijo, señalando la mesita baja frente al televisor.

Kenzie cogió ropa limpia y se encerró en el baño. Se puso unos vaqueros, un jersey y se peinó el cabello húmedo, trenzándolo antes de volver a salir. Royce la esperaba fuera con su ropa en brazos. Sus

miradas se cruzaron al cambiar de sitio y ella se sonrojó al dejarle pasar.

De vuelta en el salón, Hans levantó un cuenco con un líquido rojizo.

—Borscht. Sopa de remolacha con una cucharada de crema agria y eneldo.

Se la ofreció y ella la aceptó, llevándola a su nariz para olerla. Había escuchado hablar del borscht, pero no de los otros platos. Miró hacia un plato que parecía de empanadillas.

—¿Y eso qué es?

—Pelmeni. Empanadillas rellenas de carne. Parece que las han servido con salsa de tomate —Hans pinchó una con el tenedor y se la llevó a la boca—. Sí, salsa de tomate. No pica mucho —luego señaló una especie de pastelito hojaldrado—. Eso es kulebiaka. Muy rico. Hojaldre relleno de pescado, huevo duro, arroz, cebolla y eneldo picado.

Kenzie arrugó la nariz.

—Me has perdido en *hojaldre* y *pescado*.

La carcajada de Hans fue contagiosa, y Kenzie se echó a reír con él.

Royce salió del baño con vaqueros y un jersey negro. Se remangó, dejando al descubierto sus antebrazos musculosos, y sonrió al ver la comida.

—¡Pelmenis! —con esa sonrisa… madre mía. Aquella cara tan bonita, con esa expresión tan entusiasta y encantadora, era peligrosamente irresistible. Kenzie estaba segura de que si alguna vez le sonreía así a ella, con esa calidez sexy y directa, caería fulminada en el acto.

Royce y Kenzie se sentaron en el sofá. Hans ocupó el sillón y empezaron a comer.

—¿Qué tal ha ido lo de las armas? —preguntó Kenzie al cabo de un rato.

—"Lo de las armas" fue bien —dijo Hans, señalando las cajas negras de plástico duro junto al armario—. Pero con suerte, no tendremos que usarlas.

—¿Y habéis averiguado algo más sobre ese tal Vadym? —preguntó, removiendo la cuchara en el borscht.

Hans y Royce intercambiaron una mirada cargada de significado, pero ninguno respondió.

—¿En serio? Chicos, contádmelo. Puedo con ello.

Royce dejó el plato y se echó hacia atrás, apoyando un brazo en el respaldo del sofá.

—Vadym no solo trafica con fósiles. También trafica con personas.

—¿Y cuando dices "trafica" te refieres a…? —no se atrevía a terminar la frase. Tenía miedo de que fuera verdad.

—Trata de blancas —dijo Hans.

Kenzie perdió el apetito de golpe.

—Dios… —no podía imaginar el infierno que estarían viviendo esas personas. Y entonces lo recordó. Vadym sabía de ella. Sabía dónde vivía, lo sabía todo. Justo como había dicho Royce. Estaba en peligro de verdad.

—Kenzie —susurró Royce con ternura—. Respira, cielo. Te estás poniendo azul.

Kenzie abrió la boca y por fin consiguió tomar aire.

—¿Vendrá a por mí?

—No —gruñó Royce, con los ojos encendidos—. No te tocará. Nunca.

A pesar de su seguridad, ella vio algo en su mirada. Una sombra. Como si hubiera algo que aún no le había contado.

—Me estás ocultando algo. ¿Qué es?

—Sabemos dónde va a estar mañana por la noche. En un club. Un club BDSM. Hans y yo iremos allí. Y vamos a acabar con todo esto.

—Vale… —Kenzie esperó a que él soltara por fin aquello que seguía sin decirle.

—Hay una condición. Necesito una sumisa para entrar en el club. No se permite la entrada a dominante sin pareja —Royce apoyó una mano tras ella, en el respaldo del sofá, y sus dedos comenzaron a acariciarle suavemente la nuca—. Necesito una sumisa para poder entrar, y tú quieres ayudar. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Qué? —¿le estaba pidiendo que fuera como su sumisa? El miedo y la excitación libraron batalla dentro de ella, y su corazón palpitó con tanta fuerza que apenas podía escuchar otra cosa que no fuera el estruendo en sus oídos.

—¿Estás bien, pequeña Mac? —Royce la observaba como si temiera que fuese a desmayarse.

—Estoy bien —respondió ella, en un suspiro, mientras tiraba del extremo de su trenza, buscando el leve dolor del tirón para despejar la mente.

—Estarás a salvo, te lo prometo. Hans también estará allí.

Vale, sí, lo del mafioso ruso sonaba bastante aterrador, pero no era lo único que le daba miedo. Lo que realmente la asustaba era convertirse en la sumisa de Royce. La intimidad que implicaba una relación BDSM, incluso si solo fingían, podía ser demoledora. Abrumadora. Las cosas entre ellos ya habían cambiado tanto… Convertirse en su sumisa supondría sellar ese cambio para siempre. Ninguno de los dos podría negar ni olvidar lo que ocurriría en ese club.

—Creo que debería ir a limpiar las armas —murmuró Hans. Dejó el plato vacío, se levantó de la silla y se llevó los dos estuches con armas a la otra habitación. Royce no apartó los ojos de Kenzie ni un segundo, pero alargó la mano hacia una botella de vodka y le sirvió un chupito.

—Bebe esto —le dijo, tendiéndoselo, y ella lo bebió de un trago, estremeciéndose por el ardor.

—Gracias, lo necesitaba —murmuró, aún incapaz de sostenerle la mirada.

—Pequeña Mac, mírame —le sujetó la barbilla para girarle la cara hacia él. Ella alzó la vista y se encontró con esos ojos marrones, intensos, y el atisbo de barba que le daba ese aire de sombra sexy sobre la mandíbula—. Puedes hacerlo. Es como en clase: yo doy una orden y tú obedeces. Sin preguntas, sin impertinencias. La única diferencia es que llevarás ropa provocativa, probablemente estarás esposada, con collar y…

—¿Y…? —Kenzie ya intuía lo que iba a decir.

—Y puede que tenga que ser íntimo contigo. Probablemente no sexo completo, pero quizás tengamos que hacer algo más para que nuestra relación parezca auténtica, si se diera el caso.

¿Algo más? ¿El qué? Su mente se llenó de imágenes eléctricas, cargadas de erotismo: ella de rodillas, con la boca en su miembro, él complaciéndola con la lengua, usando las manos sobre su cuerpo, acariciando, frotando, penetrando… En esas dos palabras —*algo más* — se encerraba un mundo entero de fantasías oscuras y excitantes.

—No te pediría esto, pequeña Mac, pero… —su expresión se volvió aún más seria—. *Respondes* a ese mundo. No sirve de nada negarlo. Lo he visto con mis propios ojos. Respondes a ese filo, a esa crudeza carnal. Creo que podrías ser una sumisa exquisita si confiaras en tu dominante.

Kenzie vio cómo él seguía cada uno de sus movimientos con una atención casi depredadora.

—¿Qué… qué tendría que hacer? Nunca he hecho algo como… lo que tú haces.

Royce le acarició la barbilla, y luego su pulgar se deslizó hacia su boca, rozando suavemente el labio inferior.

—Mis sumisas me llaman *señor*. No hacen preguntas, pero si tienen alguna, deben pedir permiso para hablar, y yo puedo concedérselo o no. Prefiero que se sienten a mis pies o en mi regazo cuando estoy con otros dominantes.

Kenzie no podía quitarse de la cabeza esa imagen: ella de rodillas a sus pies, su mano enredada en su cabello, acariciándola como a una mascota. No le parecía degradante… al contrario, le hacía *arder* por dentro.

—¿En qué piensas? —preguntó él en voz baja.

—Yo… —de pronto se quedó sin palabras, incapaz de confesar las fantasías que se habían adueñado de su mente.

—No puedes tener vergüenza. No conmigo. Es parte de las reglas, pequeña Mac. Si se hace una pregunta, debes responder —le sujetó la nuca, manteniéndola inmóvil mientras la miraba con intensidad—. Joder, no te imaginas cuánto deseo esto. Que me llames *señor* y te pongas a mi merced —parecía que hablaba más para sí mismo que para ella.

—Doctor Devereaux… —necesitaba poner una barrera entre ellos, por pequeña que fuera.

—*Señor* —la corrigió—. Será mejor que practiques desde ahora.

—Señor —repitió ella, notando cómo el corazón le palpitaba desbocado.

—¿Quieres empezar poco a poco? ¿Algo que puedas manejar? —ella asintió, aunque sabía que su cuerpo la delataba. Una sonrisa curvó la boca de Royce.

—Entonces, durante los próximos minutos, te sometes a mí sin resistencia. Si no lo haces, te castigaré, como en la mesa de billar. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Si te asusto pero crees que puedes seguir, di *amarillo*. *Rojo* significa que no. Es absoluto y definitivo, así que más te vale estar segura.

Recordaba las reglas.

—Entendido… señor —dijo.

Él soltó una risita.

—No hace falta que lo digas todo el tiempo, solo cuando me hagas una pregunta. Sabrás si te equivocas —la soltó y cogió su trenza, tirando de ella con suavidad—. Tu primera orden: deshazte la trenza. Pasa los dedos por los mechones. Hazlo despacio.

La miraba con hambre, y ese deseo reflejado en sus ojos hizo que el cuerpo de ella vibrase. Se soltó la goma del cabello y fue deshaciendo la trenza lentamente, hasta que los dedos se deslizaban por las hebras húmedas.

—En una relación D/s, los compañeros cuidan el uno del otro. Eso significa que tú dependes de mí para la comida, para la ropa, incluso para bañarte, si así lo deseo mientras dure el juego —cogió un bol de fruta que habían traído con la comida. Cogió un arándano y lo sostuvo junto a sus labios. Kenzie supo instintivamente lo que quería. Abrió la boca y él le introdujo la fruta. El sabor dulce estalló en su lengua, y no pudo evitar suspirar. Él se movió ligeramente en el sofá al escuchar ese sonido.

—Dame las gracias cuando te dé de comer.

—Gracias, señor —susurró, hechizada por la intensidad de su mirada.

—Bien —la elogió con voz sedosa—. Ahora, siéntate sobre mí y comparte el sabor dulce del arándano conmigo.

Se deslizó sobre el sofá y lo montó a horcajadas. Sus rodillas chocaron con el respaldo, y su pelvis quedó presionada contra la de él. No podía creer que estuviera sentada en su regazo, obedeciendo sus órdenes, pero desde que lo había besado en la piscina, todo aquello parecía inevitable. Ella y Royce eran como dos estrellas de neutrones orbitando la una en torno a la otra desde hacía siglos. Y ahora, por fin, colisionaban. La explosión resultante podría destruirlos… o convertirlo todo en oro y plata.

—Compártelo conmigo —dijo él con voz grave y ronca, como un lobo a punto de morderla—. Mátame con tu dulzura, pequeña Mac.

El miedo de perderse incluso un solo minuto de ese beso la empujó a inclinarse hacia él. Su peligrosa atracción por Royce no hizo más que impulsarla.

Estos placeres violentos tienen fines violentos. ¿No era así como lo decía Romeo y Julieta?

CAPÍTULO 10



Lo besó, desatando todo lo que llevaba enterrado dentro. Todo aquello de lo que se avergonzaba. Todos sus deseos más oscuros. Las necesidades secretas que ni siquiera se había confesado a sí misma. Todo fluyó desde su interior y se derramó en ese beso, impregnándolo de una oleada ardiente de inhibiciones rotas. Durante tanto tiempo había mantenido su vida en perfecto equilibrio, lejos de problemas y complicaciones. Pero ahora anhelaba ese peligro que ella misma había alimentado con su temeridad.

Royce era el único hombre capaz de desestabilizar su precario control y hacer que su mundo se viniera abajo. No le importaba. Que se fueran al diablo las consecuencias. La conexión ardiente entre sus bocas lo devoró todo, hasta que solo existió él. Solo ese beso.

Un leve suspiro de dolor la hizo jadear cuando él le enredó los dedos en el cabello y le echó la cabeza hacia atrás. Sus miradas se encontraron como una llave encajando en su cerradura. Todo en su interior se volvió maravillosamente quieto. Kenzie se aferró a esa sensación, clavándole las uñas en los hombros, temerosa de que aquel momento perfecto se rompiera si él la soltaba.

—Solía imaginarme cerrando la puerta del despacho cuando trabajábamos hasta tarde —confesó él, con voz ronca y baja—. Quería empujar todo lo que había sobre la mesa y doblarte sobre ella —sus palabras eran ásperas, como si apenas pudiera controlarse. Tiró un poco más de su cabello al decir *doblarte sobre ella*, y su cuerpo tembló, anticipándose.

Kenzie ardía por dentro mientras se unía a él en aquella fantasía, embelesada.

—Puedo sentirlo en mi mente, sentir lo bien que se sentiría bajarte los vaqueros de un tirón y follarte sobre mi mesa. Gritarías al correrte, y el sonido rebotaría en las paredes —la mandíbula de Royce, tensa y perfecta, parecía tallada en piedra. Ella estaba atrapada en ese instante, derritiéndose por dentro, incapaz de articular palabra ante el poder de sus palabras.

—Cada vez que me mirabas desde tu escritorio, lo veía en tus ojos… Esa mirada de *fóllame, Doctor Devereaux*.

Oh. Dios. Mío. Lo sabía. De alguna forma, siempre lo había sabido.

El deseo de Kenzie no había hecho más que crecer desde aquel beso en la piscina del hotel. Pero ahora ardía por dentro. Sus muslos se cerraron con fuerza alrededor de sus caderas, incapaz de evitar moverse contra él. Royce se estremeció bajo su cuerpo.

—No me tientes, cariño —gruñó, frustrado—. No soy precisamente bueno con el autocontrol, y menos estando tan lejos de casa.

—¿Y eso por qué… señor? —preguntó ella en voz baja, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Porque *aquí* no hay nadie que me recuerde que tengo que comportarme —la atrajo más hacia él, las manos le temblaban como si estuviera al borde de perder todo el control—. Podría hacerte mía una y otra vez, aquí, donde no hay alumnos mirando, ni profesores vigilando cada movimiento. Solo estamos *nosotros*. Así que más te vale decir *rojo* antes de que pierda la cabeza y me pase por el forro todas y cada una de las malditas promesas que me hice para mantenerme alejado de ti.

El tono de su voz era una advertencia. Y Kenzie supo que iba completamente en serio.

No podía respirar. Él la deseaba tanto como ella a él. Tanto, que estaban a punto de enloquecer los dos.

Ya estaba. Se había acabado eso de portarse bien, de fingir que no podía permitirse querer lo que quería. Se mordió el labio inferior,

manteniendo su atención fija, y entonces pronunció las palabras que harían que sus mundos colisionaran.

—Fóllame, doctor Devereaux.

Los ojos de Royce se abrieron con sorpresa, para luego entrecerrarse con intensidad. Su respiración se volvió brusca y, antes de que pudiera reaccionar, la levantó del sofá. Kenzie soltó un chillido y rodeó su cintura con las piernas mientras él la llevaba hasta la cama. La dejó caer sobre el colchón y se quedó de pie frente a ella, imponente. Se sujetó el borde del jersey negro, se lo quitó de un tirón y lo dejó caer al suelo. Luego desabrochó los vaqueros, pero se detuvo, respirando con fuerza mientras la observaba.

Por fin iba a conseguir lo único que pensó que jamás tendría. A él. La alegría, pura y radiante, le explotó en el pecho como una supernova. Su cuerpo vibraba con un deseo creciente que ya era imparable, ahora que había decidido estar con él.

—¿Quieres parar? Esta es tu última oportunidad, pequeña Mac. Es todo o nada.

Kenzie alzó la barbilla, desafiándolo.

—Lo quiero todo.

La sonrisa lenta y perversa que se dibujó en sus labios hizo que el estómago se le encogiera de expectación. Se abalanzó sobre ella y la giró, poniéndola boca abajo. Kenzie soltó un jadeo cuando él le levantó las caderas, desabrochó sus vaqueros y se los bajó hasta las rodillas. Llevaba unas braguitas negras, y Royce soltó un gruñido al cogerlas con el puño y arrancarlas de un tirón. El chasquido del elástico al romperse le azotó la piel, y una oleada de calor le recorrió el vientre. Sus pliegues se humedecieron por la brusquedad con la que la trataba. Le dio una nalgada seca en el culo y ella gimió, hundiendo el rostro en la colcha, conteniendo el gemido hambriento que estuvo a punto de escapar.

—Pídemelo —gruñó él—. No, no… *suplícamelo*.

Kenzie le miró por encima del hombro, y la excitación le recorrió los nervios como un relámpago. Royce sacó del bolsillo un sobrecito plateado, lo rasgó con los dientes. Sabía perfectamente lo que quería escuchar. Y ella también quería decirlo.

—Fóllame, doctor Devereaux. Hazme ver lo mala que he sido.

—Joder —maldijo con la voz ronca, y se bajó los vaqueros de golpe.

Ella solo tuvo un instante para ver la impresionante longitud de su erección antes de que él se pusiera el preservativo y se hundiera en su interior de una embestida. Era demasiado grande, la llenaba por completo, estirándola con una sensación tan intensa que casi dolía de placer. Una oleada caliente se le acumuló en el bajo vientre y arqueó la espalda con un gemido. No fue suave. Era un dios salvaje, despiadado y furioso. Sentía que iba a matarla de puro placer con cada embestida brutal. Sus dedos se clavaban en sus caderas, y supo que le dejaría marcas, pero no le importó. Le encantaba.

Está marcando tu cuerpo. Haciéndote suya. Tal y como siempre habías soñado.

No iba a aguantar ni un segundo más. Cuando el orgasmo la golpeó, fue como si cayera en un campo de petardos explotando a su alrededor. Estallidos de placer, destellos de luz cegadora. Gimió contra el colchón mientras él se inclinaba sobre ella, reduciendo poco a poco el ritmo de sus embestidas.

—¿Te ha gustado, nena?

Kenzie asintió débilmente.

Él le besó la oreja antes de incorporarse de nuevo, sujetándola por las caderas para seguir embistiéndola, más despacio esta vez, haciendo que sintiera cada centímetro de su cuerpo quemándola por dentro. Los espasmos del orgasmo seguían latiendo dentro de ella mientras se aferraba a su miembro, apretando con fuerza.

—Dios, estás hecha para esto. Como si me hubieras llevado al cielo —murmuró él, con voz grave, casi gutural.

—Royce, no puedo…

—Señor —le corrigió con un chasquido, y le dio otra nalgada en el culo.

—*Señor* —repitió ella, con la sangre martilleándole en los oídos.

—¿Tienes idea de lo jodidamente sexy que estás, pequeña Mac? Ese culito en alto, la forma en la que aprietas mi polla… estás tan

malditamente estrecha, como si ningún hombre te hubiera poseído antes.

El ritmo volvió a acelerarse, los jadeos se volvieron salvajes.

—Quiero oírtelo gritar. Gritarlo de verdad.

Y su cuerpo respondió al mismo tiempo que su voz. Las caderas de Royce golpeaban contra ella con fuerza, una y otra vez, hasta que no pudo evitarlo más.

—*Fóllame*, doctor Devereaux —gritó. Una y otra vez. No sabía cuántas veces lo dijo. Cuando llegó por segunda vez, todo se volvió oscuro a su alrededor.

Volvió en sí unos segundos después, con la mente nublada y el cuerpo sin fuerzas. Cada músculo estaba completamente agotado. Y él seguía dentro, dándole más. Gimió al sentirle empujar de nuevo, llenándola una y otra vez, hasta que Royce rugió con tanta fuerza que pareció hacer temblar las paredes. Luego sintió cómo se retiraba, respirando con dificultad sobre ella, mientras cerraba los ojos, aún inclinada sobre la cama. Las piernas le colgaban del borde, pero no tenía fuerza para moverse.

Esa extraña calidez borrosa se intensificó, como si estuviera envuelta en una docena de mantas gruesas frente a un fuego crepitante.

—¿Estás bien, pequeña Mac? —la voz de Royce volvió a ser suave, tierna. Pero Kenzie no encontraba la fuerza para responder—. Espera, cariño, estoy contigo —murmuró.

Le quitó los vaqueros por completo y ella se dejó girar de espaldas. Él le quitó el jersey y el sujetador, y luego la acunó entre sus brazos, llevándola hasta el cuarto de baño. La depositó con cuidado en una enorme bañera de hidromasaje que ocupaba la esquina. Kenzie se abrazó a sí misma al notar el frío repentino.

Royce se inclinó sobre la bañera para abrir los grifos y probar la temperatura del agua. Ella se estremeció al notar el agua fría en los dedos de los pies y se acurrucó, encogida. Él ajustó los grifos y el agua caliente empezó a subir por la base de la bañera.

—Espera —le dijo Royce, besándole la frente mientras se quitaba los calzoncillos.

Kenzie le miró, aún aturdida, con la mente a la deriva, contemplando su cuerpo completamente desnudo.

—Hay sitio de sobra para los dos.

Él se metió en la bañera y luego la levantó para acomodarla sobre su regazo. Ella se acurrucó contra su pecho, enterrando el rostro en su cuello, reconfortada por el aroma amaderado que era tan suyo, mientras la bañera se iba llenando. No sabía por qué se sentía tan extraña, tan confusa… pero lo único que tenía claro era que se sentía a salvo entre los brazos de Royce.

—Estás bien, Kenzie —le dijo Royce, sosteniéndola con una mano firme en la espalda.

—Todo se siente tan… —buscó las palabras, pero no las encontraba—, borroso —dijo por fin.

—Sí, lo sé, cariño. Lo sé —le acarició la coronilla con la nariz antes de hablar de nuevo—. Creo que te he llevado al subspace.

—¿Qué es eso?

—Es cuando una sumisa se deja llevar por completo, abrumada por la experiencia. Es como un estado sensual de meditación. Te hundes muy dentro de ti misma.

—¿Eso es malo? —Kenzie frunció el ceño. No le gustaba la idea del subspace. No estaba acostumbrada a sentirse débil. Ser débil era ser vulnerable. Y eso nunca le había gustado.

—No, es algo bueno. Que hayas entrado en subspace conmigo es como alcanzar el nirvana para mí. Significa que confías en mí. Me has entregado todo, y esa entrega total ha agotado tu cuerpo. Pero volverás a estar bien enseguida, te lo prometo —le besó la frente, y ella alzó la mirada hacia él.

—Pero lo mejor del subspace —continuó él—, es que, cuando estás con un buen dominante, se encarga de ti, te cuida, te mima. Se llama *aftercare*, y esta parte va solo de ti, cariño.

Extendió el brazo para cerrar el grifo, y ella se dio cuenta de que el agua había subido hasta cubrirle el cuello, calentándole todo el cuerpo. Las manos de Royce se movieron por su piel, acariciando cada extremidad, acariciando sin prisa. No era sensual, exactamente, sino reconfortante. La tensión sexual que momentos antes los había empujado al borde del abismo seguía allí, pero ahora

suavizada por una capa de ternura y complicidad entre ellos. Su cuerpo volvía a pertenecerle, y se sentía extrañamente nueva en él, como si hubiese vivido una experiencia extracorporal, pero al revés. Mientras él la abrazara, se sentía bien; segura. Anclada al presente.

—¿Te arrepientes de algo? —preguntó él.

—¿Arrepentirme? ¿De lo que hemos hecho? —negó con la cabeza —. Debería arrepentirme de todo, pero…

Pero no podía. Acababa de vivir el sexo más salvaje de su vida, nacido de sus fantasías más oscuras e íntimas, fantasías que ahora sabía que él también compartía. ¿Cómo iba a arrepentirse de eso?

—Bien. No quiero que te arrepientas de nada mientras estés conmigo.

Quizá no se arrepentía ahora, pero eso no evitaba que se preocupara por lo que vendría después, cuando regresaran a Long Island. Tendrían que volver a lo normal, o fingir que lo hacían. No sabía cómo protegerse a sí misma… o protegerle a él si esto salía a la luz. Y, desde luego, no quería pensar en el futuro ni en lo que *estar juntos* significaría para ellos. Todo era demasiado complicado. Y ahora mismo, complicado era lo último que necesitaba.

Se movió ligeramente sobre su regazo, sintiendo cómo su miembro erecto rozaba su trasero. Estaba excitado de nuevo, lo cual era comprensible teniendo en cuenta que ambos estaban desnudos en una bañera, pero no la presionó. No le exigió nada. Se limitó a sostenerla en sus brazos y dejar que el agua caliente les envolviera.

Y no pudo evitarlo. Estaba tan relajada que comenzó a quedarse dormida, aferrada a él como si le fuera la vida en ello.

Porque, en cierto modo, así era.

Fóllame, doctor Devereaux.

Jamás olvidaría cómo sonaron esas palabras saliendo de sus labios. Le había contado su fantasía, su mayor deseo, aquel con el

que se había masturbado mil veces bajo la ducha, y ella no solo lo había aceptado, sino que se había rendido a él, entregándose por completo.

Y había sido mil veces mejor que cualquier fantasía que su mente hubiese podido imaginar. Kenzie había llegado al subspace en su primer encuentro. Nunca le había pasado algo así con ninguna mujer. Ni siquiera con sumisas entrenadas del Gilded Cuff.

La observó dormida, acurrucada en sus brazos, tan pequeña, tan delicada… tan hermosa. Había saltado sobre ella como un animal en celo, y ni siquiera se había permitido disfrutarla con calma.

Todavía hay tiempo para eso. Lo habría. Quería probar mil cosas con ella: atarla, lamerle el sexo hasta hacerla gritar…

Y sin embargo, había hecho falta una red de contrabando de fósiles y la mafia rusa para conseguir llevarse a su estudiante de posgrado a la cama.

Sostuvo a Kenzie durante quince minutos más, escuchando su respiración pausada. Dormía ya. Algo cálido e inexplicable se removió en su pecho. Una sensación de paz se abrió paso dentro de él, como hacía años que no sentía…

Estaba sentado junto al fuego, en un campamento. Estaba entre Fenn y Emery Lockwood, mientras Wes Thorne se sentaba al otro lado. Reían, con palitos de nubes de azúcar derritiéndose sobre las llamas. Había alegría. Había inocencia.

Aquella fue la última noche antes de que su mundo cambiara. Antes de que su infancia le fuera arrancada de cuajo, dejándole solo heridas y un grito silencioso atascado en la garganta. Tener a Kenzie entre sus brazos le recordaba esa última noche antes de perderlo todo.

El duelo era algo extraño. Había pasado veinticinco años llorando a Fenn, convencido de que los hombres que se lo llevaron lo habían matado cuando apenas tenía ocho años. Pero Fenn estaba vivo. Estaba bien. Y aun así, el duelo seguía allí.

Tal vez no lloraba a Fenn, sino a los veinticinco años de amistad que nunca pudieron compartir. La infancia robada de su mejor amigo todavía le dolía. Pero la pérdida de sus padres era aún más profunda. Cuando perdió a Fenn, ellos fueron su último refugio.

Hasta que los perdió también. Y entonces comprendió cuán solo estaba en el mundo. Ese tipo de dolor puede destruir a un hombre. Pero Kenzie… Kenzie lo aliviaba. Le ayudaba a olvidarlo. Cuando reía con ella, cuando hablaban, cuando compartían su pasión por los fósiles, se sentía en equipo. Como si fueran compañeros de vida. Ella era el tipo de mujer con la que un hombre construye un hogar. Y aunque siempre había creído que no estaba hecho para casarse, ahora ella estaba tentando todo lo que alguna vez pensó que no quería.

Apretó el abrazo. Intentaba no pensar en el pasado, sobre todo en los años en los que estuvo al borde del abismo, ahogándose en sexo, alcohol, coches caros y mujeres fáciles. Pero ahora… ahora tenía mucho que perder. Kenzie. Sus carreras. Tal vez incluso sus vidas. Y, de repente, todo aquello que había pensado que no importaba, importaba tanto que le aterraba.

¿Así se sentían Emery, Fenn y Wes al tener a sus mujeres entre los brazos? Si era así, no volvería a burlarse de ellos. Puede que no estuviera enamorado de Kenzie, pero le importaba. Le importaba muchísimo. Y eso ya era suficiente para hacerle parar y pensar.

No podía llevarla al club de Vadym. No si eso significaba ponerla en peligro. Había sido un imbécil al creer que podría protegerla y a la vez enfrentarse a Vadym. Pero no quería dejarla sola. Tenía que protegerla, costara lo que costara. Podía llamar a Dimitri y pedirle otra sumisa para la noche siguiente. Así, Kenzie se quedaría en el hotel.

La alzó con cuidado, sacándola de la bañera, y tiró del desagüe. La envolvió en una toalla blanca y mullida, y la apoyó con suavidad en el suelo. Ella se removió, murmurando algo que no alcanzó a entender.

—Hora de llevarte a la cama.

Volvió a levantarla. Le encantaba cómo encajaba entre sus brazos, lo perfecta que era. La depositó con cuidado sobre el colchón. Kenzie suspiró, acurrucándose contra la almohada. Y aunque deseaba meterse junto a ella, piel con piel, sabía que si lo hacía no sería capaz de mantener las manos quietas.

Rebuscó en su maleta hasta dar con una camisa de franela roja, amplia, y otro par de braguitas negras. Le dio un suave toque en el hombro. Ella abrió los ojos, aún medio dormida.

—Eh, pequeña Mac, vamos a ponerte esto y luego puedes seguir durmiendo.

Se sentó, aún aturdida, y se puso la ropa interior que él le tendía. Luego dejó caer la toalla y se colocó la camisa. Royce apartó la mirada, no por pudor, sino por pura necesidad. Si la miraba, si veía sus pechos, sus caderas… no se resistiría. Y ella necesitaba descansar. Mucho. Haberse entregado de ese modo, haber alcanzado el subspace en su primer encuentro… aún no se lo creía.

Kenzie se deslizó entre las sábanas de la cama king-size y volvió a dormirse. Dios, era tan confiada. Él se puso unos pantalones de pijama, se metió bajo las sábanas y la atrajo hacia sí. Ella se dio la vuelta, dejando caer el cabello sobre su pecho. Olía tan bien… a vainilla y flores suaves. Nada de perfumes caros y empalagosos. Solo ella. Natural. Perfecta.

Royce apoyó un brazo bajo la cabeza y cerró los ojos. La paz seguía allí, latente, dentro de él. Estar con Kenzie le recordaba su primera excavación en las Badlands.

Recordaba aquellas formaciones rocosas, altas, teñidas de rojo y amarillo. El crujido del barro seco bajo sus botas. El silbido del viento, el sol bañándolo todo de tonos dorados y escarlatas. Sentía la piedra arenisca bajo sus palmas, alisada por siglos de viento y lluvia. El calor del sol atrapado en la tierra le abrasaba los dedos, y el aroma a caliza flotaba en el aire, arrastrado por la brisa que agitaba las tiendas del campamento.

Los delgados pináculos rocosos en la distancia parecían obeliscos inestables en un paisaje encantado. Aquella tierra albergaba algunos de los fósiles de dinosaurios más variados que el mundo hubiera visto jamás. Recordaba a los reyezuelos escarbando en agujeros de las paredes, y cómo se sentía en casa allí de una forma que nunca había logrado explicar. Tal vez porque él, una de las criaturas más recientes de la Tierra, estaba en busca de las más antiguas.

Sujetar a Kenzie entre los brazos era como eso, una búsqueda antigua de algo a lo que aún no sabía ponerle nombre. Una conexión

extraña y maravillosa estaba creciendo entre ellos, y eso le aterraba tanto como le fascinaba.

Estoy demasiado jodido.

¿Y si se acercaba demasiado? ¿Y si ella moría? ¿Y si lo estropeaban todo tanto que terminaran arruinando sus vidas? Le acarició el cabello sedoso y oscuro con una mano, y soltó un suspiro. Iba a ser una noche muy, muy larga.

Con el tiempo, logró quedarse atrapado en ese espacio entre el sueño y la vigilia, ese lugar donde uno está indefenso mientras las imágenes de los sueños desfilan detrás de los párpados cerrados.

Estaba en un avión, en una cabina pequeña pero lujosa, mirando por la ventanilla hacia la noche, observando la ciudad a sus pies. Las luces brillaban como mil diamantes esparcidos sobre un manto de terciopelo negro. Niebla y bruma se elevaban desde la orilla del mar, difuminando el parpadeo de las luces de la ciudad.

Contuvo el aliento, y el pecho se le oprimió justo cuando la pista de aterrizaje apareció, con las luces de señal parpadeando demasiado deprisa. La niebla se transformó en un viento oscuro que se enroscó en el avión como una serpiente, asfixiándolo. Luego llegó el estruendo metálico y el destello de fuego que lo devoró todo en una explosión ensordecedora.

El sueño cambió, la oscuridad suavizándose para revelar un claro densamente arbolado donde puntos de luz ámbar y esmeralda danzaban sobre un paisaje lleno de colores. El bosque detrás de la mansión Lockwood. Las luces, como fuegos fatuos traviesos, se transformaron en linternas de búsqueda. Se escuchaban gritos, llamaban los nombres de dos niños en la oscuridad. Dos niños que no estaban perdidos. Habían sido robados.

Royce jadeó con un sobresalto, el terror clavándosele en el pecho. Durante un segundo no supo dónde estaba ni con quién, hasta que Kenzie se movió a su lado y pronunció su nombre.

Se sentó, y ella pasó los dedos por su cabello.

—¿Royce?

Él no respondió. El corazón le latía con fuerza y la cabeza le daba vueltas. Las pesadillas siempre se le quedaban pegadas al cuerpo más tiempo del que deseaba, mientras que los buenos sueños se le

escapaban como arena entre los dedos. Apoyó la cabeza contra el cabecero de cuero negro.

—Royce, me estás asustando —dijo Kenzie, y escuchar su nombre de labios de ella fue como un ancla.

La miró. A la tenue luz de la habitación, distinguió sus ojos oscuros y abiertos, fijos en él.

—Lo siento, pequeña Mac —le acarició el cabello con la palma de la mano—. Malos sueños. Muy malos.

Ella se acurrucó más a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—A veces ayuda hablar de ellos.

Él soltó una risa seca.

—¿Tú tienes pesadillas?

—Claro. Todo el mundo las tiene.

No como las mías. Las mías son otra cosa.

Como si hubiese notado su incredulidad, ella continuó:

—Sueño que huyo de algo o de alguien, pero no puedo correr lo bastante rápido. Es como si el tiempo se ralentizara… pero solo para mí. Te sientes vulnerable. Sin poder hacer nada. Como si el final fuera inevitable y lo único que pudieras hacer fuera quedarte ahí, mirando.

Tembló ligeramente, buscando aún más el calor de su cuerpo, y alzó la cabeza.

Él la miró. Aquello era mucho más íntimo que el sexo, y eso le asustaba. Pero al mismo tiempo, no quería alejarse.

—Tengo dos sueños —dijo por fin—. Aunque muchas veces vienen uno detrás del otro. Todo empieza en un avión, volando sobre Manhattan. Veo las luces de la ciudad, la niebla subiendo desde el mar y tragándoselo todo. Sé lo que va a pasar, pero no puedo evitarlo. La pista desaparece y todo termina en un estallido de fuego —el pánico volvió a colarse en su cuerpo, acelerándole el corazón, pero siguió hablando—. Casi nunca me despierto después de eso. Entonces estoy atrapado en el bosque detrás de la mansión Lockwood. Veo los focos, escucho a la gente llamando… pero no puedo decir nada. Es como si estuviera en el lugar de Emery o Fenn cuando se los llevaron.

Kenzie tardó un rato en responder.

—¿Sueñas con el secuestro de los Lockwood?

Una emoción densa y oscura le subió por la garganta, ahogándolo. Asintió.

—No sé mucho de lo que pasó. Solo tenía tres años —puso una mano sobre su pecho, y él la cubrió con la suya, necesitaba ese contacto. Le daba fuerzas para seguir hablando.

—Se los llevaron cuando teníamos ocho años. Solo éramos unos críos. Me pasé días enteros en comisaría, hablando con psicólogos infantiles, trabajadores sociales, perfiles del FBI… y ninguno pudo ayudar. Mis padres estaban siempre allí, sosteniéndome, manteniéndome cuerdo —hizo una pausa, tragando el nudo que le subía a la garganta—. Tres meses después, encontraron a Emery, pero a Fenn no. Lo que no sabíamos entonces era que uno de los secuestradores se lo había llevado a Colorado y lo crió como a su propio hijo. Veinticinco putos años —cerró los ojos. Volvía a ver los destellos de su pesadilla. Los haces de luz cruzaban el bosque oscuro pero nunca los encontraban—. Es como si esa noche me hubiese adentrado con ellos en el bosque… y una parte de mí, igual que una parte de ellos, nunca hubiera regresado.

Kenzie le clavó las uñas en el pecho.

—Royce… eso es horrible. Lo siento muchísimo.

Le apretó la mano.

—Es lo que hay. He vivido tanto tiempo con esa parte de mí perdida que ya no sé cómo sentirme de otra manera —dijo, sabiendo que probablemente no estaba teniendo mucho sentido—. Y justo cuando pensé que tal vez estaba superándolo, mis padres murieron en un accidente de avión. Yo tenía diecinueve.

—Sabía lo del accidente —admitió ella, acariciándole el hombro con la mejilla. La opresión que siempre sentía al hablar de sus padres se alivió un poco.

—Eran mi mundo —susurró. Y, para su sorpresa, ella no se rió.

—Yo me siento así con mis padres. Incluso con mis hermanos.

—Vaya, es verdad, se me habían olvidado tus hermanos —dijo con una sonrisa.

—Sí —soltó una risita—. Y te aseguro que te partirían la cara por lo que has hecho.

Se inclinó para besarle los labios, pillándole desprevenido.

—Cariño, no dudo que tus hermanos sean duros… pero puedo con ellos —le dijo, acariciándole la mejilla.

Pero la sonrisa de ella se desdibujó, como flores que se marchitan en otoño.

—¿Qué pasa?

—Royce… lo que estamos haciendo… puede arruinarlo *todo*. Puede acabar con nuestras carreras.

No la culpaba por preocuparse. Él no temía muchas cosas, pero perder su puesto en la universidad sí era una de ellas. Y la carrera de Kenzie podría acabarse antes de haber empezado.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó. Lo que sucediera a partir de ese momento, tenía que ser decisión de ella.

Ella se mordió el labio, mirándolo a los ojos.

—Quiero esto… te quiero a *ti*.

Se inclinó sobre él, rozando sus labios con los suyos, saboreando ese instante en el que tenía derecho a besarle cuando quisiera, sin miedo.

Y en ese momento, ella lo poseyó de una forma que él jamás habría creído posible. La besó de vuelta, sujetándola por la nuca, saboreando sus labios con tanta dulzura que a ella se le humedecieron los ojos. Ella volvía a desearlo. *Lo necesitaba*. Con una intensidad demasiado fuerte para que cualquiera de los dos pudiera resistirse.

Kenzie se desabrochó con lentitud los botones de su camisón de franela.

—Así que… —fue revelando su cuerpo poco a poco. La luz de la luna que entraba por las ventanas iluminaba sus pechos mientras se desenvolvía como un regalo de Navidad.

Royce supo en ese instante exactamente lo que quería hacer. Ella se acomodó sobre las rodillas a su lado y dejó que el camisón cayera. Él alargó la mano y le acarició un pecho, rozando con el pulgar un pezón tenso. Ella arqueó la espalda, ofreciéndose, y él gruñó al tirar de su cintura y subirla encima.

Kenzie se acomodó sobre su regazo, a horcajadas. Sus pechos quedaron a la altura de su rostro y Royce los cubrió con la boca. Succionó un pezón y le acarició el otro. ¿Cómo podía saber tan dulce? Bajó la mano hasta su trasero, tirando de las braguitas negras. El deseo de arrancárselas de un tirón era casi incontrolable. Kenzie sacaba a la bestia que llevaba dentro. Siempre le había gustado un poco de rudeza, sí, pero con ella… era como un animal desesperado por devorarla.

—Espera —murmuró ella, alzando las caderas para que él pudiera bajarle las braguitas, pero mientras lo montaba, no podía quitárselas del todo. Así que la sujetó por la cintura y la empujó suavemente para tumbarla. Entonces sí, pudo deslizarle las braguitas por las piernas. Las lanzó a un lado y se quedó mirándola.

—Estás preciosa —susurró, y no era solo un cumplido a su cuerpo. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos oscuros. La forma en que pronunciaba su nombre…

—*Royce* —le dejaba sin aliento—. ¿Podrías ir despacio? —preguntó ella, con timidez.

—Lo que tú quieras, pequeña Mac —ya la había poseído con rudeza, sin frenos, y ahora la quería así… lenta, con una ternura que casi dolía.

Se deslizó hacia abajo y le separó las rodillas con las manos. Estaba húmeda y rosada, completamente abierta para él, con esa franja de vello oscuro como una flecha apuntando al lugar más sensible. Necesitaba saborearla, hacerla temblar con su lengua. Besó un camino desde su rodilla hasta el muslo interior, y ella se retorció, jadeando a medida que se acercaba. Estaba tan acostumbrado a atar a las mujeres para que no se movieran, que casi había olvidado lo placentero que era sentir a una mujer luchando por contenerse. Sonrió al presionar sus labios contra el clítoris. El capullo hinchado se asomó entre los pliegues, y él se aferró a él, succionando y girando la lengua.

Ella jadeó, sus caderas se alzaron, pero él las mantuvo firmes con las palmas abiertas sobre sus muslos. La devoró, lamiendo los pliegues más sensibles, jugueteando con su lengua hasta que ella alcanzó un orgasmo tembloroso y entrecortado.

Kenzie contuvo el grito, y sus piernas temblaron alrededor de sus hombros. Estaba tan débil que no podía hacer otra cosa que quedarse tumbada, y eso era justo lo que él quería. Se deslizó por su cuerpo y liberó su erección. Se la sostuvo con la mano, frotando la punta contra su entrada húmeda. Ella gimió suavemente, arqueando el cuerpo. Era como una virgen ofrecida a un dios, y se sentía bendecido de ser *él* el elegido.

Se tomó su tiempo, entrando en ella centímetro a centímetro. Kenzie alzó los brazos y le sujetó por los hombros mientras él se hundía del todo en su interior.

Royce se inclinó sobre ella, rodeándola con su cuerpo. Ella le abrazó con fuerza, sus uñas arañándole el cuello de una forma que le provocó un escalofrío y endureció aún más su erección. Cuando tomaba a una mujer, le gustaba hacerlo con intensidad, crudo, sin filtros, y rara vez las besaba. Pero mientras embestía suavemente a Kenzie, sintió la necesidad profunda de besarla, de sentir su aliento mezclado con el suyo, de perderse en ella justo en el instante en que sus cuerpos se rendían.

La besó con urgencia. Y al sentir cómo ella le devolvía el beso, algo dentro de él se rompió. No sabía cómo explicarlo, pero el nudo en su pecho, ese peso que llevaba arrastrando desde que tenía ocho años, empezó a disolverse. El dolor y la oscuridad que había cargado durante tanto tiempo parecieron aliviarse. Besar a Kenzie y poseerla así, en la penumbra de aquella habitación, le hacía sentir salvado, aunque no supiera cómo ponerlo en palabras. Era como si, por fin, los haces de las linternas en aquel bosque oscuro lo hubieran encontrado.

Su beso se volvió urgente, pero él siguió moviéndose despacio, con dulzura, y ella se dejó llevar. Una agonía dulce se apoderó de él cuando la sintió correrse. Su pequeño gemido contra sus labios fue suave, pero la forma en que se deshizo bajo él lo sacudió hasta lo más profundo. Su cuerpo se tensó y enterró el rostro en su cuello, besándola mientras su propio clímax estallaba en él. Todo su mundo se tambaleó.

Y mucho después, siguió explorando su boca. Era como si nunca antes hubiera besado a una mujer. Sus labios suaves eran el cielo, y

la danza juguetona de su lengua lo hacía olvidar a todas las otras mujeres que había tenido. Solo existía este momento, solo existía Kenzie.

Alzó la cabeza para mirarla. Ella sonreía, medio dormida. No dijo nada, y él tampoco pudo, porque el nudo en la garganta no se lo permitió. En su lugar, la alzó con cuidado entre sus brazos y la arropó bajo las sábanas, acurrucando su cuerpo contra el suyo.

—Buenas noches, Royce —susurró ella, apoyada en su pecho, y su respiración se volvió lenta y profunda. Él la mantuvo cerca, con los pensamientos dispersos, intentando comprender qué le acababa de ocurrir. Pero en el fondo lo sabía. Siempre lo había sabido. Se estaba enamorando de ella.

Estoy tan jodido.

CAPÍTULO 11



La tenue luz de la mañana despertó a Kenzie de uno de los sueños más profundos que había tenido en su vida. Abrió los ojos, parpadeando lentamente mientras asimilaba la habitación elegante y lujosa a su alrededor.

Esto no es mi casa. Esto es…

Durante unos segundos, se sintió totalmente desorientada, preguntándose cómo había acabado allí, en Rusia, con su profesor, en su cama. Los recuerdos de la noche anterior llegaron de golpe, y puso una mueca al moverse. Tenía las piernas adoloridas por dentro, y le dolía entre los muslos. Se mordió el labio para contener una sonrisa.

El doctor Devereaux sabía muy bien cómo hacer el amor. Cuando se habían mirado a los ojos y él había ido despacio… había sido algo que la había sacudido hasta lo más profundo. No era virgen, no, pero aquella última vez había sido justo como todas las chicas soñaban que fuera la primera.

Se incorporó en la cama, aún sensible por todas partes, y la sensación le *encantaba*. Abrazó sus rodillas, sonriendo sin poder evitarlo. Y entonces lo escuchó: el sonido de la ducha corriendo y una voz masculina cantando con un tono grave. Normalmente, un hombre cantando en la ducha le habría parecido algo embarazoso… pero no Royce. Su voz era como el canto de un sireno, llamándola a lanzarse al mar sin mirar atrás.

Kenzie se deslizó fuera de la cama, envolviéndose con la sábana como si fuera una toga, y caminó descalza hacia el baño. Al lado de la enorme bañera de hidromasaje había una ducha de mármol. Royce estaba de espaldas, el agua caliente cayendo en cascada por su cuerpo, desde la cabeza hasta ese trasero musculoso. No pudo evitar imaginarse enterrando las uñas allí mientras él embestía dentro de ella. Y solo con pensarlo… volvió a estar húmeda por él.

Se acercó a la ducha, ladeando la cabeza para escucharle. Estaba cantando "Nothing Else Matters", de Metallica, con una voz grave y preciosa. Dios, podría haber sido una estrella del rock, no solo un paleontólogo.

—¿Doctor Devereaux?

Él se quedó quieto de inmediato, interrumpiendo la canción en seco. Se giró, revelando su cuerpo marcado, con músculos y abdominales tan definidos que parecían irreales… pero lo eran. Ella los había acariciado con sus propias manos la noche anterior.

—Pequeña Mac —dijo él, y su mirada la recorrió por completo.

—¿Te apetece un poco de compañía? —preguntó ella, tan nerviosa que pensó que se iba a morir. ¿Y si él se arrepentía de lo de anoche? ¿Y si ya había tenido suficiente y había terminado con ella? No estaba preparada para que esto se acabara. Aunque sabía que, al regresar a Long Island, aquello *terminaría* inevitablemente, podía fingir durante unos días más que no era así.

—Si algún día te digo que no cuando me lo pidas… —dejó la frase en el aire, negando con la cabeza con una sonrisa torcida. Abrió la puerta de la ducha—. Entra. Deja la sábana en el suelo.

Ella se echó a reír, soltó la sábana y entró, cerrando la puerta tras de sí. Se quedaron ahí, mirándose, mientras el agua golpeaba el cuerpo de él hasta que la atrajo hacia su pecho, empapándola con el chorro caliente. Ella suspiró y se apoyó contra él, sintiendo su erección contra la parte baja de la espalda. Le encantaba que fuese tan alto, como un vikingo moreno. Él subió las manos y empezó a masajearle los hombros.

—¿Quieres que te lave el cabello? —ella lo miró sorprendida. Él se encogió de hombros—. ¿Qué te puedo decir? Se me da bien… *dar*

placer —le guiñó un ojo, y ella soltó una risita, con las mejillas ardiendo.

—¿No se suponía que esa era mi frase? Puede que tengas que darme algunas indicaciones —le devolvió, en tono juguetón.

Él le dio una nalgada de repente, un golpe ligero que le hizo soltar un gritito.

—Descarada —murmuró, aunque sus ojos brillaban con diversión, lo que a ella le encantó—. ¿Por qué no demuestras ahora mismo lo que sabes hacer? —movió las caderas, y ella entendió perfectamente a qué se refería. El corazón le latía con fuerza mientras se giraba para encararle. Nunca había hecho aquello antes y su comentario había sido una broma, pero la mirada hambrienta de él la animó a intentarlo.

—Vale… —apoyó una mano en su pecho y lo empujó hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pared de la ducha.

Luego se arrodilló. Su erección, tan cerca, imponía muchísimo. Era demasiado grande para su boca, pero lo intentaría. Colocó una mano sobre su abdomen bajo, acariciando la forma en V que se marcaba en sus caderas, mientras con la otra sujetaba su miembro. Abrió los labios y se lo llevó a la boca. Él gimió, grave y ronco, con un leve impulso de caderas que parecía involuntario.

—Joder, Kenzie… Joder… —repitió su nombre una y otra vez, gimiendo.

Ella se lo fue tomando con calma. El sabor ligeramente salado era distinto, pero no desagradable. Le prestó atención a los sonidos que él hacía, se dejó guiar por ellos. Lamió, chupó, acarició, lo bombeó con la mano y vació las mejillas mientras lo tenía dentro. Cuando él le sujetó la cabeza y empezó a embestir con fuerza, ella gimió con el glande tocándole el fondo de la garganta. Él maldijo de repente, y ella sintió *su* sabor sobre la lengua.

Cuando él la soltó, ella tragó y lamió cada gota de sus labios antes de dejar que saliera de su boca con un leve chasquido. Le temblaban las piernas de la excitación. Aquello había sido lo más sexy que había hecho en su vida.

Él la levantó y la besó, su boca sobre la de ella con un hambre voraz. Ella gimió contra sus labios, y él volvió a darle una nalgada.

—Vas a matarme, Mac —gruñó. Se besaron durante varios minutos, con sus cuerpos pegados, hasta que él volvió a estar duro contra su vientre.

—¿Otra vez? —se burló ella, mordiéndole el labio inferior. Él gimió con tanto placer que por poco se le van los ojos hacia atrás.

Antes de que ella pudiera reaccionar, la levantó de nuevo y la empotró contra la pared contraria de la ducha, entrando en ella de un solo empujón. Se había recuperado rápido, y aunque a ella aún le dolía un poco de la noche anterior, la tomó con fuerza, con furia, y cada segundo fue pura delicia. Sus pechos se aplastaban contra el pecho de él, y ella se aferraba a sus hombros mientras él la follaba. Y entonces llegó al clímax, y segundos después, él también. Permaneció recostado sobre ella, aún dentro, sujetándola. Apoyó su frente en la de ella y suspiró con los ojos cerrados.

—Tienes que ayudarme a bajar el ritmo, cariño. Si no, voy a seguir follándote como si no hubiera un mañana.

Ella se echó a reír.

—No es algo malo. Estoy enfadada por todo el sexo como este que me he perdido. Estoy recuperando el tiempo perdido.

—Yo también me lo había estado perdiendo. Estar contigo… —se detuvo, buscando sus ojos, y la vulnerabilidad repentina que apareció en los suyos la desarmó por completo—. No se parece a nada. A *nadie*.

El corazón de Kenzie latía desbocado.

—Para mí también es así —susurró.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. El agua caía sobre sus espaldas, el vapor envolviéndolos poco a poco. Finalmente, él se retiró de su cuerpo y la dejó de nuevo sobre los pies, pero no se apartó. No la soltó.

—Creo que habías dicho algo de lavarme el cabello —le recordó ella, encantada de poder bromear con él, de poder ser ella misma. Ya no eran la señorita Martin y el doctor Devereaux. Eran Kenzie y Royce. Algún día recordaría aquellos momentos con ternura, sin importar lo que pasara después.

—Lo dije, ¿verdad? Vale. Gírate, cariño —hizo un gesto con el dedo y ella obedeció, dejando que el agua le empapara la piel antes

de mojarse el cabello bajo el chorro. Cuando ya estaba bien empapado, dejó que él le masajeara el cuero cabelludo con champú. Era el cielo. Sentir sus manos fuertes frotándole la cabeza… Madre mía, habría hecho lo que fuera con tal de que no parara.

—Mejor que el sexo —murmuró de puro placer mientras él la enjuagaba.

Él soltó una carcajada ronca y baja que le provocó un escalofrío.

—Tendré que esforzarme más la próxima vez que esté dentro de ti. No puedo dejar que un masaje en la cabeza me supere.

Kenzie le sonrió mientras cogía el gel de ducha. Era demasiado bajita para lavarle el cabello, pero aún podía encargarse del resto. Se puso un poco de gel en la palma y lo aplicó sobre su pecho, acariciándolo con movimientos lentos y firmes. Se tomó su tiempo, aprendiendo cada curva, cada marca y cada músculo de su cuerpo. Él se quedó en silencio mientras ella lo enjabonaba. Al llegar a una cicatriz en su brazo izquierdo, la recorrió con el dedo y levantó la mirada, curiosa.

—Accidente con la moto —respondió él, observándola con los ojos encendidos.

Encontró otra.

—¿Y esta?

—¿Esa? —él se tocó una marca en las costillas—. Escalando una montaña sin cuerdas. Y esta —levantó el brazo y le mostró una cicatriz en el costado—, luchando con un contrabandista en China. Me pilló con un cuchillo.

—Joder, ¿tienes instinto suicida o qué? —bromeó ella, pero él no se rió—. Royce —dijo, temiendo haber dicho algo para enfadarlo.

—No vas tan desencaminada, Mac. Durante mucho tiempo sentí esa necesidad de arriesgarlo *todo*.

Ella se aclaró las manos y se pegó a él, necesitaba abrazarle. Él la rodeó con los brazos, su voz bajó hasta convertirse en un susurro.

—Necesitaba sentir algo. Algo que me sacara del duelo. Durante años tuve la cabeza hecha un lío, llena de oscuridad. Hacer estupideces me recordaba que seguía aquí. Que no me había perdido del todo.

Ella lo abrazó con fuerza, deseando poder espantar a los fantasmas de su pasado y romper las cadenas que aún lo ataban al dolor.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas —respondió él. Ella lo miró a los ojos y vio al verdadero Royce. Al joven que había tenido que hacerse hombre demasiado pronto… al hombre del que ella…

Kenzie detuvo ese pensamiento antes de que se materializara del todo.

—A veces un hombre descubre quién es de verdad cuando su alma es puesta a prueba. Pruebas de fuego, por decirlo así. A mí me han puesto a prueba muchas veces. Y me he convertido en un cabrón duro de roer.

Ella lo entendía. Recordó a Royce sujetando al hombre que la había atacado. Apuntándolo con un arma. Saber que podía haber disparado debería haberla asustado, pero no fue así. Era Royce. Su refugio seguro. Siempre lo había sido, incluso antes de que ella supiera que algún día lo necesitaría.

Se mordió el labio y frunció el ceño.

—Yo no he sido puesta a prueba. No como tú —su vida tranquila y segura no le había enseñado nada. No era dura. No era valiente. ¿Cómo había podido pensar que acompañarlo en esta aventura como una especie de compañera graciosa era buena idea?

—Cariño, me alegro de que hayas tenido una vida feliz. Alguien se la merece. Pero esto… —señaló a su alrededor—, esto es culpa mía. Estuviste a punto de morir solo por estar en mi despacho cuando vinieron a por mí. Y aún no hemos salido de esta. Ojalá nada de esto hubiera pasado.

Cerró los ojos, y aquella muestra de debilidad tan poco propia de él la estremeció.

—No deberíamos estar aquí. En medio de esta pesadilla —dijo Royce—. Lo último que quise fue ponerte en peligro —le apartó un mechón húmedo del rostro y bajó la cabeza para besarla.

Fue el tipo de beso que una nunca olvida. El que te sacude por dentro como un terremoto. Un beso que te cambia la vida, tierno y

hambriento a la vez, que te hace sentir segura… y en peligro de enamorarte.

Y eso era lo que más miedo le daba. Nunca se había enamorado, y *sabía* que si se enamoraba de Royce Devereaux, ya no sería capaz de amar a nadie más. Algunos primeros amores eran simplemente eso: los *primeros*. Pero Royce… Él era el tipo de hombre que se convertiría en el amor de su vida, ese al que ningún otro podría jamás compararse. No había manera de que pudiera amar a alguien así otra vez.

Tiene mi corazón en sus manos, y ni siquiera lo sabe. Carraspeó y murmuró algo sobre que necesitaba afeitarse. Cambiaron de sitio mientras él se enjuagaba el cabello, y ella usó su cuchilla para rasurarse las piernas y las axilas rápidamente, intentando que él no la viera.

No había pensado en nada de eso cuando se coló en el baño con solo la sábana. Terminó de afeitarse y se giró justo a tiempo para verlo observándola.

—Buena vista —dijo él, asintiendo hacia ella y hacia su postura medio agachada.

Dios mío. Qué vergüenza.

—Nunca te avergüences de enseñarme el culo, pequeña Mac — se rió mientras cogía su propia cuchilla y se aplicaba espuma de afeitar en la cara.

Ella lo miró afeitarse, observando cómo sus brazos fuertes se movían con cuidado al deslizar la cuchilla por su piel. Luego metió la cara bajo el chorro caliente, y ambos se dieron un último enjuague antes de que Royce girara el mando hacia la derecha, cortando el agua. Cogió dos toallas, dándole una a ella.

La voz de Hans retumbó al otro lado de la puerta del baño.

—¿Estáis listos? Tengo hambre.

—Oh, Dios mío —susurró Kenzie—. Sabe que nosotros…

—Claro que lo sabe. Es un guardaespaldas. Su trabajo es cuidar nuestros cuerpos. Me temo que eso significa que sabrá más de lo que te gustaría —Royce se frotó la cara con aftershave y sonrió antes de darle una palmada en el trasero por encima de la toalla.

Ella chilló y le dio un puñetazo en el brazo.

Royce se llevó la mano al brazo, aún riéndose.

—Joder. ¿Quién te enseñó a pegar así?

—Mis hermanos. Tengo dos, ¿recuerdas?

—Cierto —siguió riéndose—. La próxima vez, te azotaré cuando estés atada. Así no podrás devolvérmela.

—Como si te fuera a dejar —le respondió con una sonrisa.

—Cariño, estoy empezando a descubrir qué es lo que te enciende por dentro de la mejor manera. Con el tiempo, tendré la oportunidad de hacerte todo tipo de cosas. Te prometo que me lo agradecerás mucho antes de que acabe —y sabía que tenía razón. Maldita sea si no le encantaba la idea de todas esas cosas que él iba a hacerle—. Date prisa, pequeña Mac. Vamos a ver a un viejo amigo mío.

CAPÍTULO 12



Vadym Andreikiv estaba sentado en su sillón de cuero dentro de su despacho, lanzando una mirada fulminante a Jov Tomenko.

—Dijiste que estaban en Moscú, pero les perdiste la pista en el aeropuerto.

Jov era un tipo corpulento, nacido en Siberia. Un hombre de pocas palabras, discreto como pocos, pero si no empezaba a hablar, Vadym pensaba sustituirlo… de forma permanente.

—Contrataron un servicio de coche privado. Nuestro equipo de hackers revisó todas las bases de datos importantes y los registros de taxis. Hoy en día es fácil rastrear los recibos electrónicos, pero no logramos dar con su ubicación exacta.

Vadym sacó un cortapuros del cajón de su escritorio y, sin apartar la vista de Jov, cortó la punta del cigarro con un chasquido amenazador.

—Piensa bien lo que vas a decir a continuación, Jov. No querrás disgustarme.

Jov tragó saliva con fuerza.

—Los encontraré. O…

—¿O?

—Bueno, podrías *atraerlo* hacia ti, ¿no? Hacer correr la voz de dónde estás. Así Devereaux vendrá a nosotros. Y yo me encargaré de él.

Jov entrelazó las manos con tanta fuerza que los nudillos le crujieron.

Vadym se quedó pensativo. Desde luego, era una opción. Hacer que Devereaux viniera hasta él… y entonces lo tendría bajo su control. Ese maldito americano tendría que hacer lo que se le ordenara. Normalmente habría sobornado a alguien como él, pero sabía de sobra que Royce Devereaux no aceptaba dinero, ni mentiría jamás sobre el origen de unos fósiles. Su reputación era intachable. Precisamente por eso era perfecto para los planes de Vadym.

—Haz correr la voz, como has dicho, de que esta noche estaré en el club. Que venga y conozca a mis amigos.

Jov sonrió con oscuridad.

—¿Y el doctor Abramov?

—Cabos sueltos —respondió Vadym con frialdad.

Jov asintió y salió del despacho. Vadym cogió su móvil y marcó un número.

—¿Sí? —contestó una voz ronca.

—Que el avión esté listo para volar a Kyakhta mañana. Vamos a tener invitados.

—Por supuesto.

Colgó y se giró en su silla para mirar el gran mapa de Rusia y Mongolia colgado en la pared. Haría que el doctor Devereaux lo acompañara a Ulán Bator, donde se encontraba su adquisición más reciente: un esqueleto completo de velociraptor, custodiado bajo estricta seguridad. Si lograba que Devereaux firmara los documentos asegurando que los fósiles procedían de las afueras de Kyakhta, una ciudad rusa junto a la frontera con Mongolia, entonces podría venderlos a un museo de historia natural americano o europeo por varios millones de dólares. Devereaux era uno de los mayores expertos en velocirraptores del mundo. Si cualquier otro museo reclamaba esos fósiles, sería él quien tuviera que verificarlos, lo cual significaba que Vadym necesitaba su firma y no la de ningún otro paleontólogo.

Vadym cogió una garra larga y curvada de velociraptor y la arrastró por su palma, dejando una marca roja. Durante muchos años no había sentido dolor, ni había entendido qué empujaba a los demás a sentir algo. Había ascendido a la cima del poder en Rusia a base de arañar y aplastar. Incluso los funcionarios del gobierno

pisaban con cuidado en su presencia. Todos sabían que había algo roto en él, algo que lo convertía en un ser peligroso. Alimentaría a los perros callejeros con su propia madre si eso le reportara alguna ventaja.

Devereaux ya le había hecho perder la venta de un nido completo de huevos de ovirraptor, que le habría proporcionado millones. Una razón más para obligar a Royce Devereaux a obedecer y traicionar sus principios. Vadym no podía permitir que alguien como él interfiriera en sus negocios. Los fósiles eran dinero, el dinero era poder, y el poder era control. Y Vadym solo vivía para eso: controlar su propio destino.

El tráfico humano era más complicado y sucio. Las drogas eran cosa de idiotas. El comercio de armas carecía de elegancia. En cambio, los fósiles eran una forma mucho más limpia de hacerse rico. Gobernaba el negocio del sexo porque le divertía ver cómo mujeres —e incluso algunos hombres— perdían el alma, morían por dentro y aun así seguían respirando como cáscaras vacías. Ese poder sobre las personas —los que vendía y los que acudían a él desesperados por comprar— todos estaban bajo su dominio. Pero el tráfico sexual necesitaba financiación, sobornos a funcionarios y a cuerpos de seguridad para mantenerlos callados. Era costoso, e Interpol llevaba un tiempo respirándole en la nuca, buscando cualquier excusa para arrestarlo. Hasta ahora, había sabido borrar bien sus huellas y destruir las pruebas cuando era necesario. Por eso tenía que asegurarse de que el negocio de los fósiles siguiera funcionando: para financiar su pequeño pasatiempo.

Una sed de violencia se apoderó de él. Se levantó y se acercó a una estantería repleta de primeras ediciones de literatura occidental de valor incalculable. Las había comprado solo por el placer de saber que podía destruirlas cuando quisiera. Tiró de uno de los libros, dejándolo a medio sacar. Se escuchó un clic suave y la estantería se separó de la pared. Vadym la apartó, dejando al descubierto una puerta con un candado. Sacó una llave del bolsillo y lo abrió. Al hacerlo, la luz de su despacho iluminó el espacio oscuro y angosto… y la figura patética, medio desnuda y encadenada al suelo, que yacía dentro.

—Buenas tardes, Elena —la figura sollozó al verle levantar un largo látigo negro de la pared y hacerlo crujir entre sus manos. Sus preciosos ojos verdes se abrieron como platos, llenos de terror. Y él lo sintió, ese leve estremecimiento en su pecho vacío. ¿Era alegría? ¿Placer? Era lo más cerca que podía estar de sentir algo.

Qué criatura tan dulce, Elena. Una estudiante americana que cursaba un semestre en Moscú y que cometió el error de ir al club con sus amigas. La había hecho secuestrar en los baños y llevarla a sus habitaciones privadas. Después de tomarla, se deleitó con sus gritos y lágrimas, y decidió quedársela hasta romperla por completo. Después, la echaría a sus hombres. Cuánto duraría, eso era impredecible. Sus hombres eran bestias, después de todo.

—¿Quieres jugar a un juego, Elena? —pronunció su nombre con suavidad, y ella se estremeció. Pero por un instante, vio un destello de fuego en sus ojos. Ese fuego era lo que tenía que destruir.

Enrolló el látigo en sus puños y se acercó a la cadena. Ella gritó. Vadym soltó una carcajada.

Sí, disfrutaría quebrando a esta pequeña perra. Y entonces, podría relajarse. Jov pondría en marcha la trampa para Devereaux, y todos los cabos sueltos quedarían atados. Todo estaba encajando. Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel mientras alzaba el látigo.



Royce se plantó frente al imponente edificio central de la Universidad Estatal de Moscú, situado en las Colinas de los Gorriones, al suroeste de la ciudad. Diseñado por Lev Vladimirovich Rudnev, era el más alto de las llamadas "Siete Hermanas" de Moscú, aquellos rascacielos levantados por la mano de obra de Stalin. Era una estructura a la vez sombría y majestuosa.

—Madre mía —Kenzie alzó la cabeza para mirar la aguja central, que se perdía en el cielo invernal, despejado y sin una sola nube.

—Uno de los edificios más altos del mundo, aparte de la Torre Sears, hasta 1990 —dijo Hans, que se unió a ellos. Royce y Kenzie se giraron al unísono para mirarle.

—¿Qué? —se encogió de hombros—. ¿Es que no cogisteis un folleto en el vestíbulo del hotel? —agitó un pequeño panfleto.

Royce soltó un suspiro y se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Le hacía falta otro café.

—Esto no es unas vacaciones, Hans.

—Tú lo llamas misión supersecreta para detener a un mafioso ruso, yo lo llamo vacaciones. To-ma-tu-to-ma-te —Kenzie soltó una risita al ver cómo Hans alzaba las cejas en tono burlón.

—Venga, vamos dentro. Tenemos que encontrar al doctor Abramov.

Royce tomó la delantera. Estaban cerca de las vacaciones de Navidad, igual que en Estados Unidos, y el edificio estaba prácticamente vacío. Consultó un listado de profesores y, gracias a su dominio del alfabeto cirílico, localizó el nombre de Lev con facilidad.

—Décima planta —dijo, señalando un par de puertas doradas de ascensor—. Vamos.

La décima planta albergaba los departamentos de antropología, geología, arqueología y paleontología. Casi todos los despachos estaban cerrados, y el pasillo apenas iluminado por la luz translúcida de las ventanas de los profesores.

La luz de Lev estaba encendida, y su puerta, sin cerrar. Royce no se molestó en llamar. Conocía a Lev desde que era un simple estudiante de posgrado. Habían trabajado juntos en excavaciones pioneras en China, Mongolia y las Badlands americanas. Lev era como un tío para él… si ese tío hubiese sido un anciano delgaducho amante del vodka.

—¿Lev? —al entrar en el despacho, notó cristales rotos bajo sus pies—. ¿Qué…?

Escuchó un leve jadeo. Kenzie se tapaba la boca con una mano y señalaba hacia el escritorio. Rodeó el escritorio y se quedó paralizado. Lev Abramov yacía en el suelo, los ojos abiertos, parpadeando con lentitud, un charco de sangre extendiéndose bajo

su espalda. Un cuchillo sobresalía del jersey gris que llevaba. Respiraba con dificultad.

—Mierda —gruñó Hans—. El cuchillo sigue clavado. Royce, hemos interrumpido al que lo ha hecho. Puede que aún esté aquí. Tú ocúpate de la herida, yo registraré el pasillo.

Salió disparado de la sala, pero Royce apenas lo escuchó. Solo podía ver la sangre… y a su amigo herido. El mundo dio un vuelco, y tuvo que sacudirse la niebla mental para recuperar el control.

—¡Dios mío! —Kenzie se acercó de inmediato y le cogió del brazo.

—Aléjate —le indicó, mientras se agachaba junto a Lev. Aquello pintaba mal. Muy mal—. Mierda… —el corazón se le encogió al ver la cantidad de sangre. Sabía que si extraía el cuchillo, la hemorragia sería aún peor. No era una herida que se pudiera tratar.

—Royce… —el anciano murmuró su nombre entre dientes. Sus ojos empezaban a apagarse.

—¿Qué puedo hacer? —Kenzie se arrodilló también, pálida como la cera.

—Nada, pequeña Mac. Está demasiado grave.

Lev alzó una mano y le cogió del brazo. Sus ojos cobraron intensidad, como si todo lo que le quedaba de vida estuviera consumiéndose deprisa.

—Royce…

—Lo siento, Lev —susurró Royce.

El anciano negó con la cabeza.

—El que lo siente… soy yo.

Miró a Royce y luego a Kenzie.

—¿Sentir qué?

—Te traicioné… a los hombres de Vadym. Necesitaban falsificar documentos de fósiles. Amenazaron a mi familia…

—¿Qué? —Royce lo miró, atónito.

—El nido de ovirraptores del año pasado… el que demostraste que era de Mongolia… era suyo. Se enfadó… y yo le dije dónde encontrarte.

El pesar en los ojos de Lev le hundió un peso de plomo en el estómago.

Así que por eso ese cabrón había conseguido dar con él. Había mantenido en secreto su dirección y todos sus datos a través de la universidad. Ni siquiera había fotos suyas públicas.

—Lo siento, viejo amigo —la mano de Lev perdió fuerza.

—¿Fueron ellos? ¿Los hombres de Vadym? —preguntó Royce con la voz quebrada, luchando por no aceptar lo evidente: su amigo y mentor se estaba muriendo, y no había forma de evitarlo.

—Sí… querían… silenciarme. Sabe que estás aquí —advirtió Lev, aunque Royce ya lo sabía.

La cuestión era si Vadym tenía alguna forma de seguirles el rastro o anticipar sus movimientos. Habían usado taxis independientes, pagado en efectivo, reservado habitaciones con identidades falsas… incluso Kenzie llevaba un pasaporte falso. El contacto de Hans en Long Island se lo había montado bien.

Royce miró al hombre que había sido como familia para él.

—Lev…

—Sé fuerte… cava hondo… —el viejo paleontólogo cerró los ojos y exhaló su último aliento.

—Cava hondo… —repitió Royce en voz baja, mientras le cogía la mano ya sin vida. Otra pérdida. Otra persona que se le escapaba. Bajó la cabeza y cerró los ojos, intentando contener el pánico.

—Royce —Kenzie le cogió del otro brazo y le obligó a incorporarse—. Royce, lo siento tanto…

Él asintió, con los labios apretados. El dolor era una bestia encerrada en su pecho, rugiendo, golpeando las paredes… pero la cerradura seguía resistiendo. Por ahora.

—Vienen los polis. Los he llamado, pero no podemos dejar que nos vean aquí —dijo Hans, mirando el cuerpo tras el escritorio.

—¿Qué historia contamos? —preguntó Royce.

—La historia es que nos vamos. *Ya*. Limpia todo lo que hayas tocado. Bajamos por las escaleras. No podemos exponernos, no podemos hablar con nadie. Si Vadym tiene tanto poder como dices, no duramos ni diez minutos en comisaría.

—Buen punto —respondió Royce—. Vámonos.

Hans esperó a que Royce y Kenzie salieran, luego usó un paño para limpiar los pomos de la puerta y echó a correr hasta alcanzarlos

en las escaleras.

—Royce, ¿qué quería decir con lo del nido de ovirraptores? —Kenzie mantenía el ritmo mientras bajaban.

—Hace un año me llamaron para evaluar el país de origen de un hallazgo raro: un nido fosilizado de huevos de ovirraptor. Lo habían recuperado tras una redada contra contrabandistas. Como había disputa por la propiedad, me llamaron a mí, que justo estaba en Mongolia por otra excavación. Los rusos aseguraban que el fósil era suyo, pero los mongoles tenían sus dudas. Y cuando hay disputas, acuden a alguien imparcial, como yo, para certificar el origen. Tomé muestras del suelo y realicé varios análisis. Concluí que provenía de Bayanzag, en Mongolia.

Kenzie frenó un poco en el descanso del séptimo piso.

—¿Bayanzag? ¿Los Acantilados Llameantes? ¿Donde Roy Chapman Andrews descubrió los primeros dinosaurios en el Gobi en los años 20? Está prohibido sacar fósiles de allí.

—Exacto. Por eso los rusos me necesitan. Si yo miento, tiene peso. Los mongoles no se atreverían a contradecirlo, y alguien como Vadym puede hacerse con los fósiles y venderlos como si fueran hallazgos rusos. Tiene poder suficiente como para saltarse cualquier trámite.

—¿Y entonces el nido de ovirraptores…?

—Era de Vadym. Pero como yo demostré que era mongol, el nido fue a parar a un museo protegido en Ulán Bator.

—Así que Vadym quiere vengarse, ¿no? —intervino Hans, alcanzándoles—. Es lo típico de los capos. Todos estos mafiosos tienen un ego del tamaño de Rusia, y tú le heriste el orgullo. Seguro que lleva un año deseando devolvértela.

—Tiene toda la pinta —dijo Royce. Había puesto una diana en su espalda y ni siquiera lo sabía. Ahora, Kenzie compartía esa diana. Y todo por su culpa.

Cuando llegaron al primer piso, Hans asomó la cabeza por la puerta del hueco de la escalera y echó un vistazo al pasillo.

—La policía está esperando el ascensor. Les he dicho en qué planta estaba Abramov. Si actuamos con naturalidad, puede que salgamos sin que nos hagan preguntas.

Levantó la mano, indicando a Royce y a Kenzie que esperaran. Luego echó a andar por el pasillo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Pasó junto al ascensor sin que los agentes se giraran siquiera. Así que les hizo un leve gesto con la cabeza.

—Vale, vamos. Sígueme el rollo.

Royce pasó un brazo por los hombros de Kenzie, atrayéndola hacia él mientras avanzaban por el pasillo. Los agentes echaron una mirada en su dirección, con esas gorras peludas que Royce siempre había pensado que eran un estereotipo, como lo de que los Mounties iban siempre de uniforme rojo.

Casi se echó a reír. Toda la situación era un desastre, pero logró mantener la compostura y se limitó a mirar de reojo a uno de los agentes al pasar. Este asintió a modo de saludo justo cuando las puertas del ascensor se cerraban. Royce suspiró con alivio al salir al aire helado del exterior, dejando atrás a la policía. Se reunieron con Hans, que caminaba ya unos metros más adelante por la acera. Les había dejado espacio para parecer menos sospechosos, pero cuanto más se alejaban del edificio, más les dejaba alcanzarle.

—Ha estado jodidamente cerca.

—No debería haberlos llamado —gruñó Hans—. Pensaba que el profesor quizá la libraría.

Royce negó con la cabeza.

—No, quien le atacó sabía exactamente dónde golpear, aunque interrumpiéramos el ataque. No había forma de detener la hemorragia.

—Eso no lo sabíamos entonces —dijo Kenzie.

Royce la estrechó aún más contra él. No pensaba soltarla ahora. Después de todo lo que habían vivido juntos, no quería que se alejara ni que le ocultara nada. Le habían disparado, la habían perseguido, y acababa de presenciar cómo un hombre se desangraba ante sus ojos. Esa no era precisamente la vida de película y tartas de manzana a la que ella estaba acostumbrada.

Y todo es culpa mía.

Ella lo miró, con esos ojos de cervatillo, marrones como el chocolate, llenos de horrores que una mujer como ella jamás debería haber presenciado.

—Vámonos, Hans. Tengo que comprar algunas cosas para esta noche.

—¿Cosas? —preguntó Kenzie.

—Si voy a ir al club, necesitaré algunos juguetes.

—Sigo yendo contigo, ¿verdad?

Se detuvo junto al lago grande que había cerca de los terrenos de la universidad.

—Ni de coña. Vas a quedarte en la habitación. No pienso dejar que te acerques ni a un kilómetro de Vadym.

Kenzie frunció los labios, y Royce vio cómo se encendía en ella ese espíritu rebelde que tanto adoraba. No era una mocosa caprichosa, ni discutía por el mero hecho de discutir, pero sí luchaba por lo que creía justo. Y a él le volvía loco saber que se avecinaba una discusión. No porque fuera a obligarla a ceder, sino porque le encantaba su valentía. La mayoría de los asistentes de cátedra no se enfrentaban a sus profesores por miedo a perder el puesto.

—He venido contigo, te he demostrado que sé seguir órdenes. Te he demostrado que confío en ti, y ahora tú tienes que confiar en mí. Sé que crees que estaré más segura en el hotel, pero te equivocas. Estoy más segura contigo y con Hans. Acepté venir sabiendo los riesgos. Esos tipos han intentado matarme. Quiero ver a Vadym cara a cara y…

—Kenzie, no lo entiendes. Te crees que somos Batman y Robin, pero no puedes venir como si esto fuera una aventura. Está claro que el peligro es aún mayor de lo que pensaba.

Royce deseaba abrazarla, atraerla hacia él, pero se obligó a mantener la distancia. No iba a hablar de asesinato a sangre fría mientras la tenía entre sus brazos.

—Esta noche, cuando vayamos al club, vamos a eliminarlo. Es… —le costó encontrar las palabras—. No va a ser bonito. No quiero que me veas hacer lo que tengo que hacer.

Kenzie cerró los ojos un segundo, bajando sus largas pestañas oscuras, y luego lo fulminó con la mirada. Había un frío nuevo en sus ojos, una determinación que él nunca le había visto antes.

—Dices que está metido en trata de personas. No es un asesinato acabar con un monstruo así. Lo eliminamos e intentamos

salvar a quien podamos. Tengo que ayudar. No me lo perdonaría si me quedara al margen.

Se subió el cuello del abrigo y no apartó la mirada.

Royce miró a Hans. El guardaespaldas observaba a Kenzie con aprobación, y se encogió de hombros al notar que Royce lo miraba.

—Tú decides —dijo Hans—. Pero tiene razón en algo: quizá esté más segura con nosotros que en el hotel. No tenemos ni idea de cuánto sabe Vadym sobre nosotros ahora mismo.

Royce se frotó la mandíbula, sorprendido por la firmeza en la mirada de su pequeña Mac.

—Vale. Pero no te separas de mí ni un minuto. Y si te decimos que salgas de allí, lo haces, aunque eso signifique dejarnos atrás. ¿Puedes prometerlo?

Vio un leve titubeo, pero al final, ella asintió.

—Bien.

Solo podía rezar para que no le pasara nada. No podía imaginar nada peor que perderla. Aquella estudiante de posgrado se le había colado en el corazón, un corazón que él había protegido como si fuera una fortaleza… y ahí estaba ella, incrustada en lo más hondo, haciéndole sentir vulnerable y expuesto.

CAPÍTULO 13



Kenzie contuvo la respiración mientras abrochaba el caro sujetador negro alrededor de su torso. El conjunto de lencería, que Royce le había dado ese mismo día, le quedaba ligeramente ajustado, haciéndola sentirse inquieta e incómoda, a pesar de lo suave y ligero que se sentía el tejido sobre la piel.

Mientras se lo ajustaba y se miraba en el espejo, sus pensamientos se alejaron del elástico que se le clavaba en el trasero para centrarse en lo que Royce querría hacerle cuando la viera con aquello puesto. Apretó los muslos y se puso encima un vestido dorado brillante, hasta la rodilla, que se ceñía a su figura, luego se calzó unos tacones negros y, por último, un abrigo negro con cuello de pelo.

Salió del baño sin que ninguno de los dos hombres se diera cuenta. Royce y Hans estaban concentrados hablando sobre la estrategia para esa noche. Royce vestía un traje negro con camisa azul grisácea y corbata gris acero. Su pelo oscuro, normalmente salvaje y ondulado, estaba más controlado de lo habitual. Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, escuchaba atentamente a Hans. Estaba intimidante, atractivo, y tan guapo que parecía irreal. Pero lo era. Y, aunque solo fuera por un tiempo, era suyo.

Hans también se había arreglado, aunque se le notaba mucho menos cómodo con el traje, por la forma en que se removía y se tiraba del cuello.

Kenzie dio un paso más al interior de la habitación y Royce se giró. Sus ojos se fijaron en ella y luego recorrieron su vestido de arriba abajo. Su cuerpo reaccionó como siempre lo hacía con él: una oleada de calor le recorrió el vientre y tuvo que contener un escalofrío de deseo.

—¿Entonces? ¿Estoy bien? —preguntó.

A ella le parecía que sí. El vestido dorado le marcaba las curvas, los tacones le alargaban las piernas y había conseguido que su cabello cogiera algo de onda. Incluso el maquillaje no le había quedado mal del todo.

—Estás… —empezó Royce, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Estás bien, niña.

Hans soltó una carcajada.

—Quiere decir que estás impresionante. Perdónale que se le trabe la lengua delante de una chica guapa.

Royce le lanzó una mirada asesina, y Kenzie no pudo evitar soltar una risita. Hans tenía su lado tierno, aunque solo lo mostraba cuando estaba con Royce. Probablemente ni él mismo se daba cuenta, pero Kenzie reconocía ese gesto de aprobación casi paternal. Con todo lo que sabía ya de él, no le sorprendía. La lealtad de la gente que rodeaba a Royce era inmensa, y, aun así, él parecía no darse cuenta la mitad del tiempo.

Está demasiado atrapado en el dolor del pasado como para ver lo que tiene ahora.

Kenzie no pudo evitar pensar en su propia familia. Sus padres eran tan normales, tan aburridos… pero en el mejor de los sentidos. Sus hermanos, Michael y John, eran abogados en Manhattan. Ella nunca había sentido miedo de verdad, ni dolor real, hasta que conoció a Royce. Pero a pesar del peligro, él la hacía sentirse viva, y tenía la sensación de que, incluso si solo era por un tiempo, estar con él la cambiaría para siempre. Y creía que ella también estaba cambiándolo a él.

Cerró los ojos, grabando en su memoria la imagen de él mirándola así. Estaba a un suspiro de enamorarse, tan cerca que una pluma podría haberla empujado al vacío. Se perdería para siempre en sus ojos marrones, en sus besos embriagadores y, sin

embargo… no estaría perdida en absoluto. Con él, sentía su propia fuerza, su esencia.

Ya no era solo la hermana pequeña de alguien, ni una estudiante con un futuro prometedor, ni un objeto sexual para satisfacer un deseo. Desde el primer momento, él la había animado a ser la mejor versión de sí misma. Estaba orgullosa de sus logros, de defender sus teorías e investigaciones, de marcar el rumbo de su propia carrera. Ese era el tipo de hombre del que cualquiera podría enamorarse.

—¿Lista para salir? —la voz grave de Royce la sacó de sus pensamientos.

—Tan lista como puedo estar —rió, intentando ignorar el cosquilleo nervioso en el estómago.

—Todo va a salir bien —le prometió él, apartándole un mechón de cabello de la cara.

—Claro —le sujetó la muñeca cuando él le acarició la mejilla, y se miraron fijamente.

—Vamos, chicos, es hora. Dejad ya de haceros ojitos. Ya habrá tiempo para eso cuando salgamos de Moscú con un mafioso menos —interrumpió Hans con tono seco.

Ese recordatorio los devolvió a la realidad. Se separaron, y Royce hizo un gesto para que siguiera a Hans por el pasillo.

—Vamos.

Un SUV negro les esperaba fuera. Kenzie se sentó al lado de Royce en el asiento trasero, mientras Hans se colocaba junto al conductor. El día había pasado tan rápido que le sorprendió ver que ya era de noche. Casi las diez. La hora en la que los bares y clubs comenzaban a llenarse por toda la ciudad. No reconoció la calle cuando el coche se detuvo. Una multitud esperaba en la puerta principal.

—¿Dimitri ha confirmado que podemos entrar? —preguntó Hans a Royce.

—Sí. Me acaba de escribir. Está dentro con tu chica, Hans. Ya ha dejado nuestros nombres en la lista. Vadym aún no ha llegado.

El guardaespaldas gruñó algo que sonó a: "No necesito una mujer". Kenzie se mordió el labio para no reír. Le costaba imaginarse al rudo guardaespaldas entregado al BDSM. Seguía siendo muy

atractivo, con toques plateados en su cabello oscuro y unos ojos serios color marrón, pero jamás había mostrado ni una pizca de falta de profesionalidad, salvo cuando bromeaba a costa de Royce.

Royce ayudó a Kenzie a bajar del coche y le pagó al conductor en efectivo. Ella no estaba acostumbrada a llevar tacones, y los que Royce le había dado la hacían sentir desequilibrada. Solo esperaba no tener que salir corriendo. Si todo salía bien, se encargarían de Vadym de forma discreta y se irían. Justo cuando estaban por subir los escalones del Black Diamond Bar, Royce tiró de ella y le deslizó algo en la mano.

—¿Qué…?

La besó con fuerza.

—Escóndelo bajo el vestido —gruñó contra su boca.

Kenzie le devolvió el beso y subió el objeto plano por su muslo, metiéndolo bajo la liga que sujetaba las medias. Era delgado, pero frío y pesado. Royce la soltó con una nalgada posesiva en el trasero y la condujo hacia la puerta, pasando por delante de la fila de hombres y mujeres elegantemente vestidos.

—Joder —murmuró Hans—. ¿Es que no hay otro sitio de moda?

—Parece que no —dijo Royce, colocándose frente al portero con una tablet en la mano.

—Robert Anderson y dos acompañantes —dijo con voz firme. Era un alias nuevo, creado solo para aquella noche. El hombre revisó la lista, dijo algo al grandullón que controlaba la entrada, y ambos se apartaron para dejarles pasar.

La música rock retumbaba con tanta fuerza que parecía hacer vibrar las paredes. El bajo parecía querer alterar el ritmo del corazón de Kenzie, que tuvo que concentrarse en respirar. Cuanto más avanzaba, más le costaba adaptarse a la oscuridad del local. Al cabo de un momento, distinguió algunas luces junto a la barra y zonas apenas iluminadas. El aire olía a sexo y sudor, pero, a diferencia del Gilded Cuff, aquí era un ambiente denso, sofocante.

Pasaron junto a una joven que estaba siendo azotada mientras la tenían atada en una cruz de San Andrés. Un escalofrío de pánico recorrió a Kenzie.

—¿Estás bien? —Royce le susurró al oído.

—Sí —le cogió la mano con fuerza, decidida a no soltarse mientras avanzaban por el club.

Aquello no se parecía en nada al club de Long Island, que había sido elegante, refinado, sensual. Aunque en el Cuff también había estaciones donde dominantes y sumisas llevaban a cabo escenas pactadas, allí todo era bello, respetuoso.

Esto no. Este lugar era otra cosa. Estaba claro que muchas de las sumisas no estaban allí por voluntad propia. Miradas suplicantes, rostros cubiertos de lágrimas, gritos y terror en cada rincón. Era un infierno. Y Kenzie jamás había visto nada igual.

—Royce… —susurró, apretándole aún más la mano, con el corazón desbocado.

—Lo sé, cariño. Lo sé —el brillo helado en los ojos de Royce decía que sentía lo mismo. Habían entrado en el mismísimo infierno de Dante. Eso no era BDSM. Los que practicaban ese estilo de vida sabían que todo debía ser seguro, sensato y, sobre todo, consensuado. Allí no había *nada* de eso.

—¿Anderson? —el hombre alto de cabello oscuro que se acercó a ellos era guapísimo y, por su acento, ruso. Llevaba el traje como Royce, como si fuera una segunda piel.

—Dimitri —le saludó Royce en voz baja, deteniéndose en una zona libre cerca de la barra.

—Tal y como prometí, una mujer para tu hombre —Dimitri señaló a la rubia despampanante que lo acompañaba. La mujer sonrió con cortesía a Hans. Llevaba un vestido negro ajustado y unos tacones de vértigo. Era mayor que Royce, pero más joven que Hans, quizá de unos cuarenta. Le guiñó un ojo al guardaespaldas. Hans se quedó pálido y asintió con rigidez.

Dimitri sonrió.

—Tatiana, acompaña esta noche al señor Brummer.

—Por supuesto —la belleza rusa cogió a Hans del brazo y lo apartó unos pasos, apoyando una mano en su pecho mientras le hablaba en voz baja.

—¿Tatiana? —Royce soltó una carcajada.

Dimitri sonrió y se inclinó para susurrarle al oído:

—Es de la Interpol. Se portará bien, lo prometo. Pero puede que consiga ruborizar un poco al Boy Scout.

—¿Solo un poco? —Royce rió con más fuerza.

—Y esta encantadora dama, ¿quién es? —preguntó Dimitri, posando los ojos en Kenzie.

—Annabelle Gordon —dijo Royce con una leve inclinación de cabeza—. Annabelle, él es Dimitri Razin.

Dimitri le tomó la mano y la besó. Kenzie se ruborizó. Él alzó la mirada hasta la suya.

—No tengas miedo, señorita Martin —le susurró al oído—. Te aseguro que estamos aquí para protegerte.

Así que sabía quién era de verdad. Kenzie asintió con discreción. No podía negar que Dimitri era increíblemente atractivo. Había en él una intensidad, una oscuridad en los ojos, que le robó el aliento. Durante un segundo, su mente se desconectó de la realidad y se imaginó a Dimitri besándola… mientras Royce la acariciaba. Dos hombres, dos deseos tan intensos como los suyos… La fantasía prohibida le provocó un escalofrío, y la apartó de inmediato.

—Gracias, señor Razin.

—¿Os apetece tomar algo?

—Dios, sí —soltó Kenzie sin pensar.

Dimitri sonrió y pidió dos copas de whisky y una botella de agua.

Kenzie frunció el ceño al recibir la botella.

—¿En serio? —murmuró. En ese momento necesitaba un trago de verdad.

Royce le pasó un brazo por la cintura.

—Tenemos que mantenerte a salvo y despejada, cariño. Nada de alcohol hasta que estemos lejos de aquí. En este tipo de sitios, cualquiera puede echarte algo en la bebida.

—Bien —Royce y Dimitri bebían y conversaban en voz baja, lo suficiente para que ni siquiera ella pudiera escucharles. Eso le dio tiempo a Kenzie para observar la sala. Localizó las salidas, la barra y las distintas "zonas de juego", pero cuanto más miraba, más nerviosa se sentía. Estaba claro que aquel club no tenía nada que ver con el placer mutuo, como el Gilded Cuff en Long Island. Allí, los únicos que parecían disfrutar de verdad eran los dominantes.

—¿Estás bien, pequeña Mac? —susurró Royce a su oído.

—Síp —respondió con un entusiasmo forzado que le valió un pellizco en el trasero. Dio un respingo—. ¡Eh!

Dimitri soltó una carcajada.

—Creo que tu sumisa necesita que le recuerden cuál es su lugar. Puede que aún falten unas horas para que tengamos que concentrarnos de verdad. ¿Qué te parece si la llevamos a una sala privada? —sugirió.

Kenzie miró al atractivo ruso con gesto incrédulo.

—¿La *llevamos*?

Royce ladeó la cabeza.

—Dime, pequeña Mac… ¿Qué opinas de Dimitri? —se acercó más —. ¿Qué te parece si él te besa mientras yo te exploro con la boca y las manos?

La imagen surgió en su mente como un fogonazo. Debería haberla hecho huir, pero su cuerpo se encendió como una supernova. Dos hombres a la vez. Era como si le hubieran leído la mente, como si hubiesen atrapado esa fantasía que había intentado enterrar momentos antes. No quería una relación a largo plazo con dos hombres. Pero por una noche… si los tres estaban de acuerdo…

Por favor, sí. La vocecilla racional en su cabeza fue rápidamente silenciada por su lado más salvaje, que gritaba que se quitara el abrigo y corriera a la cama más cercana.

Dios santo. Era una locura, pero la forma en la que Royce y Dimitri la miraban… Ellos la deseaban. Y eso solo intensificaba su propio deseo. Asintió levemente.

—Voy a buscar una habitación —anunció Dimitri, avanzando hacia una puerta con un letrero en ruso que Kenzie no logró descifrar. Tragó saliva, sintiendo cómo el rubor le subía por la piel. Sabía que en cualquier momento verían el sonrojo cubriéndole el cuerpo. Las rodillas le flaqueaban, y Royce sonrió al darse cuenta. Le levantó el rostro con una mano, obligándola a mirarle.

—¿Segura de que quieres a los dos, cielo? Las mismas reglas de siempre. Puedes negarte a cualquier cosa que no quieras hacer. *Rojo* para parar. *Amarillo* para frenar y hablar. Recuerda, tú tienes el control.

Kenzie asintió despacio.

—¿Y tú estás bien con que *esté* con los dos? ¿No va a apagarte?

Era algo que sus fantasías nunca abordaban: la realidad de que a la mayoría de la gente no le gustaban los tríos por culpa de los celos.

—Jamás te compartiría a largo plazo. Si fueras *mía*, de verdad *mía*, yo sería el único hombre en tu vida y en tu cama… salvo alguna noche ocasional en la que quisieras poner a prueba tus límites. No me atraen los hombres, así que, si te comparto, será siempre por ti. Y creo que los dos vamos a ayudarte a desconectar un poco… antes de que llegue Vadym.

—Sí, sin duda me distraería —dijo enseguida, apartándose para beber un largo trago de agua.

—Vamos —Royce la condujo más allá de Hans y Tatiana, que seguían enfrascados en su conversación. Hans no apartaba la mirada de la bella agente de Interpol disfrazada de sumisa. La mujer guiñó un ojo a Kenzie y acarició el collar plateado que llevaba al cuello al pasar junto a ellos.

—Vigila la puerta —ordenó Royce—. Si llega Vadym, llama tres veces.

Hans asintió con seriedad.

Kenzie fue conducida a una habitación al fondo del pasillo. Había una cama enorme, con mobiliario lujoso. Las ataduras y la pared cubierta de juguetes sexuales recordaban a la sala donde Royce la había llevado en el Gilded Cuff, aunque con un aire más oscuro y menos refinado. Dimitri ya estaba dentro, sin abrigo y con las mangas de la camisa remangadas. Caminaba frente al muro de juguetes, inspeccionando cada objeto. Kenzie se detuvo en seco al verle tomar un látigo de cuero.

—Dios mío… —murmuró. Aquella fantasía con dos hombres se estaba haciendo realidad más deprisa de lo que esperaba.

—Nada de látigos. Aún no —dijo Royce al cerrar la puerta con llave.

Cuando ella se quedó mirándole, tragando saliva, él soltó una carcajada.

—Es para mantener fuera a los malos, no para encerrarte a ti.

—Claro. Por supuesto —se quitó el abrigo, y Royce lo colgó con cuidado. Luego él se quitó el suyo y se remangó, igual que Dimitri. Ambos la observaban, sin apartar la mirada de cada movimiento.

—¿No tiene mucha formación esta chica, verdad? —preguntó Dimitri.

Royce negó con la cabeza.

—En realidad, ninguna. Así que ten paciencia con ella.

El ruso asintió, y una sonrisa suave y sensual se dibujó en sus labios.

—No vamos a morderte, pequeña. Ven aquí —Royce señaló un punto junto a la cama. Kenzie avanzó con el corazón latiéndole con fuerza y el cuerpo vibrando de expectación. Él la atrajo hacia sí y le dio un beso lento y ardiente que la hizo relajarse al instante. Ni siquiera se sobresaltó cuando notó otras manos—las de Dimitri—masajeándole los hombros, disipando la tensión acumulada ante lo que estaba por suceder esa noche.

Aquello iba a ser por y para su placer. Royce le permitía explorar una fantasía, y la idea de todo lo que podía ocurrir le mareaba. Gimió contra sus labios y apenas notó cuándo le bajaron la cremallera del vestido. Bajó los brazos para dejar que la prenda cayera al suelo, y se descalzó.

Jadeó cuando Royce la giró de repente. Dimitri le cogió el rostro entre las manos y descendió a besarla. Fue un beso abrasador, hábil, seductor. Entonces escuchó el susurro ronco de Royce en su oído.

—¿A qué sabe? ¿Puedes imaginarlo entre tus muslos? Lamiéndote hasta dejarte sin aliento… y yo bebiéndome cada uno de esos gemidos tuyos con la boca.

El cuerpo de Kenzie reaccionó al instante. No había otra palabra para describirlo. Un segundo antes aún mantenía el control, y al siguiente… fue como si una bomba de placer estallara en su interior. El vientre se le contrajo en un pequeño orgasmo que la sacudió por completo. Se aferró a Dimitri, temiendo caer. Su risa grave, rozándole la boca, solo la encendió aún más.

—Vamos a jugar con ella, Devereaux —gruñó Dimitri.

—Sí —jadeó ella, deseosa. Solo quería eso: que la tomaran, que la usaran, que jugaran con ella en la oscuridad prohibida de aquella

habitación. Mañana tal vez se sintiera avergonzada. Pero no esta noche. *Si es que todos salimos vivos de aquí*. El pensamiento fatalista solo avivó su deseo.

Dimitri la soltó, y Royce la alzó en brazos y la tumbó boca arriba. Le sujetó las muñecas con unos grilletes unidos a la cama por una cadena. Podía moverse un poco, pero no más de unos centímetros. Si rodaba boca abajo, las cadenas se tensarían en el centro y le inmovilizarían los brazos sobre la cabeza. Solo de pensarlo se sintió arder.

Royce y Dimitri se colocaron a los pies de la cama, susurrando. La miraron, sonriendo con ese gesto oscuro y hambriento.

Mierda.

—¿Recuerdas las palabras de seguridad? —preguntó Royce.

—*Amarillo* para frenar, *rojo* para parar —respondió ella.

—Bien. Pero lo vamos a complicar un poco —Royce alzó una pequeña campana. La agitó una vez, luego volvió a hacerlo cubriéndola con la mano. El primer sonido fue claro. El segundo, amortiguado.

—Con el puño cerrado, cualquier sonido amortiguado nos indicará que todo va bien. Si necesitas que paremos un poco, abre la mano un poco y agita la campana. Sonará más claro. Si necesitas que paremos del todo, lánzala al suelo. Tendrás oportunidad de hacerlo si te asustas. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿por qué no puedo usar las palabras?

—Porque él va a amordazarte, pequeña —Dimitri le tendió a Royce una tira de tela negra. Él se acercó y se la colocó con cuidado, anudándola por detrás de la cabeza. No era apretada, pero con la tela en la boca, no podía hablar.

—¿Estás bien, pequeña Mac? —le preguntó Royce, mirándole a los ojos en busca de miedo. No lo encontró. Ella solo estaba nerviosa, a punto de estallar. Asintió temblorosa—. Buena chica —murmuró él, acariciándole la mejilla antes de colocarle la campana en la palma izquierda. Ella la agitó a modo de prueba, suspirando aliviada cuando el timbre sonó alto y claro.

—Ya le ha cogido el tranquillo —dijo Royce, dándose la vuelta hacia la pared de juguetes. Dimitri se acercó a la cama, inclinándose

sobre ella para deslizar la yema del dedo por sus pechos, jugueteando con las copas de encaje negro del sujetador.

—¿Quién prueba primero? —preguntó Dimitri, rozando con el pulgar su pezón a través de la tela.

—Yo —respondió Royce, colocándose al pie de la cama, observándola con intensidad. Kenzie se removió, inquieta bajo aquella mirada hambrienta.

Dimitri se subió a la cama y le cogió el rostro con ambas manos, atrayendo su atención mientras le acariciaba el labio inferior con el dedo.

—Entonces yo me daré un festín con sus pechos.

Bajó la mano con más firmeza esta vez, lo justo para deslizar el sujetador y liberar sus pechos de su encaje. Kenzie dio un respingo al sentir su mano sobre el izquierdo.

—Tienes unos pechos preciosos… unos pezones tan rosados —gruñó el ruso, apretando suavemente. No le hizo daño; parecía saber exactamente cómo tocarla, cómo moldearla y amasarla para encender un calor lento en su vientre. Enroscó el dedo índice alrededor del pezón, que se endureció al instante, y lo pellizcó con suavidad, tirando un poco.

Kenzie arqueó la espalda cuando una oleada de placer le atravesó el cuerpo. Gritó, pero el sonido quedó ahogado, apagado por la tela que le presionaba la lengua. Echó la cabeza hacia atrás justo cuando la boca de Dimitri se cerraba sobre su pecho, succionando con fuerza el pezón. Su otra mano jugaba con el pecho opuesto.

Entonces notó cómo sus caderas se elevaban y le bajaban las braguitas. Intentó relajarse, sabiendo que era Royce, pero incluso cuando sintió sus hombros entre las rodillas, no pudo evitar tensarse. El soplo de su aliento, cálido, acariciando la parte más sensible de su cuerpo, la hizo estremecerse. No podía verle, no con Dimitri bloqueándole la vista y chupando su pecho con aquella intensidad.

Royce pasó la lengua por la cara interna de sus muslos, y ella se agitó con un pequeño gemido. Ambos se rieron con suavidad, pero ninguno se detuvo. Kenzie apretó el cascabel con fuerza, cuidando

de no hacerlo sonar por accidente. Sollozó cuando Royce se deslizó hasta su centro y comenzó a lamerla, lento, con profundidad, concentrándose en su clítoris hasta que lo atrapó con los labios. Dimitri cambió de pecho y siguió succionando el otro, mientras apretaba y pellizcaba el pezón que había dejado atrás.

El orgasmo que la sacudió fue tan intenso que sintió como si hubiese metido un tenedor en un enchufe. Todo su cuerpo se iluminó.

—Joder, nena —gruñó Royce—. No voy a aguantar mucho más.

Se incorporó y miró a Dimitri.

—Voy a tomarla por detrás. Tú quítale la mordaza y bésala mientras la follo.

Dimitri gruñó en señal de acuerdo, y de pronto Kenzie se encontró de rodillas, sujetada al cabecero. Dimitri se arrodilló a su lado y le bajó la mordaza, besándola de inmediato con fiereza. Kenzie gimió al sentir cómo Royce se introducía en ella por detrás, embistiéndola con fuerza. El ángulo al que la tomaba la llenaba por completo, haciéndola sentir cada centímetro. Apenas podía respirar. El placer era tan brutal que lo único que podía hacer era aferrarse aún más al cascabel.

—Así, nena… Enséñale cómo besas —ordenó Royce mientras se movía con intensidad dentro de ella.

Dimitri la besaba con hambre, sin freno, como si quisiera poseerle la boca entera. Una mano descendió entre sus muslos, buscando su clítoris. Lo acariciaba, lo frotaba, lo pellizcaba. Entre su boca, su mano y el vaivén del cuerpo de Royce detrás de ella, fue...

El segundo orgasmo la arrolló sin aviso, y cayó contra el cabecero. Dimitri la sujetó por la cintura para que no se desplomara del todo mientras Royce se corría dentro de ella. Sintió su liberación deslizándose por sus muslos.

Fue como si todos los deseos oscuros que había tenido alguna vez se manifestaran a la vez. Royce le dio una palmada firme en el trasero, y ella solo pudo gemir. Dimitri la besó durante un largo rato, ayudándola a volver a tierra. Cuando por fin se separó de ella, estaba claro que seguía excitado, pero no había intentado tocarla más.

—Kenzie, nena, ¿estás bien? —preguntó Royce.

—Ajá —respondió ella, aún aferrada al cascabel. No había necesitado soltarlo, ni agitarlo. Pero ahora se dio cuenta de lo egoísta que había sido. Ella y Royce habían alcanzado el clímax… pero Dimitri no.

—¿Debería…? —murmuró, mirando la erección marcada en sus pantalones.

Dimitri sonrió.

—Eres una sumisa muy considerada, pero no quiero interponerme entre vosotros. Si llegas a probarme… olvidarías a tu profesor —le dio un suave toque en la punta de la nariz y se levantó de la cama—. Volveré por vosotros cuando Vadym llegue.

Dimitri se puso la chaqueta y, con una sonrisa seductora, salió de la habitación. Royce cerró con llave tras él, negando con la cabeza.

—Maldito ruso engreído —murmuró mientras regresaba a la cama y le soltaba las muñecas.

—Royce…

—Estamos solos. El juego ha terminado, por ahora.

Le frotó las muñecas, masajeándolas. Ella estaba bien. El suave forro de piel de las esposas no le había hecho daño.

—Royce… —repitió, pero se detuvo al asimilar lo que acababan de hacer.

—¿Sí?

—Ha sido… Quiero decir…

No podía decirle que acababa de hacerle el mejor regalo posible al dejarla vivir una fantasía con dos hombres.

—¿Te ha gustado? —le preguntó mientras le quitaba la mordaza que colgaba floja de su garganta.

—Ha sido increíble. Es como si los dos supierais cuál es mi fantasía más oscura.

Bajó la vista y se dio cuenta de que seguía desnuda, con los pechos al aire, aún empujados hacia arriba por las copas del sujetador.

Royce también lo notó.

—Necesito saborearte, pequeña Mac. Una vez más.

Y ella no podía negarse. No cuando sabía que la llevaría aún más lejos en el placer. Se tumbó de espaldas y él se colocó sobre ella, deslizándose de nuevo dentro de su cuerpo caliente y húmedo. Enterró el rostro entre sus pechos, y cuando la besó, lo hizo con una ternura que la dejó sin aliento.

—Eres muy malo —susurró, clavando las uñas en sus hombros a través de la camisa mientras él le hacía el amor, despacio, con una cadencia que la deshacía por dentro.

—No tienes ni idea, nena. Ni idea.

Le mordisqueó el labio inferior y siguió embistiéndola suavemente, hasta que ambos alcanzaron juntos un clímax dulce y envolvente. Se quedaron tumbados, entrelazados, respirando al unísono.

—¿Alguna vez te preguntas si esto es un sueño? —preguntó Kenzie—. Como si te hubieras dormido, no hubieras escuchado el despertador… y estuvieras atrapado en este mundo en su lugar.

Se giró para mirarle, observando cómo la tenue luz de la habitación dilataba sus pupilas hasta dejarle los ojos completamente oscuros.

—¿Un sueño? Sí, a veces. Pero luego siento tu mano en la mía y se me olvida toda la mierda que hemos vivido —hizo una pausa, el rostro ensombrecido—. Y recuerdo que no podremos seguir así siempre. Tendremos que encontrar la manera de volver, cuando estemos en casa, o si no…

—O si no, los dos saldremos perjudicados —completó ella.

—Eso.

—Lo sé. Hemos trabajado demasiado como para que el sexo nos arruine la carrera. Incluso si es así de bueno…

Pero ni siquiera ella creía en sus propias palabras. Porque lo que sentía, al menos por su parte, era mucho más que buen sexo.

—Sobrevivamos esta noche, y después ya pensaremos qué hacer antes de volver a casa.

Se sentó, pasándose la mano por el cabello, y se abrochó los puños de la camisa mientras recogía su ropa. Entró en el baño y cerró la puerta.

Kenzie escuchó el agua correr. Se ajustó el sujetador y se puso las braguitas. Cuando él terminó, ella ya estaba vestida. Se intercambiaron en el baño. Ella se lavó y se miró al espejo.

La mujer que le devolvía la mirada no era la misma. Tan distinta. Los ojos oscuros, el pelo castaño ondulado, el vestido dorado, el maquillaje marcado... Acababa de acostarse con un hombre mientras besaba a otro, y había sido… *increíble*. La chica inocente de Rochester se había ido. Había crecido de formas que jamás imaginó. Tocó el espejo, viendo cómo sus dedos encontraban su reflejo.

—Vas a estar bien —se dijo a la imagen del espejo. Solo esperaba que fuera cierto. Esta noche iba a ser mucho más peligrosa de lo que era capaz de imaginar.

—¿Estás lista? —gritó Royce desde fuera—. Dimitri acaba de darnos la señal. Vadym ha llegado.

Kenzie alzó la barbilla y abrió la puerta para enfrentarse a Royce. Asintió. Su dulce y cariñoso profesor ya no estaba. En su lugar había un hombre de mirada oscura, dispuesto a matar por protegerla.

Y si todo salía bien, solo una vida se perdería esta noche… y muchas otras se salvarían.

CAPÍTULO 14



Royce sentía el peso del vial de ricina en el bolsillo del pantalón.

Parecía que le estuviera quemando a través de la tela. Muy pronto tendría que deslizarlo en una copa y ofrecérselo a Vadym. Jamás se habría imaginado siendo el tipo de hombre que quita una vida de esa forma. Siempre había querido ser un héroe, alguien que mata al malo en mitad de un tiroteo glorioso, no esto… este juego sucio de espías, esta maldita tormenta absurda en la que estaba atrapado. Pronto acabaría la pesadilla. Cogió a Kenzie de la mano al salir de la habitación y se obligó a enterrar muy dentro todo lo que acababan de compartir. No podía permitirse sentir. No ahora.

Habría preferido pegarle un tiro en plena pelea. Eso habría sido justo, sí, pero demasiado arriesgado. Podrían salir inocentes heridos. Tenían que ser fríos, calculadores, porque no solo estaba en juego su vida.

Aunque sentía cierto reparo por matar así a alguien, no le pasaba lo mismo con el objetivo. Aquel hombre no podía ser más despreciable. Destruía vidas humanas, robaba la historia de naciones enteras. No había ni un atisbo de bondad en él, y aun así, Royce dudaba. Le costaba asumir que iba a arrebatar una vida.

Yo no soy un asesino. Era cierto. Nunca había matado a sangre fría, solo en defensa propia. Pero esto… esto también era defensa propia, de algún modo. Estaba claro que el mafioso tenía cuentas pendientes con él, y no pararía hasta conseguir lo que quería. Y cuando ya no le sirviera, lo eliminaría.

Pasó un brazo por los hombros de Kenzie y la llevó hasta la barra. Dimitri y Hans ya estaban allí.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo? —susurró Hans a su lado.

—No lo sé —murmuró Royce—. Yo no soy de los que…

…asesinan a alguien.

Hans le sostuvo la mirada. Había un entendimiento silencioso entre los dos. Luego, Hans alargó la mano, y Royce, sin decir nada, le pasó el vial.

Joder, esperaba que funcionara. No sabrían si el plan había tenido éxito hasta pasadas entre treinta y seis y setenta y dos horas, el tiempo que tardaría el veneno en hacer efecto.

—¿Cuál es? —le preguntó a Dimitri.

—El del fondo. El que está sentado en esa silla dorada y negra que parece un maldito trono.

Por fin Royce vio al hombre que tanto daño le había causado. Vadym estaba en esa silla absurda, con una sonrisa helada mientras sujetaba con una cadena a una mujer arrodillada a su lado. Los ojos de ella estaban vidriosos de puro terror. No estaba allí por voluntad propia. Solo podía rezar por encontrar la forma de ayudarla. Si Vadym moría pronto, tal vez podrían liberarla. Pero el veneno tardaría unos días.

Royce interceptó a una camarera que llevaba unas bebidas que Vadym ya había pedido. Mientras la chica se distraía con él, Hans cambió el vaso de whisky de la bandeja por el que contenía la ricina. Después, la camarera siguió su camino hacia Vadym y sus hombres.

Todos contuvieron el aliento, atentos a lo que iba a pasar. Royce observó por el rabillo del ojo cómo la camarera se acercaba a Vadym. Él cogió el vaso, se inclinó mientras ella le decía algo al oído. Luego alzó la vista… y clavó la mirada en la chica que Royce había señalado antes. Levantó la copa, y todos los músculos de Royce se tensaron.

Lo estaba haciendo. Estaba asesinando a un hombre. Pero ese hombre era un monstruo.

Vadym bajó la copa sin probarla y giró la cabeza hacia Royce con una sonrisa. Alzó el vaso en un gesto de brindis y luego lo extendió

hacia la chica encadenada. Ella lo miró con ojos vacíos. Asustada. Perdida.

Un grito empezó a formarse en la garganta de Royce, pero no fue lo bastante rápido.

Vadym les había descubierto.

—¡No! —el grito de Kenzie atravesó la discoteca como una ráfaga de hielo, y la joven a la que Vadym acababa de obligar a coger el vaso lo soltó. El cristal cayó al suelo de piedra y se hizo añicos.

Royce se volvió hacia Hans buscando un plan B, pero todo sucedió demasiado deprisa. Hombres armados salieron de cada rincón apuntándolos. Solo pensaba en llegar hasta Kenzie. Tenía que protegerla.

Hans y los demás estaban justo fuera del círculo de matones. Tatiana se había aferrado al guardaespaldas, murmurándole algo al oído, pero él no parecía estar escuchando. Estaba a punto de lanzarse.

Royce negó con la cabeza, apenas un gesto.

No. No te expongas. Rezó para que Hans entendiera. Si se quedaba quieto, tal vez podrían hacer algo más tarde.

Vadym no se movió. Esperó pacientemente mientras sus hombres arrastraban a Royce hasta él. Forcejeó, pero sin poner todo su empeño. Lo empujaron hasta dejarlo de rodillas ante Vadym.

—Doctor Devereaux, gracias por el… trago. Pensé que tal vez no me sentaría bien, sabiendo que venía de usted.

Royce miró los cristales rotos y a la joven que casi había muerto por su culpa. Ella lo observaba con horror.

—¿Y bien, doctor? —se burló Vadym.

—Solo devolvía el favor —replicó Royce—. Un regalo del doctor Abramov.

Una esquina de los labios de Vadym se curvó.

—Ya veo —asintió con un leve gesto hacia los hombres detrás de Royce.

Uno de ellos le propinó una patada brutal en la espalda. Cayó al suelo, sobre sus manos y rodillas.

—¿Royce? —la voz de Kenzie lo sacudió. Alzó la vista y la vio. Uno de los matones la arrastraba hasta el centro de la escena

mientras le decía algo a Vadym en ruso.

—Doctor Devereaux, qué detalle traerme otro regalo. Mi perra actual empieza a aburrirme. Esta otra parece tener algo más de carácter —dijo Vadym, antes de golpear con fuerza a la mujer encadenada. Ella cayó al suelo, inmóvil, aunque Royce alcanzó a ver que aún respiraba.

—Ella no es para ti —gruñó Royce.

—No creo que tengas derecho a decidir qué pasa con ella.

—Creo que sí —espetó Royce—. Si quieres que te ayude a falsificar el país de origen de esos fósiles mongoles, la dejarás en paz y se vendrá conmigo. Si no, no colaboraré.

Vadym se encogió de hombros.

—Podría torturarla hasta que cambies de idea.

—Podrías —Royce se incorporó lentamente, clavando la mirada en aquel rostro podrido de poder—. Pero entonces no encontrarás a nadie con mi reputación que te dé lo que buscas. Si la tocas, no pienso mover un dedo por ti. Y no tendrás el placer de obligarme a mentir… al hombre que te robó el nido de ovirraptores el año pasado. Te costé quince millones, ¿verdad?

Soltó una risa forzada. Por dentro, sentía que se iba a romper.

Vadym bufó.

—Me costaste mucho más, cerdo americano.

Royce chasqueó la lengua.

—Vamos, Vadym. No te pongas en plan cliché de mafioso ruso, no delante de testigos.

Señaló a la multitud al otro lado de la sala. Hans, Dimitri y Tatiana seguían allí, aún no descubiertos.

—¿Testigos? Por favor. Yo controlo a la policía —se jactó Vadym.

—Pero veo al menos a una persona grabando con el móvil. Cuando esto lo vean en YouTube, estarás jodido —añadió Royce—. Te conviene mantenernos vivos y enteros.

Vadym guardó silencio durante un largo instante. Luego asintió a alguien detrás de Royce, y el dolor le explotó en la cabeza. Cayó al suelo, apenas a unos centímetros de la mujer golpeada, y perdió el conocimiento.



Hans apenas podía respirar. Unas manos se aferraban a sus brazos, inmovilizándolo mientras Royce y Kenzie eran arrastrados por la puerta trasera del club.

No puedo fallarle a ese chico. Le ardían los ojos y la visión se le nublaba por las lágrimas. *¿Estoy llorando, joder?*

—Brummer, todo irá bien. Iremos a por ellos —le aseguró Dimitri en un tono lo bastante bajo como para que solo Hans y Tatiana pudieran escucharlo. El local seguía lleno de hombres armados que observaban cada movimiento, atentos a cualquier indicio de que Royce y Kenzie tuvieran aliados.

—Tiene razón —añadió Tatiana, apoyándose en él junto a la barra—. Si intentaras luchar ahora, Vadym te mataría sin dudarlo. Por el momento, Devereaux está a salvo, y si es listo, sabrá cómo proteger a la chica.

Pero todo lo que Hans podía imaginar era a un niño pequeño, sentado en silencio junto a otro chico cubierto de moratones y cortes. Royce solo tenía ocho años cuando rescataron a Emery.

Hans no había podido sacarse aquella escena de la cabeza: Emery en una cama, con las rodillas recogidas contra el pecho, los ojos muy abiertos y la mirada perdida, y Royce sentado a su lado, sin decir una palabra, ofreciéndole lo único que tenía: su compañía. Después de aquello, Hans juró protegerlos a *todos* con su vida. A Emery, a Wes, y a Royce. Eran como hijos para él, y no permitiría que les pasara nada.

El miedo le oprimía el pecho hasta sentir que la sangre se le escapaba a borbotones. *He fallado*.

Royce estaba en manos de un monstruo sin alma, y Kenzie… Dios, la dulce Kenzie… estaba a merced de un traficante de personas brutal.

—*Hans* —la voz dura de Dimitri lo arrancó de golpe del torbellino en el que se estaba sumiendo—. Termina tu copa y nos vamos.

¿Llevas encima un localizador? ¿Uno de los Black Widows de Lockwood Industries?

Hans asintió y sacó del bolsillo interior de su abrigo un pequeño punto negro dentro de una bolsa transparente. Lo entregó a Tatiana, y acto seguido dirigió la mirada hacia un guardia armado que se acercaba a la puerta por la que habían arrastrado a Royce.

Tatiana sacó pecho y caminó hacia él con soltura, tropezando casualmente con el guardia. Hans la observó mientras ella se disculpaba mascullando en ruso, deslizaba la mano dentro del bolsillo del hombre y aparentaba toquetearle la entrepierna. El guardia bajó el arma, sonriendo al tiempo que le metía mano. Tatiana lo permitió unos segundos, luego retiró lentamente la mano del bolsillo y, con una risa fingida de borracha, se soltó de él y siguió andando como si nada. Volvió junto a Hans y Dimitri, se echó el cabello hacia atrás y sonrió.

—El rastreador ya está en su móvil.

HANS HABRÍA BESADO A AQUELLA BOMBA RUSA SIN PENSÁRSELO, PERO YA habría tiempo para celebraciones cuando tuvieran a Royce y a Kenzie a salvo. Sacó su móvil y marcó el número de Emery. Contestó al segundo tono.

—Hans, ¿qué tal por Rusia? —la voz alegre de Emery le devolvió un poco la esperanza. Al menos uno de sus chicos estaba a salvo. Eso calmó a la bestia furiosa que rugía dentro de él.

—Fría de cojones —bromeó Hans—. Necesito que localices el Black Widow que me llevé del almacén antes de salir.

—Claro, espera. ¿Cody? ¿Lo has escuchado?

La voz de Cody Larson sonó al fondo.

—Sí, ya estoy en ello.

—¿Y Royce? ¿Qué tal con su asistente? ¿Al final sí…? —Emery dejó la frase en el aire y soltó una carcajada.

—Royce está… —Hans no podía decirle que su amigo de la infancia estaba en manos de un puto mafioso ruso—. Bien. Está bien. Y sí, él y Kenzie están juntos. Ella le hace bien.

—Ya era hora de que se sentara la cabeza. Era el último, ya sabes. Siempre fue demasiado temerario.

—Sí… —Hans escaneó el club con la mirada y vio al guardia con el rastreador salir por la puerta trasera—. Temerario.

—Lo tengo. ¿A quién seguimos? —la voz de Cody sonó más clara al poner el altavoz.

—A un guardia que trabaja para Vadym. Cody, necesito que consigas toda la información que puedas, legal o no, sobre él. Lugares que frecuenta, comidas favoritas, amantes, direcciones de casas y negocios. Un dosier completo.

—Hecho. ¿Qué pasa? Estás tenso.

Hans cerró los ojos y se los frotó con el pulgar y el índice.

—Cometí un error. Vadym nos ha ganado la jugada. Tengo que solucionarlo.

—Hans —intervino Emery—. ¿Cuán grave es?

—Grave. Pero si me conectáis el rastreador al móvil y me dais esa información, lo arreglaré.

—¿Seguro? —preguntó Emery.

—Sí —hizo una promesa silenciosa: recuperaría a Royce y a Kenzie… o moriría en el intento.

—Ya tienes la señal del rastreador en la app. Te enviaré todo lo que encuentre sobre Vadym cuanto antes —aseguró Cody.

—Gracias, chaval —dijo Hans antes de colgar. Dimitri y Tatiana seguían mirándole mientras abría la aplicación de rastreo en el móvil. En la pantalla apareció el inquietante gráfico de una viuda negra arrastrándose, seguido de la petición de contraseña. Una vez dentro, vio el perfil con el nombre "Bastardo ruso". Sin duda, idea de Cody. Pulsó el perfil y se desplegó un mapa. Un punto rojo se alejaba poco a poco del club, recorriendo varias calles. Hans alzó el teléfono.

—Ya tenemos señal.

—Perfecto —dijo Dimitri—. Esperamos a que se detengan y entonces planeamos el rescate.

—Si tenemos suerte, podríamos pillarlo por tráfico de personas —los ojos de Tatiana brillaban—. Solo necesito pruebas de que está transportando a las víctimas.

—No te preocupes, tendrás tus pruebas —aseguró Hans. Pero él preferiría volarle los sesos a Vadym por llevarse a Royce y a Kenzie. Royce era demasiado blando al usar su ricina. Cabrones como Vadym merecían una bala, y Hans podía ser tan despiadado como hiciera falta cuando se trataba de acabar con monstruos. La cárcel no siempre era suficiente. Hombres como Vadym podían sobornar a quien hiciera falta o dirigir su imperio desde dentro y seguir arruinando vidas. La única forma de proteger a los inocentes de alguien como Vadym era eliminándolo.

Voy a por ti.

CAPÍTULO 15



Empujaron a Kenzie dentro de una furgoneta negra a la salida del club, con las manos atadas por delante. Dos de los hombres de Vadym lanzaron el cuerpo inconsciente de otra mujer junto a ella, y después se dirigieron a la parte delantera del vehículo y subieron. A través del parabrisas, Kenzie vio cómo arrastraban a Royce hacia un SUV negro estacionado justo delante.

Cuando lo dejaron inconsciente, a Kenzie casi se le paró el corazón. No dejaba de temblar, mareada de puro terror, pero logró mantener el control. Aquello era muchísimo peor que cuando Gary y Monte la atacaron en la oficina de Royce. Comparado con esto, aquello había sido un juego de niños.

Ahora estaba en manos de Vadym, y él había dejado claro que pensaba usarla para sacar lo que quería de Royce… y luego herirla, después de deshacerse de la otra pobre mujer.

Kenzie se arrastró hasta la chica y la giró con cuidado. Tenía el lado izquierdo de la cara aún enrojecido por el golpe de Vadym.

Le presionó dos dedos bajo la mandíbula hasta sentir el pulso, firme y constante. Kenzie suspiró, aliviada, y se echó hacia atrás, esperando. Escuchó el motor arrancar, sintió cómo se ponían en marcha y se incorporó ligeramente. Fue entonces cuando lo notó: algo le clavaba en la cadera, bajo el vestido.

Se le había olvidado por completo que Royce le había deslizado algo al entrar en el club. Se subió el vestido y sacó el objeto.

Era una navaja antigua, elegante. Las iniciales RD estaban grabadas junto al escudo de la familia Devereaux. Era la navaja que su padre le había regalado cuando cumplió dieciséis años. Siempre decía que nunca salía de casa sin ella.

Pero me la ha dado a mí. No te preocupes, Royce. Voy a salir de esta, te lo prometo.

Sintió cómo su determinación se convertía en acero, como si su alma misma se forjara y endureciera en una hoja afilada. En ese instante, supo que sería capaz de matar si eso significaba salvar a Royce. Solo necesitaba el momento adecuado.

La chica a su lado gimió. Sus párpados temblaron antes de abrirse.

—¿Q-qué ha pasado? —intentó incorporarse. Por suerte, no llevaba las manos atadas como Kenzie.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Kenzie.

—Yo… —la chica se estremeció—. No —se dejó caer contra el lateral de la furgoneta, con la mirada perdida en algún punto lejano —. Hace mucho que no estoy bien.

—¿Cómo te llamas? Yo soy MacKenzie Martin. Todos me llaman Kenzie.

La chica se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—Soy Elena Allen.

—Encantada, Elena. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Elena soltó una carcajada amarga y miró hacia la parte delantera, donde un panel de metacrilato las separaba de los conductores.

—No conoces a esta gente —dijo Elena con voz quebrada—. Me han torturado, violado y drogado durante dos meses. Quizá más. Ni siquiera sé en qué mes estamos. No creo que pueda soportarlo más. No… —las lágrimas le caían por las mejillas y Kenzie sintió una mezcla de horror y furia. Apretó los puños y le mostró con cuidado la navaja sujeta a su liga.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño amigo —dijo Kenzie, volviendo a ocultarlo bajo su vestido.

—¿Y crees que un cuchillo te servirá de algo? —Elena suspiró, agotada—. Esta gente tiene armas. Están entrenados. Están enfermos. ¿Crees que no he intentado escapar? Lo he hecho. Una vez incluso me hicieron creer que había conseguido salir del edificio, solo para descubrir que era uno de sus retorcidos juegos. Y cada vez que lo intentaba, el castigo era peor que el anterior.

Elena se removió, intentando bajarse el vestido negro que apenas le cubría las piernas. Kenzie no pasó por alto las cicatrices irregulares en sus muslos.

Dios mío… ¿Qué le ha hecho Vadym?

—Estabas sola, ¿verdad? —preguntó Kenzie.

Elena asintió con la cabeza.

—Sí.

—Bueno, ya no lo estás. No soy la única. Vadym cabreó a mi profesor, el doctor Devereaux.

—¿El tipo con el que hablaba Vadym?

Kenzie asintió.

—No creo que sea de mucha ayuda. Sin ánimo de ofender, pero no parecía estar precisamente en posición de hacer nada.

Kenzie empezó a sonreír.

—No conoces a Royce. Es… es un tipo duro. Imagínatelo como una especie de Indiana Jones. Tiene más recursos de los que parece. Y tenemos ayuda desde fuera. Todos quieren acabar con Vadym, y creo que lo conseguiremos. Seguro que nos están rastreando ahora mismo.

Kenzie rezó para que sus palabras también llenaran de esperanza el corazón de Elena. No estaban indefensas.

—¿De verdad crees que saldremos de esta? —preguntó Elena.

Kenzie se palmeó el sitio donde tenía escondida la navaja.

—Sí. Lo creo.

El trayecto en la furgoneta duró casi una hora hasta que se detuvo. Kenzie se incorporó y miró a través de la ventanilla de plexiglás. Estaban en un aeropuerto, probablemente privado, por el escaso número de aviones de aspecto caro y el nivel de seguridad sorprendentemente bajo.

—El jet privado de Vadym —explicó Elena—. He subido unas cuantas veces. Le gusta arrastrarme con él cuando viaja.

El SUV que iba delante se detuvo cerca de uno de los aviones. Kenzie vio cómo Royce era sacado a rastras del maletero. Forcejeaba. Logró liberar las manos y estrellar la cabeza de uno de los hombres contra la puerta. Cayó al suelo. Royce se giró hacia el otro, que no tardó en sacar un arma. Royce se quedó inmóvil.

Elena miró de Royce a Kenzie, y esta se encogió de hombros.

—Bueno, al menos es un cabrón menos del que preocuparnos.

—Eso —dijo Elena con una sonrisa tensa. Era realmente guapa, con su melena rubia y esos ojos verdes tan suaves. Pero lo que brillaba con más fuerza era la inteligencia y la fuerza que escondía tras esa fachada. Eso era lo que Vadym intentaba destruir.

Pero no volverá a tocarla. No si yo puedo evitarlo. Puede que Royce no crea que necesita una Robin a su Batman, pero pienso demostrarle que se equivoca.

Los dos hombres que iban en la parte delantera de la furgoneta bajaron, y Kenzie escuchó sus voces acercándose por detrás.

—Haz lo que te digan. Sin montar escándalo —dijo Elena—. Si luchas, te golpean. O algo peor. Hazme caso.

—Vale —Kenzie comprobó una vez más su cuchillo, asegurándose de que seguía bien oculto, y se preparó cuando la puerta se abrió y los dos matones les hicieron un gesto para que salieran.

—¡Fuera! ¡Vamos! —gruñó uno con un inglés rudimentario.

Kenzie se arrastró por el suelo de la furgoneta hasta que pudo ponerse en pie, y después bajó de un salto. Elena iba justo detrás, muy pegada a ella.

—¡Subid al avión! —ordenó el otro con un fuerte acento.

Elena se adelantó, alargando los brazos hacia atrás para coger las manos atadas de Kenzie. Ese simple gesto les dio a ambas algo de consuelo, y pareció insuflarle un poco de valor a Elena mientras subían las escaleras del jet.

Era el avión más lujoso que Kenzie había visto nunca: asientos de cuero crema, un dormitorio al fondo y un pequeño bar en el centro.

¿Así era como se pagaban los lujos con dinero del contrabando y la trata de personas? Kenzie tragó el nudo de náuseas que le subía

por la garganta.

Uno de los hombres las empujó hasta los asientos más cercanos, pero Royce no estaba por ninguna parte. Kenzie escuchó ruidos, golpes… y gemidos de dolor que venían de la parte trasera del avión.

—¡Royce! —Kenzie se levantó de un salto, pero uno de los hombres la abofeteó con fuerza, lanzándola de nuevo al asiento. Vio chispas cuando el dolor le estalló en la cara.

—¡Kenzie! —Elena la sostuvo por los hombros para estabilizarla.

Kenzie se tragó un grito.

—Estoy bien…

—¡Silencio! —espetó el ruso, y ambas se quedaron quietas. Él se alejó y fue hacia la parte trasera del avión. Abrió una puerta. Kenzie se inclinó para mirar por encima del respaldo. Royce estaba sostenido por dos hombres, y Vadym estaba frente a él, con unos nudillos de acero mientras le golpeaba una y otra vez, en las costillas y el abdomen, pero sin tocarle la cara.

—Royce… —susurró Kenzie.

Él mantenía la cabeza erguida. Sonreía, pero era la sonrisa de un chacal, torcida y cargada de dolor. No podría aguantar esa paliza mucho más. Kenzie se tensó, lista para lanzarse de su asiento.

—¡No! —le siseó Elena, tirando de ella hacia abajo—. No lo matarán. Si lo que has dicho es cierto, tú eres la prescindible. *Tú* tienes que mantenerte a salvo.

—Pero…

—Confía en mí. Llevo meses sufriendo bajo las manos de Vadym. Te matará sin pestañear si le resultas un estorbo. Pero si cree que Royce le sirve para algo, lo torturará, pero no lo matará.

Kenzie tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no gritar el nombre de Royce y correr a socorrerle. Habría luchado contra el mismísimo demonio por él, pero Elena tenía razón. Si lo intentaba, solo conseguiría que la mataran.

Tras un par de golpes más, Vadym se apartó y se quitó los nudillos ensangrentados, entregándoselos a uno de sus hombres. Después salió de la sala. Sonreía. Se limpió una gota de sangre de la barbilla antes de acercarse a las mujeres y sentarse frente a ellas.

—Es un vuelo largo. Diez horas hasta el aeropuerto privado en Kyakhta. Os sugiero que encontréis la manera de entretenerme.

Miraba fijamente a Kenzie. Si no encontraba la forma de distraerle, estaba jodida.

—¿Qué fósil estás intentando transportar desde Mongolia?

Los ojos de Vadym se entornaron.

—¿Qué sabes tú de fósiles?

—Mucho —contestó Kenzie. Notaba a Elena a su lado, completamente inmóvil, aterrada—. ¿De verdad creías que me acostaba con el doctor Devereaux? Es profesor de paleontología, y yo soy su asistente. En cinco meses, también seré profesora de paleontología.

Aquello pareció sorprender a Vadym.

—¿Tú? ¿Una doctora como él?

Miró hacia la sala donde Royce seguía en el suelo, con los dos hombres vigilándolo.

—Sí. Puedo ayudar al doctor Devereaux con las inspecciones de los fósiles. No se trata solo de firmar un papel de autenticidad. Hay que verificar el periodo al que pertenecen, entre otras cosas. Puedo ayudarle con eso.

Vadym se recostó en su asiento, con una sonrisa arrogante.

—Ocuparás el lugar de Elena cuando se vendan los fósiles. Te sacaré buen provecho a ti… en muchos sentidos.

Kenzie no mordió el anzuelo. Estaba claro que a Vadym le gustaban las mujeres que se rebelaban, y no pensaba darle ese gusto. No todavía. Solo si no le quedaba más remedio.

El teléfono de Vadym sonó. Se levantó con el ceño fruncido y se fue al fondo del avión, hablando en voz baja. Los motores empezaron a rugir, y Kenzie mantuvo la mirada fija en la puerta trasera.

—¿También eres paleontóloga? —preguntó Elena.

—Sí.

—Eso es bueno. Te mantendrá viva más tiempo. Tienes suerte.

Había tanta desesperación en su voz que Kenzie dejó de mirar al fondo del avión y le cogió las manos con fuerza.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo. Vamos a salir de esta.

Elena le sonrió con tristeza.

—No soy la primera chica que pasa por esto. Ha tenido, usado y desechado a decenas. Solo las conserva unas semanas. Hace mucho que dejé de creer que sobreviviría —se recostó en el asiento y cerró los ojos—. Deberías intentar dormir mientras está distraído.

Kenzie cerró los ojos, intentando obligarse a descansar. Al cabo de un rato, se despertó de golpe al notar movimiento cerca. Royce se deslizaba en el asiento frente a ella, con un brazo contra el pecho. Se quejaba al moverse.

—Hola, pequeña Mac —gruñó antes de desplomarse en su asiento.

Kenzie se inclinó hacia delante.

—Dios mío, ¿estás bien?

Miró alrededor del avión. Vadym seguía en el fondo, con su portátil abierto y el móvil pegado al oído.

—Me ha usado como saco de boxeo. Pero he pasado por cosas peores.

—¿Peores? ¿Qué puede ser peor?

—No es mi primer rodeo. Solo es mi primer ruso con nudillos de acero —intentó bromear, pero su risa dolía de escuchar.

—¿Has pasado por esto antes? —Kenzie no podía creerlo. Royce nunca había mencionado nada parecido.

—He visto y hecho muchas locuras en mi vida. Y estos no son los primeros contrabandistas de fósiles con los que me cruzo. Normalmente aparecen en los yacimientos y te encañonan. Luego te peleas un poco, los dejas fuera de combate y llamas a las autoridades.

—Estos no son precisamente inofensivos —murmuró Kenzie.

—Tienes razón —admitió Royce, ahora con más seriedad. Alargó la mano a través del pequeño espacio que los separaba y rozó las manos atadas de Kenzie—. ¿Estás bien? ¿No te han hecho daño?

—No —respondió ella.

Él alzó la mano hacia su barbilla y le giró la cara con suavidad para examinarla mejor.

—Tu rostro… está rojo.

—Uno de esos capullos me dio una bofetada, pero estoy bien. Te lo juro.

Royce frunció el ceño, y una sombra de rabia empezó a asomar en su mirada.

—Saldremos de esta, te lo prometo. Y ellos pagarán por haberte hecho daño.

Kenzie asintió. Sí, pagarían. Se había prometido a sí misma que no sería una víctima. Y eso incluía vengarse del idiota que la había golpeado.

—¿Crees que Hans podrá encontrarnos? —preguntó.

Royce asintió.

—Hay pocas cosas en este mundo en las que confíe, pero una de ellas es que Hans siempre cumple. Estoy seguro de que ya tiene un plan para encontrarnos.

Kenzie no podía ignorar el nudo en el estómago. Incluso si Hans lograba averiguar adónde iban, Vadym les llevaba diez horas de ventaja.

—Ven aquí. Necesito tenerte entre mis brazos —dijo Royce, haciendo un gesto con la cabeza hacia el asiento a su lado.

Kenzie dudó un momento, no porque no deseara sentir el calor de sus brazos, sino porque no quería que Elena se sintiera sola. Pero Royce captó enseguida sus dudas y miró hacia Elena, que dormía profundamente.

—Estará bien. También cuidaré de ella —dijo con suavidad.

Kenzie se deslizó al asiento de al lado y apoyó la cabeza en su hombro. Él hizo una mueca al rodearla con el brazo, y ella se acomodó con cuidado. Se preguntó cuánto dolor seguiría soportando.

—Duerme un poco, Little Mac —susurró Royce, besándola en la coronilla.

Por un instante, Kenzie fingió que todo estaba bien. Que no estaban atrapados. Que no estaban tan cerca de la muerte.

—¿A dónde crees que nos llevará después de Kyakhta? —preguntó, cerrando los ojos.

—Mi apuesta es que iremos en tren hasta Ulán Bator desde allí.

—¿La capital de Mongolia? ¿No el desierto de Gobi ni los Acantilados Llameantes?

El aroma de Royce la envolvía, haciéndola sentir segura. Si seguían hablando y no abría los ojos, tal vez pudiera seguir fingiendo que todo era una pesadilla de la que iba a despertar.

—Si me necesita, es porque ya ha escondido los fósiles en algún sitio. Apostaría a que tiene contactos en el museo de Ulán Bator. Probablemente estén allí guardados, y con el precio adecuado, pueden "desaparecer" sin problemas. La mayoría de los mongoles quieren preservar sus fósiles y mantenerlos en su país, pero siempre hay alguien dispuesto a dejarse comprar.

—¿Pero por qué fósiles? Tiene que haber formas más fáciles de hacer dinero… ilegalmente, digo.

—Es por orgullo. Si roba los fósiles de otro país y un museo occidental los compra sin saber que está apoyando sus operaciones ilegales, le encanta sentir ese poder, ese control. Tipos como él no buscan dinero, buscan ser intocables. Y cuanto más te incrustas en el mundo legítimo, más difícil es sacarte de ahí. Si lo derriban, arrastran a gente inocente con él. Aunque lo descubrieran, sería complicado que alguien quisiera enfrentarse a él en los tribunales. Pero la trata de personas… ese es su punto débil.

Kenzie bostezó y se acurrucó aún más contra su pecho. Por fin empezaba a relajarse, al menos lo suficiente para dormir. Pero no quería pensar más en trata de personas.

—Háblame de los Acantilados Llameantes —pidió en un susurro.

Royce rió, y ella notó su mejilla apoyada sobre su cabeza.

—Claro, cielo —respondió, cubriéndole las manos con la suya, mientras empezaba a hablar con una voz baja y envolvente—. Bayanzag significa "rico en arbustos", pero su apodo, los Acantilados Llameantes, se lo puso Roy Chapman Andrews durante su expedición en 1922. Imagina una tierra árida, llena de rocas, arena roja y matorrales —dijo Royce con un tono reverente—. No sabes lo que se siente. El vacío allí es lo más bello y pacífico que puedas imaginar. Cada preocupación, cada miedo, cada pensamiento que enturbia tu mente… desaparece. Solo queda ese vacío hermoso y abierto.

Kenzie casi podía verlo. Sentía el viento silbando sobre la arena, el cielo despejado y sin fin. Podía perderse en ese azul inmenso.

—Si… *cuando* salgamos de esto, te llevaré allí. Te enseñaré lo increíble que es.

—Me encantaría —suspiró ella.

Y al poco tiempo, el sueño la envolvió con dulzura. Su corazón rebosaba esperanza. *Él ve un futuro conmigo.* Un futuro que ella también deseaba, aunque le hubiese dado miedo siquiera imaginarlo. Verle herido, temer por sus vidas, lo había cambiado todo. Ahora lo sabía con certeza:

Quiero a Royce. Quiero más de lo que tuvimos. Quiero un futuro con él.

No sería fácil, pero si había voluntad, habría camino. Y no iba a dejarse vencer por el miedo. No otra vez. Y eso significaba que no iba a dejar que Vadym se saliera con la suya.

Kenzie abrió la palma para acunar la mano de Royce entre las suyas, y le dio un leve apretón.

—Aguanta, pequeña —susurró él.

—Lo haré, si tú también lo haces.

CAPÍTULO 16



Royce contemplaba por la ventanilla mientras el jet privado aterrizaba en la pista a las afueras de Kyakhta. Kenzie y Elena seguían cerca de él. Por alguna razón, Vadym los había dejado tranquilos después de haberle propinado una brutal paliza a Royce. Quizá se trataba de algún tipo de juego psicológico, una manera de obligarlo a reflexionar sobre todo lo que podía perder si no cooperaba.

Pero ahora que el avión había aterrizado, Vadym querría sus fósiles. Mentir usando su prestigio profesional iba en contra de todo lo que Royce creía, pero quería vivir. Más aún, quería proteger a Kenzie y a Elena. Y la mejor manera de hacerlo era seguirle la corriente a Vadym hasta que se presentase una oportunidad para contraatacar… o llegara la caballería.

Vadym se acercó a Royce con una sonrisa fría dibujada en los labios.

—Ahora, doctor Devereaux, por aquí —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta del avión.

Royce apretó la mandíbula, pero obedeció y bajó del avión tras él. Un camión con agentes rusos les aguardaba.

—¿Royce? —Kenzie se pegó aún más a él, inquieta al ver a los hombres de Vadym hablando con los guardias.

—Tranquila. Kyakhta no es una ciudad abierta a extranjeros. Supongo que Vadym sobornará a los oficiales para que nos dejen

pasar. En este caso, no nos conviene que las autoridades nos metan en custodia. Créeme.

Uno de los hombres de Vadym les hizo una señal, y Royce, Kenzie y Elena fueron conducidos hacia un par de SUV negras.

—¿A dónde vamos? —preguntó Royce.

El ruso subió al asiento delantero del coche y luego se giró para mirarle.

—Creo que ya lo sabe. Tomaremos el Ferrocarril Transiberiano hasta Ulán Bator. Los fósiles están guardados en la ciudad.

Royce se abrochó el cinturón.

—¿En el Museo Central de los Dinosaurios de Mongolia?

Los ojos de Vadym se entornaron.

—No sé a qué viene ese jueguecito, pero le sugiero que limite sus preguntas. Recuerde que solo le necesito para autentificar los objetos.

Elena permanecía en silencio a su izquierda, mirando por la ventanilla, aparentemente desconectada de todo. A su derecha, Kenzie no se movía, pero tenía los ojos clavados en Vadym. Un escalofrío recorrió a Royce.

A pesar de la advertencia, decidió seguir interpretando el papel de ingenuo.

—Pensé que quizá los habría guardado en otro sitio… un almacén o una caja de seguridad.

Vadym sonrió con suficiencia, como si hubiese sobrestimado la inteligencia de Royce.

—¿Qué lugar más seguro que un museo? Tengo un contacto allí que se asegurará de que el hallazgo se conserve en buen estado y esté listo para el transporte a Moscú.

Royce lo observó con atención, preguntándose hasta dónde podía estirar la cuerda. Aquel hombre lo había apaleado sin piedad en el avión, y sin embargo ahora parecía relajado. Probablemente porque todo le estaba saliendo según lo planeado.

—¿Hay alguna posibilidad de parar a comer en Kyakhta antes de subir al tren? Llevamos casi doce horas sin probar bocado.

—Doctor Devereaux, es usted mi invitado. Si continúa mostrando disposición a colaborar, no habrá necesidad de recurrir a métodos

tan… rudos. Haré que mis hombres paren en Letree Kafé, y podrá comer en el tren.

Royce se acomodó en el asiento. Era evidente que Vadym creía que él quería parar en un restaurante con la esperanza de encontrar una oportunidad para escapar. Kenzie se recostó contra él, y él mantuvo su atención en ella. Notó una calidez densa inundarle el pecho, y rodeó sus hombros con un brazo.

Cuando llegaron al tren, las cajas de comida para llevar con platos centroasiáticos que habían recogido entre el aeropuerto y la estación ya estaban vacías. Royce se sintió aliviado de haber comido algo, al menos para no estar debilitado por el hambre. Vadym no había permitido que Elena comiera nada, y cuando Kenzie intentó compartirle algo a escondidas, uno de los hombres la golpeó con fuerza en la sien.

—Ella no come si yo no lo autorizo. ¿Verdad, Elena? —preguntó Vadym, mirándola desde el asiento delantero.

—Sí —respondió ella con una voz quebrada y resignada que no hizo sino avivar la rabia de Royce, aunque supo disimularla. Tenía que mantener la fachada de cooperación hasta que llegara su momento.

Al llegar a la estación del ferrocarril, Royce inspeccionó con disimulo cada vía de escape. No vio ninguna viable. Tal vez para él, si tenía suerte y flexibilidad. ¿Pero y Kenzie? ¿Y Elena?

Uno de los matones rusos cogió a Elena por la nuca y la arrastró hacia los andenes.

—No podemos dejarla —susurró Kenzie mientras los seguían hacia el interior.

—Lo sé —contestó él con un suspiro.

—Tiene suerte, doctor Devereaux. He hecho que reserven para usted y la señorita Martin un camarote de lujo justo al lado del mío. Viajaréis con estilo y comodidad.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Royce mientras avanzaban hacia el tren que les esperaba.

—No hay trampa. Como dije, sois mis invitados. Pero los invitados deben comportarse. Y usted fue *muy* grosero conmigo en el club. Espero que haya aprendido la lección. A partir de ahora,

podemos empezar de nuevo. Coopere y todo irá bien: buena comida, viaje cómodo. Pero si no… Bueno… —Vadym no terminó la frase. Pero uno de sus hombres, que estaba justo detrás, se pasó un dedo por el cuello en un gesto elocuente. Varios más se rieron por lo bajo. Vadym les lanzó una mirada fulminante.

—Silencio —ordenó, y luego volvió a mirar a Royce—. La verdad es que puede que aún tenga uso para usted, incluso después de que esto acabe. Podríamos vivir más aventuras juntos. Imagino instalándole en Moscú, en un penthouse acorde a su estilo de vida. Incluso podríamos trasladar allí su trabajo. Tengo entendido que hay una vacante en la Universidad Estatal de Moscú.

Royce no dijo nada, pero por dentro hervía. No sabía qué sería peor: morir tras hacer lo que Vadym le pedía o pasar el resto de su vida bajo su yugo.

Subieron al elegante vagón azul del Golden Eagle, un tren turístico de lujo que recorría la ruta siberiana. El revisor del vagón les recibió con una sonrisa al coger los billetes de Vadym.

—A las suites Imperiales —dijo.

El revisor asintió y los guió por el pasillo. Se detuvo y señaló una puerta.

—Este es su camarote —le dijo a Royce—. El otro, más adelante, es el suyo.

Royce sintió el cañón de una pistola clavarse en la espalda baja mientras lo empujaban hacia su puerta. Una vez dentro junto a Kenzie, Vadym se quedó en el umbral, con una mano sujeta al brazo de Elena.

—Que pase una buena noche, doctor Devereaux. Mis hombres estarán afuera por si necesita algo —dijo, y cerró la puerta.

Royce miró la ventanilla del camarote y luego bajó la persiana, sin duda para fastidio del guardia que los vigilaba desde el otro lado.

Kenzie se sentó en la cama tamaño queen, aún en estado de shock. Él se acercó y se sentó a su lado. Ella se apoyó en él, y por fin pudo liberarla de la cuerda que le ataba las muñecas. Le frotó las marcas rojas con suavidad, masajeando con cuidado su piel irritada.

—¿Por qué no te das una ducha? Estos camarotes son de lo mejor… en eso Vadym no mentía —dijo él, intentando mantenerla

tranquila. El interior del compartimento estaba envuelto en un silencio extrañamente amortiguado, como si el mundo se hubiera detenido fuera de esas paredes.

—Royce, tengo miedo. Me cuesta respirar.

Él le levantó el mentón con los dedos. El miedo brillaba en sus ojos, puro y punzante.

Todo esto es culpa mía. Si ella no se hubiese quedado trabajando hasta tarde en mi despacho aquella noche, jamás se habría visto arrastrada a esta pesadilla.

—Mírame, pequeña Mac. Pon la mano sobre mi corazón.

Ella levantó una mano y lo tocó. Él sintió el calor de su palma a través de la camisa.

—Siente mi corazón. Concéntrate en el ritmo. ¿Lo notas? Ahora, respira conmigo.

Royce inspiró lentamente. Kenzie lo imitó, al principio temblando, pero poco a poco encontró su compás, y juntos respiraron al unísono, en un vaivén suave y constante.

—Así está bien.

Sus pestañas descendieron sobre las mejillas. Seguía demasiado pálida, pero su respiración ya era normal.

—¿Estás bien? —le preguntó, acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

—Sí, gracias. Pensé que iba a perder el control —se apartó un poco—. Creo que me vendrá bien esa ducha.

La vio cerrar la puerta del baño y se dejó caer boca arriba sobre la cama, contemplando el techo dorado del camarote.

Joder… ojalá Hans estuviera aquí con la caballería.



Kenzie se despojó de la ropa y entró en la ducha. El agua caliente mitigó en parte el frío que llevaba dentro, pero solo un poco. Se

sentía entumecida, como si su mente hubiera apagado todo. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir a aquello?

No podía quitarse de la cabeza el rostro de Elena, aquella expresión de tortura. Vadym acabaría matándola, y después Kenzie sería su próximo juguete. Sintió que la bilis le subía a la garganta. Se atragantó, se dobló sobre sí misma y escupió en la ducha, con el estómago encogido. Golpeó la pared con la palma abierta, intentando recuperar el aliento.

No estoy sola. Royce está aquí. Estamos en esto juntos. Cerró los ojos con fuerza al sentir el agua caliente caer sobre sus muñecas en carne viva. Era una tontería fijarse en algo tan pequeño, cuando había sufrido cosas peores hacía apenas unas horas, pero… Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y la visión se le nubló.

No soy débil. No lo soy.

Y, sin embargo, no podía dejar de llorar. Cerró el grifo y salió de la ducha, notando cómo las piernas le temblaban. Sobre el lavabo encontró un albornoz grueso y caro, y se lo puso. Luego se inclinó hacia el espejo, limpiando con la mano el vaho del cristal. Unos ojos vacíos le devolvieron la mirada, y un leve moratón afeaba su mejilla, justo donde uno de los hombres de Vadym la había golpeado.

Las lágrimas le caían por la cara, dejando surcos brillantes bajo la luz fluorescente.

Voy a salir de esta. Lo haré. Soy lista, tengo la cabeza fría y sé mantener la calma en una crisis, ¿no? Eso es lo que Royce necesita. Que yo sea su equilibrio.

Se ciñó el cinturón del albornoz con fuerza y salió al camarote. Encontró a Royce tumbado de espaldas en la cama, con una mano apoyada en el estómago, marcando un pequeño ritmo con los dedos. Verle así, aparentemente tranquilo, le ayudó a calmarse. Cuando la puerta del baño se cerró tras ella, Royce alzó la cabeza, se incorporó de golpe y abrió los brazos al ver su expresión.

—Pequeña Mac —dijo en voz baja. Kenzie se lanzó a sus brazos, rompiendo a llorar de nuevo.

Los sollozos la sacudían sin control, pero Royce la sostuvo durante todo el tiempo, absorbiendo cada temblor, cada estremecimiento. Su corazón se aquietó poco a poco, aunque seguía

temblando. Aquel hombre, ese hombre hermoso, era la respuesta a preguntas que ni siquiera sabía que tenía. Ya no podía huir de la verdad, no ahora, no cuando el mundo se desmoronaba a su alrededor. Alzó la cabeza, mirándole a los ojos, sus cuerpos entrelazados en un abrazo cálido.

—Royce, te… te amo —las palabras se escaparon de sus labios sin poder evitarlo. No había vuelta atrás. Le recordó algo que solía decir su madre sobre los sueños: *una vez les das voz, ya están ahí fuera, vivos.*

Nunca había querido soñar con el amor, no así. No con algo tan arrollador, tan inmenso, que le daba miedo hasta respirar. Pero estaba ahí. *Vivo*. Podía sentirlo dentro de ella, como una flecha atravesándole el corazón.

—No tienes que decir nada. Solo necesitaba que lo supieras —añadió, bajando la mirada. Royce le dedicó una sonrisa arrogante, de esas que conseguían hacerle olvidar por un segundo todo lo horrible que les rodeaba. Por un momento, era como si estuviesen bromeando otra vez en la universidad.

—Lo sé. Soy irresistible —anunció con tal seguridad que Kenzie no pudo evitar soltar una risita.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—Pero adorable, claramente.

Le empujó, y Royce cayó de espaldas en la cama, arrastrándola con él. Le rodeó la cintura con un brazo y le besó la frente.

—¿Te he contado alguna vez cómo aprendí a forzar cerraduras? Hans y yo nos colamos en casa de Wes…

Kenzie se acomodó mejor entre sus brazos, y durante un instante, sus miedos desaparecieron. No era Robin frente a su Batman, ni Watson junto a su Holmes. Solo era Kenzie. Pero por fin veía lo que siempre había debido ver. Royce nunca había necesitado una ayudante siguiéndole los pasos. Necesitaba una compañera. Había mil razones por las que amaba a aquel hombre, pero en ese momento, esa era la más importante. Enfrentarían los peligros juntos, codo con codo.

CAPÍTULO 17

La ciudad de Ulán Bator no se parecía en nada a lo que Kenzie había imaginado. Cuando Hans y Royce hablaban de montañas, desiertos solitarios y yurtas, se referían al campo mongol. Pero cuando el tren Transiberiano entró en la ciudad, las colinas del valle y los pinos nevados quedaron atrás. Los jinetes que habían cabalgado junto a las vías, evocando a los antiguos pastores nómadas, se desvanecieron conforme el paisaje urbano se adueñaba del horizonte.

Era una mezcla curiosa de templos antiguos, bloques de apartamentos soviéticos en ruinas, nuevas torres de cristal y suburbios improvisados con yurtas y casas de ladrillo. Una maraña de cables, cemento y tubos metálicos chocaban unos con otros. Pero lo que dejó a Kenzie boquiabierta fue la energía y calidez de la gente, en contraste absoluto con el caos de la ciudad.

—Bienvenida a UB —dijo Royce—. El nombre de la ciudad significa Héroe Rojo. —Tosió—. Aunque, siendo sinceros, en invierno deberían llamarla Héroe Negro —señaló las nubes oscuras que flotaban sobre la ciudad como un presagio funesto.

—¿Y eso qué es? —preguntó Kenzie.

—Humo tóxico. Solo pasa en invierno, cuando las familias del distrito de yurtas queman carbón para combatir el frío extremo. Quedará flotando sobre la ciudad hasta marzo.

Ahora que lo decía, Kenzie notaba en la boca el sabor áspero del carbón, un regusto amargo que se le quedaba pegado a la lengua y

en la nariz.

—Joder.

Uno de los hombres de Vadym abrió la puerta de golpe.

—Fuera. ¡Por aquí!

—Ya vamos —replicó Royce, y cogió la mano de Kenzie mientras seguían a los hombres fuera del tren. En el exterior ya les esperaban varios coches.

—¿Cómo demonios puede Vadym tener coches listos para nosotros en todas partes? —murmuró Kenzie.

—Debe de tener una factura de Uber de infarto.

Kenzie estuvo a punto de reír, pero el nudo en su estómago regresó con fuerza. Los vehículos cruzaron la ciudad hasta detenerse en el aparcamiento de un edificio enorme de tonos grises y rojos, adornado con detalles dorados. Sobre la entrada, tapando el letrero de "Museo Lenin", su antiguo nombre, colgaba un cartel que decía "Museo Central de Dinosaurios de Mongolia", en inglés. De entre los ladrillos sobresalía una gigantesca cabeza de tiranosaurio, como si un dinosaurio hubiese cobrado vida y estuviera escapando del museo.

—Me habría encantado ver esto de niño —dijo Royce, riendo mientras pasaban por debajo del dinosaurio y entraban al museo.

—Por aquí, doctor Devereaux —indicó Vadym, casi alegre, mientras los guiaba hacia unas puertas traseras alejadas del área de visitantes.

Está contento porque cree que ha ganado, pensó Kenzie. *Cree que esto le ha salido bien. Bien. Que lo crea.*

Un hombre se apresuró a recibirlos en cuanto atravesaron el laboratorio, más allá de las oficinas.

—¡Señor Andreikiv! —su acento era claramente mongol, pero su entusiasmo al ver a Vadym dejaba claro que se trataba del contacto interior, el que ayudaría a robarle a aquel país su patrimonio.

—Doctor Devereaux, le presento al señor Atlan Dorjsuren —Atlan le tendió la mano.

Royce se la estrechó, aunque sin mucho entusiasmo.

—Síganme —dijo Atlan—. En nombre del museo, quiero expresar nuestras más sinceras disculpas por la adquisición accidental de lo

que legítimamente pertenece a su país. Parece que el yacimiento estaba en la frontera rusa, y el espécimen fue extraído y transportado aquí por un error en los dispositivos GPS. El ejemplar ya está preparado para su envío. Solo necesitamos que rellene y firme algunos documentos.

Kenzie caminaba junto a Royce mientras lo seguían a un gran almacén. Allí, una caja de casi dos metros estaba cuidadosamente empaquetada con huesos protegidos entre paja. Cada uno tenía una etiqueta con un diagrama que indicaba su lugar en el esqueleto reconstruido.

—¡Es un velocirraptor! —exclamó Kenzie al acercarse a la caja.

—Sí —respondió Vadym desde detrás de ella, haciéndola saltar—. El más completo que se haya visto jamás. Valdrá millones, en cuanto los museos empiecen a pujar por él —colocó una mano en su cintura. Kenzie se tensó y se deslizó lentamente fuera de su alcance, acercándose a Royce. Su piel seguía helada allí donde aquel hombre la había tocado.

—¿Doctor Devereaux? —intervino Atlan—. Los papeles están en mi despacho. Por aquí.

Royce estiró la mano hacia la de Kenzie, pero Vadym la sujetó y la separó de él de un tirón.

—Firme los papeles, doctor Devereaux. Cuando vuelva, podrá tenerla.

—Ni de coña —gruñó Royce, apretando con más fuerza la mano de Kenzie. Vadym sonrió con sorna. Los hombres a su lado se apartaron los abrigos, dejando ver sus armas. No podía permitir que Royce se hiciera el héroe y acabara herido. Sin un plan, aquello solo era una bravata inútil.

—Vete. Estoy bien —Kenzie se apoyó en él, apretándole el brazo para tranquilizarle. Estaría bien. O eso intentaba hacerle creer. Notaba la mirada de Vadym clavada en ella, y le ponía la piel de gallina.

—Podrías serme muy útil —dijo por fin. Ella no respondió—. ¿No te interesa escuchar mi propuesta?

—Depende —respondió al cabo de un momento. No podía seguir huyendo de él, y necesitaba ganar tiempo—. Cualquier cosa que

ofrezcas debe incluir la seguridad de Royce y la mía.

—Si vuelves conmigo a Moscú por voluntad propia, me ayudas a encontrar fósiles y calientas *mi cama*, entonces no mataré a Devereaux.

Kenzie se quedó paralizada. Cada músculo de su cuerpo se tensó.

—¿Estás planeando matar a Royce? ¿Y todo eso que dijiste de llevarlo a Moscú? Pensé que lo necesitabas.

—Útil, sí. ¿Necesario? No —Vadym soltó una risa suave, y el sonido le revolvió el estómago—. Esto siempre ha sido una cuestión de control.

Se tomó su tiempo antes de continuar, deleitándose con el creciente temor que veía en ella.

—Tu amante me desafió. Me robó un premio valiosísimo en la subasta. No podía permitirlo. Tenía que hacerlo doblegarse.

Soltó su brazo y cerró el puño, como si imaginara a Royce siendo aplastado en su palma.

—Pero ahora que te tengo a ti, ya no me sirve. Debería recordarte que vendrás de todas formas. Pero si lo haces por voluntad propia… podrás salvarle la vida.

—¿Y qué hay de Elena?

El ceño de Vadym se frunció.

—¿Quién?

—Elena. La chica.

Vadym actuó como si se hubiera olvidado por completo de su existencia.

—¿Y qué pasa con ella? No la necesito.

—¿La dejarías vivir?

Entonces la comprensión apareció en su rostro.

—Ah… Ya veo. Si te importa tanto, te dejaré elegir quién vive.

—*Ambos.*

Vadym soltó una carcajada.

—No estás en posición de negociar. Pero tienes fuego dentro. Eso me gusta. Te concederé esto antes de quitarte todo lo demás. Ambos… *si* aceptas venir conmigo.

Un pacto con el diablo. Pero ¿qué otra opción tenía? Royce encontraría la forma de rescatarla. Tenía que creerlo.

—Está bien. Iré contigo por voluntad propia —dijo en voz baja, apartando la mirada.

La sonrisa de Vadym le heló la sangre. Le sujetó la barbilla, clavándole los dedos en la piel, obligándola a mirarlo… y entonces la besó, aplastando su boca contra la suya. Ella le empujó con fuerza justo cuando escuchó el grito de Royce.

—¡Apártate de ella, Vadym! He firmado tus malditos papeles.

Vadym la soltó, y ella dio un paso atrás. Él se echó a reír y se giró hacia Royce.

—Acaba de aceptar volver conmigo a Moscú y servirme. En todos los sentidos.

Royce palideció al mirarlos.

—Kenzie, ¿de qué está hablando?

—Dice que… que os perdonará la vida a ti y a Elena si lo hago. Por favor, Royce, no le desafíes —le suplicó con la mirada, rogando que pudiera leer entre líneas. *Solo será un tiempo. Hasta que puedas salvarme.*

—¡Hijo de puta!

Royce se movió tan rápido que nadie pudo reaccionar. Le metió un puñetazo a Vadym que lo tiró al suelo.

—¡Kenzie, corre! —gritó mientras se abalanzaba sobre él.

Kenzie se giró, pero se chocó de bruces contra el cuerpo de Jov Tomenko. No sabía ni que estaba allí. La mano del hombre se cerró como una garra en su brazo, apretando con tanta fuerza que gritó de dolor. Los otros guardias agarraron a Royce y lo arrastraron.

—Llevadlos al coche.

—¿Puedo matarlos? —Jov apretó más fuerte. Kenzie sintió como si los músculos se desgarrasen bajo su piel. Gritó ahogada por el dolor.

—No aquí, imbécil. Más tarde puedes hacer lo que te dé la gana.

Jov le dedicó una sonrisa oscura.

—A Elena ya la rompió antes de que yo pudiera tomar el relevo. Pero tú… tú aún tienes fuego. Va a ser un placer quebrarte.

Vadym escupió sangre al levantarse del suelo. Rechazó la ayuda de Atlan con un gesto.

—Asegúrate de que los fósiles se envían esta noche.

—Por supuesto —Atlan salió corriendo hacia su despacho.

Royce estaba retenido por dos hombres. Tenía sangre en la boca, de un golpe que le había propinado uno de ellos. Jov arrastró a Kenzie hacia la salida, junto a Royce. Cuando llegaron al coche, Elena ya estaba dentro.

—¿Estás bien? —susurró Elena, una vez los empujaron a sus asientos.

Kenzie asintió.

—¡Silencio! —gruñó Jov, encendiendo el motor del SUV.

Kenzie cogió la mano de Royce, apretándola con fuerza. Fuera lo que fuera lo que viniese… al menos ahora estaban juntos.

Circulaban por una calle llamada Peace Avenue. Jov frenó, contemplando los semáforos. Tenía que girar a la izquierda; el rojo les impedía seguir recto. Kenzie miró las pantallas digitales sobre el cruce, sin ver realmente nada, intentando no pensar en lo que les esperaba. Entonces las imágenes empezaron a parpadear, desapareciendo y reapareciendo como si hubiera cortes de energía. Qué raro.

Royce se inclinó hacia delante y, al mover los labios, ella pudo escuchar su susurro débil:

—Preparado… accidente… Cody… preparado… accidente…

—¿Accidente? —susurró ella de vuelta.

El coche se lanzó al cruce y medio segundo después, Royce empujó a Kenzie y a Elena contra el respaldo de sus asientos, por si los cinturones fallaban.

Un camión embistió el vehículo por el lateral, lanzándolo por los aires.

A Kenzie se le cortó la respiración. No podía gritar, ni moverse, ni…

El todoterreno dio vueltas. Ella, Royce y Elena rebotaron como muñecos. El metal chillaba, el cristal estalló en mil pedazos, y el claxon retumbaba como una sirena en su cabeza.

—Kenzie… —gruñó Royce, intentando incorporarse. Elena gimió, intentando también levantarse.

—Royce… ¿qué ha pasado? —sentía que gritaba, pero el zumbido en sus oídos la mareaba.

—Código Morse. Cody ha debido piratear las pantallas.

Miró hacia el asiento del conductor. Jov no se movía. El otro guardia, en el asiento de copiloto, sangraba por la frente y parecía desorientado.

—Tenemos que salir de aquí. Ya —Royce abrió su puerta y prácticamente cayó a la calle. Kenzie lo siguió, ayudando a Elena a salir.

Allí fuera todo era caos. Coches chocados por todas partes. Humo salía del camión que los había embestido.

—Dios mío —susurró Elena—. ¿Dónde está Vadym?

Kenzie y Royce lo buscaron entre el alboroto. Su coche estaba atrapado entre otros dos, con las luces de freno encendidas. Intentaba zafarse a trompicones.

Kenzie tiró de la mano de Royce.

—Tenemos que irnos. Jov vendrá a por nosotros.

—¡Aún no! —él miraba las pantallas digitales, siguiendo el parpadeo como si señalaran una dirección—. ¡La embajada! ¡La embajada! —gritó, triunfante—. ¡Vamos! ¡Por aquí!

Los tres echaron a correr entre los restos del accidente, en dirección a la embajada estadounidense que se alzaba a lo lejos.

Detrás de ellos estallaron disparos. Royce se detuvo en seco y los empujó tras un coche, cubriéndolos. A lo lejos, Kenzie vio la bandera americana ondeando y a los marines en la puerta, atentos al tiroteo.

—¡No lo lograremos! —gimió Elena—. ¡Está demasiado lejos!

—*Sí* que lo lograremos. Kenzie, ¿aún tienes el cuchillo que te di?

Ella se lo entregó y él miró alrededor.

—Es Jov. Voy a atraerlo hacia mí. Vosotras dos id hacia la embajada, arrastrándoos entre los coches. Cuando salgáis a campo abierto, corred como el demonio. Gritad que sois americanas. Los marines os dejarán entrar.

Kenzie lo sujetó por el hombro, obligándole a mirarla.

—¿Y tú qué?

—Confía en mí. Tengo nueve vidas, chiquilla. Estaré bien —le acarició la mejilla—. Te amo, pequeña Mac. Esto no es un suicidio. Quiero vivir cada maldito minuto de esta vida complicada contigo. Así que sobreviviré. Te lo prometo.

La besó. Fue rápido, intenso… y demasiado breve.

—¡Ahora, corred! —susurró, antes de alejarse a gatas. Luego se levantó—. ¡Jov, cabrón! ¡Estoy aquí!

Royce echó a correr en dirección contraria a la embajada. Jov levantó su AK y disparó, pero solo alcanzó coches.

—¡Kenzie, tenemos que irnos! —gritó Elena, tirando de ella.

Se arrastraron entre los coches todo lo rápido que pudieron. Royce seguía desviando el fuego hacia él, pero eso no calmaba el miedo que le atenazaba la garganta.

Cuando por fin salieron al descubierto, corrieron sin mirar atrás.

Todo pareció ralentizarse: el viento azotándole el rostro, su respiración entrecortada, las piernas temblorosas... y los marines observándolas, tensos.

—¡Somos americanas! ¡Ayuda! —gritó Kenzie, lanzándose contra la verja.

Los marines las alcanzaron enseguida, abriendo la puerta y arrastrándolas a salvo.

—¿Qué está pasando, señorita? ¿Quién está disparando ahí fuera? —preguntó un marine, alzando su rifle.

—Son rusos. Nos están atacando. Uno de los nuestros sigue ahí fuera. Lleva pantalones negros y una camisa blanca. Se llama doctor Royce Devereaux.

—¿Ha dicho Devereaux?

—Sí.

Uno de los guardias habló por radio.

—Devereaux está aquí, fuera de las puertas. ¿Permiso para intervenir si llegan hasta la entrada?

—¡Permiso concedido! —respondieron al instante por la radio.

Los marines más cercanos a Kenzie y Elena alzaron sus armas y salieron por la verja abierta para proteger el acceso a la embajada.

—¡Entrad, señoritas! —gritó uno de los últimos guardias antes de desaparecer tras las puertas. Varios soldados armados corrieron hacia ellas, escoltándolas hacia el interior, hacia la seguridad de la embajada.

Kenzie no soltó a Elena, sosteniéndola para que no se desplomara mientras llegaban a las puertas. Un grupo de médicos

salió a su encuentro. Kenzie se apartó justo cuando se llevaron a Elena dentro. Se giró de inmediato, buscando con la mirada entre el caos de la calle. Varios marines volvían a abrir las puertas y se colocaban justo al otro lado, esperando. Un nudo se le formó en el estómago. No podían salvarlo, no a menos que él llegara más cerca. No podían arriesgarse a provocar un incidente internacional.

Royce apareció entre los coches abandonados, corriendo… pero cojeaba. La sangre le bajaba por un costado, pero no se detenía. Jov iba detrás, tambaleándose, aún con el rifle en la mano. Tropezó mientras cambiaba el cargador, luego levantó el arma y apuntó.

—No… No… ¡No, no! —Kenzie echó a correr hacia las puertas, aunque sabía que no podía hacer nada.

—¡Arma abajo! ¡Ahora! —gritaron los marines. Jov los ignoró y apuntó al centro de la espalda de Royce. Solo unos seis metros separaban a Royce del suelo americano. Los soldados no podían disparar a menos que Jov les apuntara a ellos, pero con Royce corriendo directo hacia ellos, si Jov disparaba, tendría que hacerlo en su dirección.

—¡Royce, al suelo! —gritó Kenzie.

Royce se lanzó sin dudar, deslizándose por el césped como un jugador de béisbol tirándose al home justo cuando Jov disparó. Los marines respondieron de inmediato con una descarga atronadora.

Jov tropezó y se le cayó el rifle al suelo. Su cuerpo se desplomó hacia atrás. Kenzie corrió hasta Royce y se tiró junto a él en la hierba, cubriéndolo con el cuerpo, abrazándolo con fuerza.

—¡Tenemos que meterlo! —gritó un marine, y en un instante ambos fueron levantados y llevados al interior a toda prisa.

La embajada era un hervidero: gente corriendo, hablando por teléfono, discutiendo qué hacer. Un nuevo equipo médico se hizo cargo cuando los llevaron a una enfermería en la segunda planta. Kenzie temblaba tanto que apenas podía sostener el vaso de agua de papel que alguien le había dado.

—¡Lo siento tanto! —gimió, juntando las manos, incapaz de contener las lágrimas. Royce yacía boca arriba a su lado, respirando con dificultad, y se estremeció cuando le levantaron la camisa. La

herida de cuchillo era profunda, y el torrente de sangre hizo que Kenzie se sintiera mareada.

—Acuéstate, cariño, no tienes buenas cara —le dijo una doctora, presionándole el hombro con suavidad para que se recostara. Kenzie prácticamente se desplomó, y justo entonces sintió un pinchazo en el brazo.

—¡Ay! ¿Qué ha sido eso?

—Solo un sedante, cielo. Estás en estado de shock. Cierra los ojos y descansa.

¿Un sedante? Todo empezó a volverse extraño, borroso. Los párpados le pesaban como plomo.

Royce… Se sumió en la oscuridad.

CAPÍTULO 18



Royce despertó poco a poco, consciente de que estaba en algún tipo de hospital. Probablemente seguía en la embajada en Mongolia, a juzgar por el canal de noticias que parpadeaba en la esquina de la televisión. Todo le dolía. Tenía tubos en la nariz y una vía colgando de un soporte a su lado. La mano derecha estaba vendada, sujetando la aguja de suero en su lugar.

—Joder… —gruñó, dejando caer la cabeza sobre la almohada. Entonces vio una figura sentada en una silla junto a la cama. *Kenzie*. Dormía hecha un ovillo, con la cabeza apoyada en un brazo y una chaqueta cubriéndola. Una chaqueta de hombre.

No es mi chaqueta.

—Gracias a Dios —dijo una voz grave desde la puerta.

Hans Brummer estaba allí, con un vaso de café en la mano y una expresión de alivio en los ojos castaños.

—¿Te he sacado unas cuantas canas nuevas? —la voz de Royce era apenas un susurro ronco.

Hans se pasó la mano por el pelo.

—Más de unas cuantas. A este ritmo, me convierto en George Clooney en un mes.

—¿Cómo nos encontraste?

Hans arrastró una silla sin despertar a Kenzie. Se sentó al revés, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Tatiana le puso un localizador a uno de los hombres de Vadym. En cuanto supimos que habíais subido al Transiberiano, llamamos a

Cody y descubrió que vuestro destino era Ulán Bator. Dimitri y yo llegamos diez minutos antes que vosotros. No podíamos hacer nada en el museo, pero cuando salisteis, Cody nos avisó de que ibais hacia la embajada. Sabíamos que teníais que llegar. Yo no me lo creía, pero joder, lo conseguisteis —rió y dio un buen trago a su café —. Código Morse en las vallas publicitarias. Ese crío es un maldito genio.

—¿Y el atasco?

—Puso todos los semáforos en verde. Arriesgado, pero efectivo. Os dio tiempo para escapar. No sabíamos si os liberaríais si el conductor no se estrellaba, pero por suerte, lo hizo.

Hans miró a Kenzie, que seguía dormida. Royce también lo hizo.

—Yo… —la voz de Royce se quebró un poco—. Sinceramente, no pensé que fuéramos a lograrlo. Por primera vez, en toda la locura en la que me he metido…

—Y eso es mucha locura —puntualizó Hans.

—Sí, pero nunca había… Nunca había tenido que preocuparme por…

Hans asintió.

—Tenías algo que perder.

—Sí. *Todo* que perder. Ella lo es todo para mí.

En otro momento, aquellas palabras habrían sido una condena, una razón más para salir huyendo. Pero ahora comprendía lo que sus amigos llevaban diciéndole meses. El amor de una buena mujer era lo que realmente necesitaba un hombre para vivir. Y de alguna manera, por un capricho del destino, la había encontrado sin siquiera buscarla.

—¿Eso quiere decir que por fin vas a sentar cabeza? —preguntó Hans, dando otro sorbo al café.

—Supongo que depende de cómo definas "sentar cabeza" —sonrió y guiñó un ojo—. Estoy enamorado, no muerto. No dejaré de viajar, enseñar o participar en excavaciones. Pero mis días de imprudencias han terminado. Estar con Kenzie es la única adrenalina que necesito.

—Gracias a Dios —murmuró Hans—. Ahora quizá por fin pueda jubilarme. Todos mis chicos han crecido, con sus vidas… Los niños

vendrán después.

En los ojos de Hans había alivio, pero también un deje de melancolía.

—Pero no te irás de Long Island, ¿verdad? —la idea de que el hombre que había sido como un padre para él se marchara le dejaba un vacío que no quería ni contemplar.

—¿No quieres que me vaya? —preguntó Hans, esbozando una sonrisa.

—Claro que no —respondió Royce—. Tal vez ha llegado tu turno de sentar cabeza. Podrías traer a esa sexy agente rusa de la Interpol a hacernos una visita.

Hans se sonrojó hasta las orejas. Miró a cualquier parte menos a Royce, que le guiñó un ojo.

—Tal vez lo haga —murmuró por fin—. Por cierto, ¿cómo demonios te apuñalaron? Los marines dijeron que el ruso que te perseguía llevaba un fusil AK.

Royce hizo una mueca.

—Me lancé sobre él cuando estaba sacando armas del maletero. Tenía un cuchillo preparado y me alcanzó, pero yo también le metí unos cuantos puñetazos. No sabía que estaba llevando los puños a una pelea con cuchillos. Cuando vi todo su arsenal, salí por patas, y ahí fue cuando empezó a disparar.

—Santo cielo —gimió Hans—. No intentes abalanzarte sobre un ruso, chaval. ¿No te enseñé nada? La próxima vez, corre como alma que lleva el diablo.

—Esperemos que no haya próxima vez.

—Coincido —murmuró Hans, con un ceño tan desaprobador que Royce estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Por qué no descansas? Las heridas de cuchillo son una pesadilla para curar. Ella te necesita descansado —dijo, señalando a Kenzie.

—Buen punto. ¿Han atrapado a Vadym?

Hans negó con la cabeza.

—No, pero Cody tiene algunas ideas para localizarlo. Dimitri está deseando encargarse del asunto en Rusia. Creo que Vadym le ha cabreado tanto que está dispuesto a enfrentarse a él abiertamente,

y te aseguro que no es ni la mitad de amable que nosotros. Prometió avisarnos en cuanto Vadym… deje de ser un problema.

—¿Y Elena?

Los ojos de Hans se oscurecieron como si se le formaran nubes de tormenta por dentro.

—Físicamente está bien, un poco magullada. Pero emocionalmente… No volverá a ser la misma. Estuve presente cuando dio su declaración a los oficiales de la embajada. Ese cabrón la tuvo atrapada durante meses. Golpes, hambre, violaciones… Solo tiene veinte años, por el amor de Dios. Es una cría.

—¿Qué va a pasar con ella?

Royce se removió en la cama, soltando un quejido cuando sintió cómo tiraban los puntos en su costado, seguramente por la herida de cuchillo que le había hecho Jov.

—Va a volver a Moscú para recoger sus cosas. La universidad donde estudiaba las había guardado en un almacén. Luego, creo que volverá a casa. Dimitri ha dicho que se encargará de su seguridad mientras esté allí. No la ha dejado sola ni un segundo desde que llegaron a la embajada.

Royce soltó un suspiro. Esperaba que Dimitri pudiera encargarse de Vadym. Si lo conseguía, le debía su mejor botella de whisky.

—Descansa un poco. Aquí estáis seguros —le aseguró Hans—. Te lo juro, ni yo podría colarme en esta embajada.

—Gracias —murmuró Royce, dejándose caer de nuevo sobre la almohada y cerrando los ojos.

Debieron de pasar horas hasta que volvió a abrirlos, porque Kenzie estaba despierta, observándole. Tenía un libro sobre el regazo, una novela romántica con una pareja abrazada en la portada. Se sonrojó y escondió el libro en el lateral de la silla.

—Hans lo encontró en la biblioteca de la embajada. Debió verme perder la cabeza… necesitaba distraerme. ¿Cómo te encuentras? —se acercó un poco más con la silla y le envolvió suavemente el brazo con los dedos.

—Como si me hubiera atropellado un camión y me hubiera apuñalado un ruso enfadado —giró la mano, moviendo los dedos para invitarla a entrelazarlos. Kenzie sonrió y le ofreció la suya. Ese

gesto sencillo encendió una calidez que se le metió hasta los huesos. ¿Cómo no lo había visto antes? La había amado desde que habló con ella por teléfono, incluso antes de verla en persona. Solo que hasta ahora no lo había comprendido.

—¿Aún me amas? —preguntó. Lo hizo en tono de broma, pero en el fondo temía que ella pensara que era demasiado peligroso, demasiado roto como para quedarse.

Ella se mordió el labio, los ojos brillantes mientras acercaba los dedos índice y pulgar como si midiera algo diminuto.

—Creo que hoy te amo un poco más que ayer. Y teniendo en cuenta lo mucho que te amaba ayer… no sé si mi corazón puede amarte más de lo que ya lo hace —le apretó la mano.

—Menos mal —dijo él—. Vamos a necesitar todo ese amor para enfrentarnos a lo que venga cuando volvamos.

—Lo sé —suspiró ella—. ¿Qué vamos a hacer?

Él intentó incorporarse, pero soltó un gemido y volvió a dejarse caer, mirando a Kenzie.

—Vas a tener que pedir un cambio de director de tesis. La gente hablará, y puede ponerse feo.

—Después de todo lo que hemos vivido, los cotilleos son lo de menos. Antes me aterraban, pero ahora… —no terminó la frase, pero Royce sabía que necesitaba apartar esos pensamientos oscuros.

—Aun así, tendremos que mantener un perfil bajo. Nadie puede sospechar que estamos juntos. Quizá podrías pedir que te asignen a Lionel Bigby.

—¡Ni hablar! ¡Ese hombre es un fósil!

—Exacto. Así no te enamorarás de él cuando te haga trabajar hasta tarde.

—¿Estás siendo posesivo?

—*Mucho.*

—No voy a perder todo mi trabajo por Bigby.

—Vale. Pero entonces tendremos que esperar a que termines el doctorado. Ni miradas en el pasillo, ni noches largas trabajando juntos, ni citas públicas. Solo encuentros secretos y clandestinos —le guiñó un ojo con una sonrisa traviesa.

Kenzie soltó una risita.

—Prometo que me portaré bien —le dedicó una sonrisa sexy que le hizo dudar de su capacidad para mantener las manos quietas. Tendría que hacerlo… al menos en público. En privado, sin embargo… Oh, en privado, no pensaba contenerse ni un poco con su pequeña Mac.

—Cuando termines el doctorado, te mudas conmigo.

—¿Mudarme contigo? —el tono con el que lo dijo le endureció el cuerpo al instante.

—Sí. Resulta que sí soy de los que se casan. Y tú eres la indicada para mí.

A Kenzie se le llenaron los ojos de lágrimas. Royce le acarició la mejilla con el dorso de la mano mientras esas primeras gotas caían.

—Lo harás como debe ser, ¿no? De rodillas, anillo en mano, llamada a mi padre… —murmuró ella.

—Haré lo que quieras, siempre que sepas que tú eres mía y yo soy tuyo.

La sonrisa de Kenzie le hizo sentir que estaba al borde de los Acantilados Llameantes, el sol calentándole la cara y el viento silbando entre las rocas. Supo, con una certeza ancestral, que estaban hechos el uno para el otro. Como el mar y la orilla. El sol y la tierra. Lo que sentía iba más allá del alma, más allá del corazón.

—¿Eso es un sí? —preguntó, la voz un poco ronca.

Kenzie asintió y se inclinó para besarlo. Fue un beso torpe, porque el cuerpo de Royce aún dolía por todas partes, pero no había beso mejor. Porque en él podía saborear todo el amor que ella sentía por él.

Así era como se sentía el ser amado. Y amar tanto que dolía, pero en el mejor de los sentidos. Un hombre podía acostumbrarse a eso.

EPÍLOGO



Seis meses después

Kenzie se sujetaba a la espalda de Royce mientras la moto recorría el camino privado hacia su casa: la mansión Devereaux. Miró la fachada a través de la visera del casco y suspiró. Nunca se cansaba de verla. Los tejados a dos aguas, los pasillos interminables llenos de cuadros invaluables, los dormitorios lujosos, el despacho donde Royce trabajaba… Todo había pasado a formar parte de su vida. De la mejor forma posible.

Royce detuvo la moto frente a la entrada y apagó el motor. Kenzie le soltó de la cintura y se bajó. La imagen de él aún sobre la moto, con el casco, la chaqueta y los vaqueros, era una auténtica tentación.

Él se levantó la visera.

—¿Qué pasa, cielo? Me estás mirando raro.

—Estaba pensando en lo mucho que quiero que me pongas contra la mesa de billar esta noche.

Royce se quitó el casco, dejando el cabello despeinado y sexy, pero su expresión era intensa, hambrienta.

—¿Me estás pidiendo que te folle, doctora Martin?

—Oh, sin ninguna duda, doctor Devereaux.

Sonrió.

—Qué pena, pequeña Mac, porque mi intención es hacerte el amor.

Kenzie se enrolló un mechón de cabello y ladeó la cabeza, como si estuviera considerando la propuesta.

—Bueno… mientras lo hagas sucio…

—¿Sucio? —repitió él, bajándose de la moto y avanzando hacia ella con una amenaza juguetona en la mirada.

Kenzie retrocedió hasta la puerta, que se abrió justo a su espalda. El señor Lansdown ya la esperaba.

—Ah, doctor Devereaux, doctora Martin —saludó el mayordomo con la habitual cortesía británica.

—Lansdown, estaremos en la sala de billar hasta la cena. Que no nos molesten.

—Por supuesto —respondió él, intentando ocultar una sonrisa indulgente.

Kenzie soltó un gritito cuando Royce la alzó de un tirón sobre su hombro. Le dio una palmadita en el trasero, a lo que ella respondió con otra.

—Eres un cavernícola, ¿lo sabías?

—Nunca he dicho que no lo fuera, cielo.

Se reía mientras la llevaba hasta la sala de billar y la sentaba en el borde de la mesa. Kenzie separó las piernas para dejarle espacio mientras él se acercaba y le enmarcaba el rostro con ambas manos. Durante un largo momento, se limitó a mirarla, y la ternura en sus ojos la desarmó por completo.

—Te amo, pequeña Mac —murmuró, y se apoderó de sus labios con un beso ardiente, de esos que hacen que una quiera arrancarle la ropa de un tirón.

—Aún… no has… preguntado… —murmuró ella entre besos jadeantes.

—¿Ah, no?

Le empujó los hombros en tono juguetón.

—¡No!

—¡Vaya! Qué despiste el mío

Le robó otro beso antes de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacar una pequeña caja.

Luego se arrodilló ante ella, tan irresistible que le cortó la respiración.

—Ojalá pudiera darte el anillo de mi madre, pero esto tendrá que servir —carraspeó y abrió la cajita de terciopelo. Dentro, un elegante diamante corte princesa brillaba entre dos pequeños zafiros.

—Lo elegí en Mongolia, antes de volver a casa. Sentí que era el adecuado.

Kenzie no podía articular palabra. Nunca le habían importado las joyas, y habría llevado *cualquier* cosa que él le diera, pero al ver ese anillo, sabiendo que lo había traído de Mongolia… del lugar donde casi pierden la vida…

—MacKenzie Martin, ¿quieres hacerme el hono…

Royce soltó un gruñido cuando ella se le echó encima, derribándolo al suelo a besos.

—¡Casi! ¡Sí, sí, sí! —gritó entre risas. Y es que esa era la única palabra que querría decirle a ese hombre por el resto de su vida, porque estaban hechos el uno para el otro. Destinados por fuerzas que llevaban milenios en movimiento, desde cuando los dinosaurios aún caminaban sobre la Tierra.

Su futuro no estaba escrito en las estrellas… sino en los fósiles incrustados en el lecho rocoso del planeta, esperando a ser descubiertos.



DIMITRI RAZIN OBSERVABA LAS FOTOS DE LA ESCENA DEL CRIMEN. VADYM yacía muerto, envenenado en un restaurante de Moscú. La ricina había llegado a su plato con la ayuda de un cocinero al servicio de Razin. Debería haberlo matado hacía tiempo, pero había dudado… no quería iniciar una guerra territorial que afectara a su vida personal. Pero después de ver todo lo que Royce y la señorita Martin habían pasado, les debía ocuparse del problema.

Sacó el móvil, abrió el correo y, a través de un enlace encriptado, envió las imágenes a Royce. Eso le daría algo de paz al profesor, ahora que iba a casarse… y quizá pronto a ser padre.

Dimitri esbozó una leve sonrisa, pero el pecho le dolía con una punzada que no lograba entender. Después de aquella noche con la señorita Martin en el Black Diamond Bar, había visto cómo miraba a Royce, con tanto amor y deseo, que le había dado celos. No porque quisiera interponerse entre ellos —nunca fue su intención—, sino porque deseaba tener lo que Royce tenía. Ese vínculo profundo con alguien. Una conexión tan intensa.

Pero lo suyo era otra historia. Las sombras que cargaba, los deseos oscuros que palpitaban en su interior… Encontrar a una mujer que fuera sumisa sin miedo, especialmente en la intimidad, era casi imposible.

Un movimiento al frente le hizo apartar la vista de la pantalla. El aeropuerto de Moscú estaba lleno, pero la vio de inmediato: una mujer preciosa, de melena rubia y ojos verdes, caminando entre las filas de asientos, cerca de la puerta de embarque para el vuelo a Los Ángeles.

Elena Allen se aferraba al bolso como si fuera un escudo. Llevaba ropa holgada, y sus ojos todavía estaban cargados de miedo. Dimitri gruñó por lo bajo.

Había averiguado todo sobre ella en los últimos días. Una joven estudiante americana, de intercambio en Moscú, secuestrada en el Black Diamond y mantenida durante meses como esclava sexual por Vadym. Tras ser rescatada en Ulán Bator, volvió a Moscú a recoger sus cosas del dormitorio universitario, que habían sido guardadas tras su desaparición. La policía había inspeccionado sus pertenencias cuando se denunció su desaparición, pero como el caso aún estaba abierto, no habían permitido que se las llevara. Una vez las recogió, tramitó su visado para regresar a casa. El Departamento de Estado de EE. UU. y el gobierno ruso habían colaborado para asegurar un retorno discreto y seguro.

Pero Dimitri sabía que no sería suficiente. Esa chica necesitaba protección. Lo que había sufrido —el terror, las heridas físicas y emocionales— no sanaría fácilmente, si es que alguna vez lo hacía.

Y yo seré quien la proteja. Como debe hacerlo un buen dominante.

No podría reclamarla como suya. No después de todo lo que había vivido. Probablemente no volvería a confiar en un hombre jamás. Pero algo más fuerte que él lo impulsaba a convertirse en su sombra silenciosa, en su guardián invisible, durante el tiempo que hiciera falta para que volviera a sentirse ella misma.

Elena se sentó junto a la puerta de embarque y, con un gesto automático, se echó el cabello hacia un lado mientras buscaba algo en su bolso. Sacó un libro y empezó a leer.

Levantó la mirada una vez, como si intuyera que alguien la observaba. Dimitri le dedicó una sonrisa tranquila y desvió la vista al móvil, fingiendo interés por los correos. Ella se relajó y volvió a concentrarse en la lectura.

Sus labios se curvaron apenas. Tenía buenos instintos, esta chica. Pero ya no tenía por qué temer. Estaba a salvo. Y él estaría allí para asegurarse de que siguiera así.

Eres fuerte, malen'kaya roza. Muy pronto ya no necesitarás que te cuide.

El pensamiento le llenó de una tristeza extraña. Ser su sombra protectora le había devuelto un propósito, una chispa de esperanza que no sentía desde hacía años.

Entonces, Elena giró la cabeza al escuchar al personal anunciar algo por megafonía. Y hubo algo en su rostro, en la forma de sostenerse, que le recordó a alguien.

Una intuición se encendió en su interior. ¿Quién era realmente Elena Allen? En ese instante, Dimitri juró que lo averiguaría.

¡Gracias por leer Deseo Prohibido! Pasa la página para leer el prólogo de la historia de Elena y Dimitri: Oscura Deseo.

PRÓLOGO



Maine
Hace veinte años

CON UNA MANO AFERRADA A SU VIENTRE DE EMBARAZADA Y EMPAPADA EN sangre, una joven mujer se tambaleó hasta urgencias al caer la noche sobre el hospital rural. Apenas podía respirar, mientras oleadas de contracciones sacudían su cuerpo con espasmos. Sentía como si dos manos gigantes trataran de desgarrarla por dentro. Todo pesaba demasiado. No podía moverse, ni siquiera dar un paso más.

—Ayuda… Por favor, ayudadme…

Se desplomó, apoyando las manos en la pared justo cuando dos hombres con pijamas quirúrgicos corrían hacia ella. ¿Enfermeros? Tenían ese aire eficiente y resuelto. El sudor le corría por la piel, empapando su vestido premamá manchado de sangre. El impulso instintivo de empujar era tan abrumador que soltó un gemido y clavó las uñas en el brazo del hombre más cercano mientras este la ayudaba a mantenerse en pie.

—Salvad a mi bebé —suplicó—. Por favor… que no me encuentren…

Se dejó sostener por los fuertes brazos del enfermero. Aquel lugar era seguro… Aquellas personas la ayudarían.

Si lograba resistir un poco más, mantenerse con vida solo un poco más, no importaría haber herido a los dos hombres que intentaron matarla. Por un breve instante, estaba a salvo. A salvo para hacer lo que debía.

Se dobló sobre sí misma, sin fuerzas ya en las piernas, y volvió a apoyarse contra el enfermero. Él la alzó con rapidez y la depositó en la camilla que se acercaba. Sus dedos se aferraron al azul suave del uniforme cuando la acostaron. Solo entonces se dio cuenta de que el tejido azul estaba manchado de rojo por culpa de su vestido. El hombre la llevó por los pasillos hasta la zona de exploración.

—Señora, ¿esta sangre es suya? —preguntó uno de los enfermeros mientras le cortaba el vestido empapado para examinarla.

Otra contracción le atravesó el cuerpo y se retorció sobre la camilla.

—No… No es mía…

—¿Cuál es su nombre?

—Tatiana… Anderson —jadeó, antes de desplomarse sobre el colchón, incapaz de respirar por un momento. Solo entonces se dio cuenta de su error. Nunca debería haber dicho su nombre, pero todo sucedía tan deprisa, con tanto dolor, que no podía pensar con claridad.

Uno de los enfermeros comenzó a empujar la camilla fuera de la sala de exploración.

—Vamos a llevarla a la sala de partos —le dijo.

—¿Qué ha pasado, Tatiana? —escuchó que le preguntaban mientras cerraba los ojos.

—Intentaron matarme… Logré escapar.

Nunca sabría cómo la habían encontrado. Se suponía que estaba a salvo, que la habían protegido. Aquello no era Rusia, era Estados Unidos. El Ejército Rojo no debería haber podido alcanzarla, pero de alguna forma, lo habían hecho.

—¿Quién intentó matarla?

—No puedo decirlo… No es seguro…

Ya había hablado demasiado. Su mente no funcionaba bien. Estaba agotada, aterrada, desesperada.

—Vamos a ayudarla a dar a luz —le dijo una mujer mientras un médico entraba en la sala y se lavaba las manos en el fregadero.

—¿Señora Anderson? —preguntó el doctor.

Tatiana asintió. Estaba tan cansada… Llevaba semanas huyendo y ahora el bebé estaba a punto de llegar. No podía seguir corriendo, ni de su destino, ni de los hombres que querían verla muerta, a ella y a su hija. Apretó la manga del médico con fuerza.

—Si vienen a por ella… no los dejéis llevársela.

Él la miró, alarmado por su agarre tembloroso.

—¿Quién?

Pero ella ya no podía responder. Solo pudo gritar mientras otra oleada de dolor la desgarraba. Su hija estaba *llegando*.

Un tiempo después —una eternidad, tal vez—, Tatiana se dejó caer exhausta sobre la cama y rompió a llorar de alivio al escuchar el llanto de su bebé.

—Enhorabuena, señora Anderson. Ha tenido una niña sana.

El doctor colocó un pequeño bulto en sus brazos.

Tatiana enredó los dedos en la manta que cubría el cuerpo de su hija y bajó la tela con cuidado para contemplar su carita. Era la criatura más hermosa que jamás había visto. Al mirarla, tan nueva, tan inocente en este mundo cruel, algo dentro de ella se rompió.

—Doctor —susurró—, debe llevársela. Tiene que darla en adopción de inmediato.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó él, al igual que las enfermeras, desconcertados.

—Por favor, no está a salvo. Debe estar lo más lejos posible de mí. Llévesela ahora. No ponga mi nombre en su pulsera. ¿Lo entiende?

—Mire, señora Anderson, debería hablar con una orientadora antes de tomar una decisión así...

—Si no lo hace, estará muerta en una semana. ¡Llévesela!

Tatiana lo dijo con tal determinación que una de las enfermeras se apresuró a coger a la bebé.

La niña fue llevada lejos, y Tatiana exhaló un suspiro de pura rendición. Fue entonces cuando su cuerpo dijo basta, y empezó a sangrar. Mientras se desvanecía, sus últimos pensamientos fueron

para el futuro de su hija. Una hija que llevaba en su ADN uno de los mayores secretos del mundo.



A tres kilómetros al sur del lago Kardyvach, Rusia

Sergei Razin observaba a su hijo con orgullo. El niño sostenía la espada de esgrima con firmeza. A sus ocho años ya dominaba una docena de armas, iba tres cursos adelantado en la escuela y solo le quedaban dos años para ingresar en las filas del Ejército Blanco. Con su cabello oscuro y sus ojos azul claro, casi traslúcidos, el niño era el vivo retrato de su madre, y a Sergei se le hinchaba el pecho de ternura al mirarlo.

—¡Ataque! —ordenó el maestro de esgrima.

El pequeño se lanzó hacia adelante y, con unos pocos movimientos, desarmó al instructor. La hoja del hombre cayó al suelo con un leve repiqueteo metálico.

Sergei aplaudió, radiante de orgullo. El maestro se giró hacia él.

—Me vence cada vez, Sergei. No puedo enseñarle nada nuevo. Aprueba el curso con honores.

Recogió su arma y, con un gesto elegante, saludó con la espada al muchacho. Dimitri sonrió, aunque el rubor coloreó sus mejillas. Era un buen chico, humilde, pero listo y talentoso. El mejor hijo que un hombre podía desear.

—Dimitri, ven conmigo.

El niño dejó su espada sobre el soporte de la pared y corrió tras su padre.

Aquel mediodía, el palacio estaba tranquilo. Los sirvientes andaban ocupados en sus tareas, y los pocos residentes permanentes estaban fuera, en misión. La ubicación remota del palacio les permitía vivir alejados de la mirada del Kremlin. Y eso era clave. Si querían derrotar algún día a los hombres corruptos del

poder en la Plaza Roja, el Ejército Blanco necesitaba a sus mejores soldados listos.

Las fuerzas del Kremlin se especializaban en romper a las personas, en especial a las mujeres, hasta convertirlas en marionetas vacías, herramientas para sus juegos políticos.

El Ejército Blanco era lo opuesto. Fomentaban el talento individual, valoraban a cada miembro, y luchaban por una Rusia que había sido asesinada en un sótano décadas atrás. Pero también creían en el cambio, en no estancarse en el pasado. El día que cayó el último de los Romanov, el Ejército Blanco desapareció bajo tierra, esperando su momento para resurgir.

—¿Lo estoy haciendo bien, padre? —preguntó Dimitri.

—Muy bien. Es hora de que conozcas a los otros chicos. Serán como hermanos para ti.

—¿Cuántos son?

—Tres más. Cuatro, contigo.

Dimitri caminó junto a su padre por la galería de retratos.

—¿Tan pocos?

—Tenemos que protegernos los unos a los otros. Esos chicos serán tu mundo. Solo en ellos podrás confiar. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —respondió el niño.

Algún día comprendería lo peligrosa que podía llegar a ser esa vida, pero no hoy. Hoy seguía siendo un juego para él.

Sergei tiró del marco de uno de los cuadros y reveló un pasadizo oculto. Ya había contactado con los padres de los otros tres muchachos y los había hecho llamar aquella misma mañana, para que pudieran encontrarse por fin. Padre e hijo caminaron juntos por la oscuridad hasta llegar a otra puerta.

La abrieron, y entraron en un atrio bañado de luz. Era una sala sagrada del palacio, donde los tragaluces dejaban caer haces de sol dorado sobre el mármol blanco del suelo. Las paredes, pintadas de rojo y azul, brillaban como joyas. Había libros, sillones cómodos y una mesa preparada con bebidas y algunos aperitivos preparados por el cocinero del palacio.

Tres niños más aguardaban allí, todos de unos ocho años, de pie junto a la mesa, esperando con respeto a que Sergei se dirigiera a

ellos.

—Dimitri, estos son los hijos de mis amigos más cercanos y de mayor confianza. A partir de ahora, serán tus amigos, tus confidentes, tus hermanos en todo salvo en la sangre. Él es Leo —dijo, señalando a un niño de cabello rubio y ojos color avellana que observaba a Dimitri con curiosidad abierta—. Y él es Maxim —un chico de mirada intensa, pelo negro y ojos castaños, asintió en silencio a modo de saludo—. Y él es Nicholas —el último de los niños, de ojos gris paloma y cabello castaño claro, sonrió con desenfado y saludó con la mano a Dimitri. Nicholas se parecía mucho a su madre, un encanto nato que se ganaba el corazón de todo aquel que la conocía—. Él es mi hijo, Dimitri —dijo Sergei, y dio un paso atrás.

Había llegado el momento de que su hijo empezara a forjar su destino junto a aquellos chicos. Ellos eran el futuro del Ejército Blanco. Renacerían de las cenizas y salvarían Rusia algún día. Protegerían el legado del pasado y lucharían por un mundo mejor, y Sergei se aseguraría de que cada uno de ellos recibiera el entrenamiento necesario para sobrevivir… y prosperar.

Dimitri se separó del lado de su padre y entró en la sala. Al principio se mostró un poco tímido, pero en cuestión de segundos, los cuatro muchachos hablaban animadamente. El lazo entre ellos se formó de inmediato, como estaba destinado a ser.

Sergei se contuvo para no sonreír. Quería reír de alegría al ver aquella escena, pero aquel era un momento importante, solemne, y no quería que Dimitri confundiera su emoción con otra cosa. Así que guardó silencio… y observó cómo el futuro comenzaba a desplegarse ante sus ojos.

¡Si te gustaría saber qué pasa después, consigue el libro AQUÍ!